FACETAS

VOL. 2-1969-No. 3

LA ESCENA LITERARIA

Saul Bellow
LAS IDEAS Y LA NOVELA

Richard Kostelanetz
VISIONES Y REVISIONES:
LA POESIA DE LA POSTGUERRA

Nathan Glick
MEDIO SIGLO DE NOVELA NORTEAMERICANA

Willie Morris
UN PROVINCIANO EN NUEVA YORK

Henry A. Kissinger
TEMAS CENTRALES DE LA POLITICA
EXTERIOR NORTEAMERICANA

Donald M. Kaplan
EL PSICOANALISIS DESDE FREUD

Frank W. Notestein
LA CRISIS DEMOGRAFICA

Daniel P. Moynihan
LA NUEVA IZQUIERDA Y LOS VALORES LIBERALES

Walter Kerr
EL TEATRO DE ¡DIGALO! ¡HAGALO PATENTE!

Resumen de Libros

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Editor: Nathan Glick

Editor Asociado: Irving Sablosky
Editor Asistente: Robert D. Jones
Director de Arte: Everett D. Fairchild
Asistente Editorial: Frances Louise Chao

Oficina Editorial: Agencia de Informacion de los EE. UU., 1776 Pennsylvania Avenue, N.W., Washington, D.C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio de Información de la Embajada de los EE.UU. para su trámite.

FACETAS

1969

Vol. 2 No. 3

Henry A. Kissinger	3	**Temas Centrales de la Política Exterior Norteamericana**
Donald M. Kaplan	16	**El Psicoanálisis desde Freud**
Frank W. Notestein	27	**La Crisis Demográfica: Motivos para Alentar Esperanzas**
		sección especial: **LA ESCENA LITERARIA**
Nathan Glick	39	**Medio Siglo de Novela Norteamericana**
Richard Kostelanetz	50	**Visiones y Revisiones: Tendencias en la Poesía de la Postguerra**
	58	**Cuatro Poetas**
Saul Bellow	64	**Las Ideas y la Novela: Una Entrevista**
Willie Morris	76	**Un Provinciano en Nueva York**
Daniel P. Moynihan	82	**La Nueva Izquierda y los Valores Liberales**
Walter Kerr	90	**El Teatro de ¡Dígalo! ¡Hágalo Patente!**
	101	**Resumen de Libros**

NOTA AL LECTOR

Mientras preparábamos la sección especial de este número, acerca de la escena literaria norteamericana, recordamos la burlona pregunta de un inglés, hace más de un siglo: "¿Dónde, en los cuatro confines de la tierra, lee alguien un libro norteamericano?" La situación ha cambiado lo suficiente para que un crítico francés contemporáneo escribiese un libro sobre "la época de la novela norteamericana", en el que analiza la influencia de su estilo y sus temas sobre los escritores de otros países. Los Premios Nobel concedidos después de la guerra a Faulkner, Hemingway y Steinbeck confirmaron el influjo internacional por lo menos de algunos escritores de los Estados Unidos.

Acaso valga la pena observar que el interés de los países extranjeros por la literatura norteamericana no sólo ha cambiado en intensidad, sino también en carácter. En el siglo XIX y a principios del XX, los lectores del extranjero quedaban fascinados por sus aspectos exóticos y primitivos: los "pioneros" e indios de James Fenimore Cooper, el ambiente casi fronterizo del medio oeste de Mark Twain, los relatos de aventuras en plena naturaleza de Jack London, la macabra imaginación de Edgar Allan Poe...

Los actuales escritores norteamericanos no son tan leídos por lo que pueda haber en ellos de extraño y singular cuanto por lo que tienen de familiar y universal: el individuo solitario ante su muerte, en Hemingway; el peso de la historia y la costumbre, en Faulkner; la dura situación de los menesterosos, en Steinbeck; la protesta contra la "falsedad" en J. D. Salinger; el "absurdo" de la vida moderna en los actuales novelistas cultivadores del "humor negro" (y también en los dramaturgos a los que analiza Walter Kerr en su artículo sobre el nuevo teatro). Recientes novelas de ideas, como las de Saul Bellow, tratan de problemas humanos comunes, antes que de temas nacionales o ideologías políticas.

* * *

En el segundo número de FACETAS publicamos una cita de Henry A. Kissinger, de la Universidad de Harvard: "El intelectual no debe negarse a participar en la determinación de las políticas... Pero... es importante recordar que la independencia es una de sus contribuciones al proceso administrativo". Hoy, dos de nuestros colaboradores —el propio Dr. Kissinger y Daniel P. Moynihan, ambos famosos por su independencia intelectual— son asistentes especiales del Presidente Nixon, siguiendo la práctica ya establecida de hacer participar a distinguidos académicos en la toma de decisiones políticas. Debe hacerse notar que sus artículos que aparecen en este número de FACETAS fueron escritos antes de que ocuparan sus nuevos puestos.

N. G.

TEMAS CENTRALES DE LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

Por Henry A. Kissinger

La política exterior hoy día, dice el autor, se ha vuelto global y requiere un nuevo concepto del orden mundial. Aquí, examina las repercusiones de la política global y las armas nucleares en las relaciones de los Estados Unidos con la Unión Soviética, la comunidad del Atlántico y las naciones en desarrollo.

Henry A. Kissinger actualmente es ayudante especial del Presidente Nixon en asuntos de seguridad nacional, con licencia de la Universidad de Harvard. Con anterioridad fue consultor de las administraciones Eisenhower y Kennedy. Este artículo ha sido extraído de *Agenda for the Nation* (Temario para la Nación), un simposio sobre asuntos de política doméstica y exterior, cuyo autor es el señor Kissinger, y que fuera publicado por la Institución Brookings en octubre de 1968, cuando el señor Kissinger encabezó el Seminario Internacional de Harvard. Entre los libros del profesor Kissinger se cuentan: *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (Armas Nucleares y Política Exterior), *The Troubled Partnership: A Reappraisal of the Atlantic Alliance* (El Consorcio en Conflicto: Una Reevaluación de la Alianza del Atlántico), *The Necessity for Choice: Prospects of American Foreign Policy* (La Necesidad de Escoger: Perspectivas de la Política Exterior Norteamericana).

El siglo XX casi no ha conocido el descanso. Desde comienzos de siglo, las crisis internacionales han ido aumentando, tanto en frecuencia como en gravedad. La intranquilidad contemporánea, aunque no apocalíptica como las dos guerras mundiales que la engendraron, es de una naturaleza aún más profundamente revolucionaria.

La esencia de una revolución es que aparece ante sus contemporáneos como una serie de trastornos más o menos sin relación entre sí. Existe la tentación de tratar cada asunto como problema inmediato y aislado, el cual, una vez superado, permitirá que se reafirme la estabilidad fundamental del orden internacional. Pero las crisis que aparecen en los titulares del día son síntomas de problemas estructurales muy profundos. El sistema internacional que produjo estabilidad durante un siglo se derrumbó bajo el impacto de dos guerras mundiales. La era de las superpotencias, que lo reemplazó temporalmente, está llegando a su fin.

Por primera vez la política exterior se ha vuelto global. En el pasado, los distintos continentes seguían su política exterior esencialmente

© 1968, The Brookings Institution

en el aislamiento. En la actualidad, los estadistas se enfrentan al problema sin precedentes de formular una política para más de cien países. Cada nación, por insignificante que sea, participa en los asuntos internacionales. Las ideas se transmiten casi instantáneamente. Los que antes eran considerados asuntos domésticos ahora pueden tener consecuencias de alcances mundiales.

Así como el número de participantes ha aumentado, la tecnología ha multiplicado los recursos disponibles para la conducción de la política exterior. Para todo fin práctico, la revolución científica ha eliminado todos los límites técnicos al ejercicio del poder en la política exterior. Ha aumentado enormemente la inseguridad, porque ha hecho que la pervivencia parezca depender de los accidentes de un rompimiento tecnológico.

El conflicto ideológico también padece estas inestabilidades. En los grandes períodos de diplomacia de gabinete, los diplomáticos hablaban el mismo lenguaje, no solamente porque el francés era la *lingua franca,* sino, lo que es más importante, porque tenían una tendencia a comprender los intangibles de la misma manera. Un punto de vista común sobre los fines y los métodos facilita las tareas de la diplomacia; incluso puede ser una condición previa para ella. Al no haber tal consenso, los diplomáticos aún pueden reunirse, pero pierden la capacidad de persuadir. Se pasa más tiempo en definir las posiciones en conflicto que en resolverlas. Lo que a una parte le parece sumamente razonable, a la otra le parecerá de lo más problemático.

Las tensiones producidas por los conflictos ideológicos se exacerban por la disminución de influencia de los estados que fueran considerados grandes poderes antes de la Primera Guerra Mundial. El mundo se ha vuelto bipolar, militarmente hablando. Sólo dos poderes —los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas— poseen todo el arsenal del poderío militar.

Las Super-Potencias y el Orden Mundial

Esta bipolaridad militar es un motivo de rigidez en la política exterior. Cualquier "equilibrio" que haya entre las superpotencias es considerado tanto precario como inflexible. Un mundo bipolar pierde la perspectiva del matiz: una ganancia para una parte aparece como una pérdida absoluta para la otra. Cada asunto parece cuestión de supervivencia. Los países más pequeños se ven divididos entre un deseo de protección y el deseo de escapar de la dominación de un gran poder. Cada una de las superpotencias se ve tentada por el deseo de mantener su preeminencia entre sus aliados, de aumentar su influencia entre los no comprometidos y de engrandecer su seguridad ante su oponente. El hecho de que algunos de estos objetivos muy bien puedan resultar incompatibles aumenta la tensión en el sistema internacional.

Pero la era de las superpotencias está llegando a su fin. La bipolaridad militar no ha logrado impedir la multipolaridad política; más aún, en realidad, la ha fomentado. Los aliados más débiles tienen buenas razones para creer que su defensa va en interés de su socio mayor. Por ende, no ven la necesidad de comprar su apoyo por medio de la aquiesencia de su política. Las nuevas naciones se sienten protegidas por la rivalidad de las superpotencias, y su nacionalismo las lleva a afirmaciones, cada vez más audaces, de voluntad propia. Como resultado, la diplomacia frecuentemente se limita a la política doméstica, y está más interesada en adoptar una actitud que en contribuir al orden internacional. Es difícil alcanzar un equilibrio entre estados con grandes divergencias en valores, metas, expectaciones y experiencia previa.

La mayor necesidad que tiene el sistema internacional contemporáneo es la de un concepto común del orden. En ausencia de éste, el imponente poderío disponible no se ve restringido por ningún consenso aceptado de legitimidad. Muchos de los elementos de estabilidad que caracterizaron al sistema internacional en el siglo XIX no pueden reconstruirse en la era moderna. La estable tecnología, la multiplicidad de los grandes poderes, las demandas domésticas limitadas y las fronteras que permitían ajustes: todo esto se ha ido para siempre. Es indispensable un nuevo concepto de orden internacional; sin él, no se logrará la estabilidad.

Este problema es especialmente serio en los Estados Unidos. Sean cuales fueren sus intenciones o su política, siempre está presente el hecho de que los Estados Unidos disponen del mayor conjunto de fuerzas materiales en el mundo. Un nuevo orden internacional es inconcebible sin una importante contribución norteamericana. Pero la naturaleza de esta contribución norteamericana ha cambiado. La multipolaridad política hace imposible imponer un esquema norteamericano. Nuestro mayor logro será despertar la creatividad de un mundo pluralista, basar el orden en la multipolaridad política aun cuando sean las dos superpotencias las que sigan teniendo el impresionante poderío militar.

Los Límites del Poder

Hasta la Segunda Guerra Mundial, la fuerza de un estado podía medirse por su capacidad para proteger de un ataque a su población. La era nuclear ha acabado con esta medida tradicional. La creciente fuerza ya no necesariamente confiere la capacidad de proteger a la población. Ningún nivel de fuerza previsible —ni siquiera defensas a toda escala contra proyectiles balísticos— puede impedir daños que superarían a los de las dos guerras mundiales.

La paradoja de la fuerza militar contemporánea radica en que cuanto más capaces sean las grandes potencias nucleares de aniquilarse entre sí, mayores son las dificultades de traducir esta capacidad a la política...

salvo para evitar peligros directos a su propia supervivencia. La capacidad de destruir es difícil de convertir en una amenaza creíble, aun contra países sin ninguna capacidad de represalia. El margen de superioridad de las superpotencias sobre los otros estados está haciéndose mayor; no obstante, las otras naciones tienen una oportunidad de acción autónoma sin precedente. En otras palabras, el poder ya no se traduce automáticamente en influencia.

Este estado de cosas tiene profundas consecuencias sobre las nociones tradicionales de equilibrio del poder. En el pasado, al haber estabilidad siempre se daba por sentada la existencia de un equilibrio de poder, que impedía que un estado impusiera su voluntad sobre otros. El criterio tradicional referente al equilibrio de poder era territorial. Un estado podía obtener una aplastante superioridad sólo al conquistar; por consiguiente, siempre y cuando fuera impedida o estrictamente limitada la expansión territorial, el equilibrio se mantendría. En el período contemporáneo, esto ya no es valedero. Los cambios todos realmente fundamentales en el equilibrio de poder han tenido lugar *dentro* de los límites territoriales de estados soberanos. Claramente, hay una urgente necesidad de analizar qué se entiende por poder —así como por equilibrio de poder— en la era nuclear.

Esto ya sería bastante difícil si la tecnología fuera estable. Se vuelve enormemente complicado cuando una revolución científica produce un trastorno en la tecnología de armas a intervalos de cinco años. Lemas como "superioridad", "paridad", "destrucción asegurada", compiten abiertamente por claras definiciones de su significación militar, no digamos ya un consenso de sus repercusiones políticas. El abismo entre los expertos y los que deciden se está ensanchando. El que decide rara vez ha dispuesto de las suficientes horas para estudiar un problema, mientras que el experto ha tenido años para hacerlo.

En suma, aun cuando bien es cierto que el poder se ha vuelto más impresionante, también se ha vuelto abstracto, intangible y elusivo. La contención se ha vuelto la principal política militar. Pero la contención depende, sobre todo, del criterio psicológico. Tratar de impedir que el oponente siga un curso determinado, corriendo riesgos inaceptables. Para fines de contención, los cálculos del oponente son decisivos: la medida del poderío militar es el cálculo hecho por la otra parte.

Tales perplejidades han despertado un nuevo interés por las negociaciones para el control de armas, especialmente las que tratan de proyectiles estratégicos. Estas negociaciones pueden ser importantes para la paz y seguridad del mundo, pero para ser efectivas, requieren de una verdadera resolución de los asuntos que han dificultado la formulación de la política militar. A menos que podamos dar un significado operacional a términos tales como "superioridad" o "estabilidad", las negociaciones carecerán de un criterio para juzgar el progreso.

Por consiguiente, cualquiera que sea el curso que se tome —una continuación de la carrera armamentista o el control de armas— será esencial echar una nueva ojeada a la política norteamericana de seguridad nacional.

Alianzas y Seguridad

No hay campo de la política que muestre de manera más impresionante las tensiones entre la multipolaridad política y la bipolaridad militar, que el campo de la política de alianzas. Durante una década y media después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos identificaron la seguridad con las alianzas. Una red global de relaciones creció, basada en la suposición de que para impedir la agresión se necesitaba tener agrupado el mayor número posible de poderes.

Las alianzas, para ser efectivas, deben llevar cuatro condiciones: 1) un objetivo común; generalmente, la defensa contra un peligro común; 2) un grado de política conjunta por lo menos suficiente para definir el *casus belli;* 3) algunos medios de cooperación en caso de decidirse una acción conjunta; 4) un castigo por falta de cooperación; esto es, la posibilidad de rechazar la asistencia de algún miembro debe existir: de otra manera, la protección se dará por sentada y se romperá lo mutuo de las obligaciones.

En el sistema de alianzas desarrollado por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, estas condiciones han sido cumplidas muy ampliamente en la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN). Aquí estamos unidos con países de tradiciones y estructuras domésticas similares. Al principio, existía una concepción común de la amenaza. Existían los medios técnicos de cooperación. Se crearon los mecanismos para desarrollar una política en común, especialmente en el campo militar. Por consiguiente, en su primera década y media, la OTAN fue una institución dinámica y creadora.

Sin embargo, hoy día, la OTAN está desarticulada. Las acciones emprendidas por los Estados Unidos —sobre todo, cambios de política unilaterales— parcialmente son las responsables. Pero la causa más importante es la transformación del ambiente internacional; especialmente el hecho de que los superpoderes hayan declinado en preeminencia y el surgimiento de la multipolaridad política.

El Cambio de Papeles en la OTAN

Cuando se formó la OTAN, la principal amenaza a la paz mundial parecía ser un ataque soviético a Europa. En años recientes, ha aumentado la creencia en que fuera de Europa pueden surgir riesgos igualmente graves. Para la mayoría de los europeos, no aparecen como amenazas

inmediatas a su independencia o seguridad. Aquí la ironía es sorprendente. En los años cincuentas, los europeos pidieron la ayuda norteamericana en Asia y el Medio Oriente, alegando que estaban defendiendo los más importantes intereses de la libertad. Los Estados Unidos contestaron que estos mismos intereses requerían que los americanos se mantuvieran apartados. Actualmente, los papeles se han cambiado por completo. Es Europa la que no presta oídos a nuestras súplicas de desempeñar un papel global; o, lo que es igual, la mayoría de los europeos no considera que sus intereses estén en juego en la participación norteamericana fuera de Europa.

Estas actitudes son síntomas de problemas estructurales mucho más profundos. Un problema, paradójicamente, es el crecimiento de la fuerza económica de Europa y su confianza en sí misma en el aspecto político.

Esta asombrosa recuperación pudo haber dado como resultado una nueva asociación entre los Estados Unidos y una Europa resurgente en lo económico y políticamente unida, como había sido previsto por muchos de los primeros defensores de la unidad Atlántica. Sin embargo, la situación europea no se ha resuelto de esa manera. Los europeos conscientes saben que Europa se debe unir de alguna manera si quiere desempeñar, a la larga, un papel de mayor importancia. También saben que Europa no hace, ni siquiera aproximadamente, el esfuerzo defensivo de que es capaz. Pero la unidad europea ha fracasado y la política doméstica ha dominado la política de seguridad casi en todas partes. El resultado es una frustración en masa que se expresa en una irritación especial contra los Estados Unidos.

Estas tensiones se han complicado por el crecimiento del poderío nuclear soviético. Cuando los riesgos de una guerra nuclear se han vuelto enormes, la credulidad en las tradicionales promesas de apoyo se ha reducido, inevitablemente. Cuanto más dependa la OTAN de una guerra nuclear estratégica como contragolpe a todas las formas de ataque, menos creíbles serán sus promesas.

Equilibrio de la Unidad y la Autonomía

La conciencia de la amenaza nuclear por las dos superpotencias también ha minado las relaciones aliadas de otra manera. Por razones comprensibles, las superpotencias han tratado de hacer el ambiente nuclear más predecible, como lo atestigua el tratado de prohibición de pruebas nucleares y el tratado de no-proliferación. Pero el punto débil de nuestra política fue que no logramos entender que, por falta de una plena consultación, nuestros aliados ven en estas conversaciones el posible presagio de un arreglo más vasto que afecte sus intereses vitales, negociados sin ellos.

No es "natural" que la política del Atlántico se adapte a concepciones americanas. En los cuarentas y cincuentas, fomentar la unidad

—por medio de resoluciones formales y reafirmaciones periódicas— era profundamente importante como símbolo del fin de nuestro aislacionismo. En la próxima década, no podremos aspirar a la unidad como un fin en sí; debe surgir de conceptos comunes y estructuras nuevas.

"Compartir la carga" no aportará ese ímpetu. Los países no se echan cargas a cuestas porque es justo, sino sólo porque es necesario. Aunque hay argumentos de peso para la asociación Atlántica y la unidad europea, capacitar a Europa a desempeñar un papel global no es uno de ellos. Una nación asume responsabilidades no sólo porque tiene recursos, sino porque tiene una cierta visión de su propio destino. En parte como resultado de la descolonización, es improbable que los europeos lleven a cabo una política global significativa, sean cuales fueren sus recursos o su grado de unidad. La cooperación entre los Estados Unidos y Europa debe concentrarse en asuntos dentro del area del Atlántico, más que en una asociación global.

Aun dentro del área del Atlántico, una mayor y equitativa distribución de responsabilidades tiene dos requisitos previos: debe haber cierto consenso en el análisis de la situación internacional; y debe existir la convicción de que los Estados Unidos no pueden ni quieren llevar solos todas las cargas. Ninguna de estas condiciones se cumple actualmente. La tradicional noción de liderato norteamericano tiende a sofocar los incentivos europeos de autonomía. Una mayor consultación —el remedio generalmente propuesto— sólo puede aliviar, no eliminar la dificultad.

Aun con la mejor voluntad, la estructura actual alienta el unilateralismo americano y la irresponsabilidad europea. Este es un serio problema para los Estados Unidos. Si siguen siendo los depositarios de toda zona no comunista, agotarán sus recursos psicológicos. Ningún país puede actuar de una manera sabia simultáneamente en toda parte del globo terráqueo, a todas horas. Un mundo más pluralista —especialmente en las relaciones con los amigos— es, a largo plazo, nuestro mayor interés. La multipolaridad política, aunque sea difícil acostumbrarse a ella, es la condición previa para un nuevo período de creatividad. La aceptación norteamericana de la autonomía europea también implica la aceptación europea de un grado de autonomía norteamericana, con respecto a zonas en que, por razones comprensibles, el interés europeo ha disminuido.

Por consiguiente, llegamos a las preguntas fundamentales de un mundo multipolar: ¿Cuánta unidad querríamos? ¿Cuánta diversidad podemos tolerar? Estas preguntas nunca tienen una respuesta definitiva dentro de una sociedad pluralista. Ajustar el equilibrio entre integración y autonomía será la exigencia clave en el surgimiento de las relaciones del Atlántico.

América y las Nuevas Naciones

En los años por venir, el mayor reto a la política norteamericana será filosófico; el desarrollar algún concepto de orden en un mundo que es bipolar en lo militar, pero multipolar en lo político. Este desafío filosófico es especialmente crucial por lo que hace a las naciones nuevas. Estas naciones pesan poco en el equilibrio físico del poderío. Pero las fuerzas que han sido liberadas al surgir tantos estados nuevos muy bien pueden afectar el equilibrio moral del mundo, las convicciones que forman la estructura del mundo del mañana. Esto añade una nueva dimensión al problema de la multipolaridad.

Los historiadores del futuro probablemente equipararán la confusión y tormento en los países que surgen con los grandes movimientos de despertar religioso. En continentes que han estado inactivos durante siglos, repentinamente se desarrolla una conciencia política. Regiones que durante incontables años habían considerado la dominación extranjera como natural, repentinamente inician y ganan su lucha por la independencia. Como resultado, casi todos los nuevos países sufren de una enfermedad revolucionaria: las revoluciones tienen éxito a través del acumulamiento de muchos resentimientos, pero la eliminación de las estructuras existentes forma parte de la dificultad de establecer un consenso político. Las nuevas naciones se enfrentan a problemas tanto de identidad como de autoridad política. Con frecuencia carecen por completo de coherencia social, o están divididas en grupos opuestos, cada uno de ellos con un sentido de identidad altamente desarrollado.

Una revolución victoriosa deja como legado una profunda dislocación. En los países nuevos, contrariamente a todas las expectativas revolucionarias, la tarea de la construcción surge como algo menos excitante y más complejo que la lucha por la libertad: la exaltación de la búsqueda de la independencia no puede perpetuarse. Tarde o temprano, metas positivas deberán reemplazar al resentimiento hacia el antiguo poder colonial como fuerza motivadora. Al no haber fuerzas sociales autónomas, este papel unificador tiende a ser desempeñado por el estado.

Logro de la Legitimidad

Pero el que el estado adopte este papel no produce estabilidad. Cuando la coherencia social es poca, la lucha por la autoridad es mucho más encarnizada. Cuando el gobierno es la principal, algunas veces la única expresión de identidad nacional, la oposición llega a ser considerada como traición. Los profundos cismas sociales o religiosos de muchas de estas nuevas naciones hacen que el dominio de la autoridad polí-

tica se vuelva literalmente asunto de vida y muerte. Allí en donde la obligación política siga lineamientos raciales, religiosos o tribales, se acaba el dominio de sí mismo. Los conflictos domésticos adoptan el carácter de guerra civil. Tal autoridad tradicional es personal o feudal. El problema es hacerla "legítima", el crear una noción de obligación política que dependa de normas legales más que de poder coactivo o de lealtad personal.

Este proceso duró siglos en Europa. Debe lograrse en décadas, en las nuevas naciones en donde las condiciones previas de éxito son menos favorables que en los períodos comparables de Europa. Los nuevos países están sujetos a presiones externas. Hay demasiada afición a emprender aventuras externas para lograr la coherencia doméstica. Su falta de estuctura doméstica se combina con las ya de por sí grandes inestabilidades internacionales.

Economía y Democracia

El papel norteamericano en los esfuerzos de las nuevas naciones para estructurar una autoridad legítima, necesita una seria reexaminación. La opinión norteamericana corriente acerca de la estructura política ha sido que ésta vendrá de una manera más o menos automática después del progreso económico, y que adoptará la forma de una democracia constitucional. Ambas suposiciones nos plantean serias dudas. En todo país avanzado, la estabilidad política precedió y no surgió del proceso de industrialización. Seguramente, las instituciones representativas fueron ampliadas y elaboradas a medida que los países prosperaban, pero sus rasgos significativos antecedieron al desarrollo económico, y no son atribuibles a éste.

El problema de la legitimidad política es la clave de la estabilidad política en regiones que tienen dos tercios de la población mundial. Un sistema doméstico estable en los países nuevos no producirá automáticamente un orden internacional, pero el orden internacional es imposible sin él. Un programa norteamericano debe incluir alguna concepción de lo que entendemos por legitimidad política. Esto no quiere decir que nuestra meta deba consistir en transferir las instituciones norteamericanas a las nuevas naciones, mucho menos que debamos imponerlas. Tampoco debemos definir el problema así: cómo impedir que el comunismo se extienda. Nuestra meta debería ser el obtener un consenso moral que pueda hacer creativo a un mundo pluralista, en vez de destructivo.

Nada ha sido más difícil para los norteamericanos que el asimilar, en la era nuclear, el hecho de que incluso la enemistad es compleja. En la Unión Soviética tenemos a un oponente cuyos pronunciamientos públicos son insistentemente hostiles. Sin embargo, la era nuclear impone un grado de cooperación y un límite absoluto a los conflictos.

El Problema de las Intenciones Soviéticas

Las relaciones militares con la Unión Soviética son bastante difíciles; las relaciones políticas nos hacen enfrentarnos a un profundo problema conceptual. Una sociedad que considera la paz como una condición normal, tiende a atribuir la tensión no a causas estructurales, sino a personas malas o faltas de visión. Se piensa que la paz es el resultado de la operación automática de fuerzas económicas o del surgimiento de una jefatura más benigna en el extranjero.

El debate acerca de las tendencias soviéticas entre los occidentales de la "línea dura" y los de la "línea suave", ilustra este problema. Ambos lados suelen convenir en que el propósito de la política norteamericana es alentar una evolución más benigna de la sociedad soviética; el propósito original de refrenarse era, después de todo, el de lograr la transformación interna de la Unión Soviética. Todos aceptan que un arreglo presupone un cambio en el sistema soviético. Ambos grupos dan a entender que la naturaleza de un posible arreglo es perfectamente obvia. Pero los apóstoles de la contención nunca han especificado el programa de negociación norteamericano que deba ser emprendido, desde la posición de fuerza que su política estaba designada a lograr. Los abogados de un suavizamiento de las tensiones no han sido más precisos; se han mostrado más preocupados por la atmósfera que por la sustancia de las conversaciones.

En realidad, la diferencia entre "halcones" y "palomas" coincide casi siempre: los halcones han sostenido que un cambio de actitud soviético, aun siendo inevitable, todavía era cosa del futuro, mientras que las palomas han alegado que ya ha tenido lugar. Muchos de los halcones tienden a considerar inútiles todas las negociaciones. Muchas de las palomas alegan —o por lo menos lo hacían antes de Checoslovaquia— que el mayor paso hacia la paz ya se había dado, gracias a un cambio de actitud soviético ante la guerra fría; las negociaciones sólo necesitaban eliminar algunos obstáculos esencialmente técnicos.

Si enfocamos a los propósitos soviéticos la discusión de nuestra política, enredaremos el debate de dos maneras: las tendencias soviéticas son demasiado ambiguas para resultar dignas de confianza: es posible que ni los mismos dirigentes soviéticos entiendan completamente la dinámica de su sistema; nos desvía de articular el fin que deberíamos perseguir, sin que importen las intenciones soviéticas. La paz nunca será resultado de un gran arreglo, sino de un largo proceso diplomático, y este proceso necesita alguna luz en cuanto a nuestros fines. El confundir la política exterior con la psicoterapia nos priva de un criterio para juzgar los cimientos políticos del orden internacional.

Si no nos queremos ver sentenciados a repetir el pasado, será bueno aprender algunas de sus lecciones: no debemos plantear falsas incom-

patibilidades entre una unidad aliada y una *détente;* ciertamente, una auténtica relajación de tensiones presupone la unidad occidental. Debemos concentrar las negociaciones en asuntos concretos que amenazan la paz, tales como la intervención en el tercer mundo. Moderar la carrera armamentista es otro tema que también deberá ocupar un lugar primordial. Nada de esto es posible sin una idea concreta de lo que entendemos por paz y orden creativo mundial.

La Política Exterior y el Interés Nacional

Ya es parte de la tradición norteamericana el que, mientras otras naciones tienen intereses, nosotros tenemos responsabilidades; mientras otras naciones están interesadas en lograr el equilibrio, nosotros estamos interesados en los requisitos legales de paz. Tenemos una tendencia a ofrecer nuestro altruismo como garantía de que se puede confiar en nosotros.

Una actitud como ésta hace que sea difícil desarrollar un concepto de nuestro papel en el mundo. Impide a otras naciones ajustar su política a la nuestra con confianza: una política "desinteresada" probablemente no sería considerada de "fiar". Una concepción madura de nuestro interés en el mundo, obviamente tendría que tomar en cuenta el interés cada vez mayor en la estabilidad y en el cambio pacífico. Trataría dos cuestiones fundamentales: ¿Qué tenemos interés en impedir? ¿Qué deberemos tratar de lograr?

La respuesta a la primera pregunta se complica por la suposición, frecuentemente repetida, de que debemos oponer resistencia a la agresión dondequiera que ésta ocurra, ya que la paz es indivisible. Un corolario es el argumento de que no nos oponemos al hecho de cambios particulares, sino a los métodos que se siguen para lograrlos. Encontramos difícil articular un interés realmente vital que defenderíamos por "legal" que fuera el desafío. Esto lleva a un globalismo sin diferenciación y a una confusión respecto a nuestros fines. El concepto abstracto de agresión nos hace multiplicar nuestros compromisos. Pero el negar que nuestros intereses están en juego disminuye nuestra resistencia cuando intentamos cumplir con estos compromisos.

Problemas de una Nueva Administración

Una nueva administración norteamericana se enfrenta al problema de relacionar nuestros compromisos con nuestros intereses y nuestras obligaciones con nuestros fines. En los cuarentas y cincuentas, ofrecíamos remedios: a fines de los sesentas y en los setentas, nuestro papel tendrá que ser el de contribuir a formar una estructura que fomentará la iniciativa de otros. Físicamente, somos una superpotencia, pero nuestros planes pueden tener significado sólo si generan una cooperación

voluntaria. Podemos seguir contribuyendo a la defensa y a ciertos programas positivos, pero debemos tratar de alentar y no de sofocar el sentido de responsabilidad local.

Esta tarea requiere de una diferente clase de creatividad y otra forma de la paciencia, diferente de la que hemos exhibido en el pasado. El entusiasmo, la fe en el progreso y la invencible convicción de que los remedios norteamericanos van a dar resultado en todas partes, deberán ser reemplazados por una comprensión de las tendencias históricas, un ordenamiento de nuestras preferencias y, sobre todo, una comprensión de la diferencia que pueden hacer nuestras preferencias. Una comprensión más clara de los intereses norteamericanos y de los requerimientos del equilibrio puede dar perspectiva a nuestro idealismo y guiarnos hacia fines humanos y moderados, especialmente en relación con el cambio político y social. Por consiguiente, nuestra concepción del orden mundial debe tener fines más profundos que la estabilidad, pero también una mayor contención en nuestro comportamiento, de lo que resultaría si fuera resultado sólo de un arrebato de entusiasmo.

Inquietud Juvenil y Soluciones Creativas

Se plantea un serio problema por el cambio de ética precisamente del elemento más idealista de la juventud norteamericana. El idealismo de los años cincuentas, durante la era Kennedy, se expresaba en confianza en sí mismo, y con frecuencia en una celosa estructuración institucional. Sin embargo, actualmente, muchos miembros de la generación más joven consideran que disponer del poder no tiene ningún objeto, que acaso sea inmoral. La nueva ética de libertad no es "cívica"; es indiferente o aun hostil a los sistemas y nociones de orden. El disponer del poder se equipara a la manipulación. Los programas estructurales son considerados como sistemas de "dominación", no de orden. La generación que ha llegado a la mayoría de edad después de los años cincuentas ha tenido a Vietnam como introducción en el mundo de la política. No recuerda las ocasiones en que innovaciones estructurales apoyadas por los EE. UU. lograron imponerse, ni las motivaciones que inspiraron estas empresas.

Parcialmente como resultado de la diferencia entre las generaciones, el sentimiento norteamericano oscila peligrosamente entre sentirse avergonzado del poder y esperar demasiado de él. La primera actitud desaprueba el uso o la posesión de la fuerza; la segunda actitud es exageradamente sensible a las posibilidades de la acción absoluta y exageradamente indiferente a las consecuencias que pudiera acarrear. El peligro de un rechazo del poder es que puede dar como resultado un perfeccionismo nihilista que desprecie lo gradual e intente destruir lo que no concuerda con su noción de la utopía. El peligro de un exagerado

interés en la fuerza es que los políticos puedan responder al clamor por medio de una serie de gestos espasmódicos y maniobras espectaculares y luego retroceder ante sus consecuencias.

La importancia de estos problemas esencialmente psicológicos no puede exagerarse. Es la esencia de una sociedad satisfecha y avanzada el que tenga interés en operar con procedimientos y conceptos familiares. Obtiene su motivación del presente y define la excelencia como la capacidad de dirigir una estructura establecida. Pero para la mayor parte de la humanidad, el presente sólo es tolerable mediante una visión del futuro.

Necesitamos una nueva explosión de creatividad, no tanto por el bien de otros países sino por el de nuestro propio pueblo, especialmente de la juventud. La inquietud contemporánea es prueba de una profunda insatisfacción con las cualidades del estado moderno, exclusivamente administrativas y orientadas hacia el consumidor, y con un mundo que parece generar crisis por inercia. El estado burócrata moderno, con todo su alarde de fuerza, con frecuencia es sacudido hasta sus cimientos por causas aparentemente triviales. Su fragilidad y la revolución de la juventud en todo el mundo —especialmente en los países avanzados y entre los relativamente acomodados— sugiere un vacío espiritual, un aburrimiento casi metafísico ante un ambiente político que insiste cada vez más en los impedimentos burocráticos y se dedica a fines que no van más allá de la comodidad material.

Nuestra intranquilidad no tiene un remedio fácil. Tampoco se encontrará la solución principalmente en el reino de la política exterior. Sin embargo, un desafío más profundo, no técnico, seguramente nos ayudaría a recobrar un sentido de la dirección. Las expresiones mejores y más orgullosas de los propósitos norteamericanos en el mundo han sido aquéllas en las que actuamos en concierto con otros. Nuestra influencia en estas situaciones ha dependido de lograr una reputación como miembro de dicho concierto. Para actuar en el extranjero de manera apropiada, deberemos generar coaliciones con fines comunes. Los grupos regionales, apoyados por los Estados Unidos, tendrán que asumir la principal responsabilidad en sus zonas inmediatas; los Estados Unidos estarán más interesados en la estructura de orden total que en el manejo de cada empresa regional.

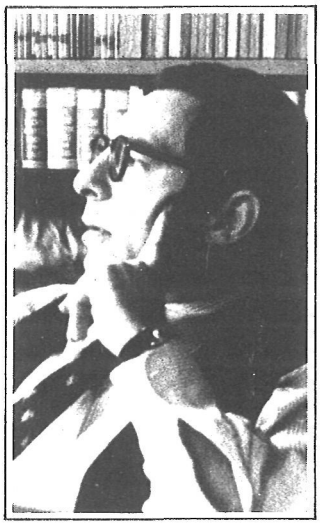
Una nueva administración deberá basar su pretensiones no en buenas respuestas técnicas a asuntos difíciles; debe, sobre todo, hacer las preguntas necesarias. Debe reconocer que, en el campo de la política exterior, nunca podremos contribuir a construir un orden mundial creativo y estable, a menos que antes tengamos una concepción del mismo.

EL PSICOANALISIS DESDE FREUD

Por Donald M. Kaplan

Hasta su muerte, ocurrida en 1939, la figura de Sigmund Freud dominó acaso la más influyente y ciertamente la más discutida escuela de pensamiento psicológico y psiquiátrico del siglo XX. Desde entonces, cierto número de sus discípulos han extendido la teoría psicoanalítica a nuevas zonas. En el siguiente artículo, tomado del número de agosto de 1968 de *Harper's Magazine,* con permiso del autor, Donald M. Kaplan describe las contribuciones de Anna Freud, Erik H. Erikson y René Spitz.

El doctor Kaplan practica la psicología clínica en la ciudad de Nueva York, enseña en un instituto para salud mental y escribe abundantemente sobre temas psicológicos. Actualmente es editor asociado de *American Imago,* publicación psicoanalítica dedicada a las artes y a la cultura.



En una noche de invierno de 1926, mientras Sigmund Freud se hallaba de visita en Berlín, Albert Einstein lo visitó para presentarle sus respetos. Como ninguno sabía nada del trabajo del otro, pasaron varias horas en agradable pero ociosa conversación. Después, en una carta escrita a la princesa Marie Bonaparte, una de sus más íntimas discípulas, Freud decía de Einstein: "Este afortunado amigo se encuentra en una situación mucho más fácil que la mía. Ha contado con el apoyo de una larga lista de predecesores, a partir de Newton, mientras que yo he tenido que dar cada paso de mi camino solo, a través de una selva salvaje. No es de sorprender que mi camino no sea muy ancho, y que no haya avanzado mucho por él".

Lo que Freud decía, desde luego, era que Einstein podía exponer sus ideas a sus colegas mediante un lenguaje científico establecido, y que ellos, a su vez, podían juzgar su obra mediante métodos aceptados. En 1905, Einstein había publicado cuatro artículos bastante breves, el primero de los cuales tenía que ver con el misterioso efecto fotoeléctrico: por qué una chispa eléctrica salta a través de dos terminales cargadas más fácilmente en la luz que en la oscuridad, y el último tenía que ver con cierta relación particular entre energía, masa y velocidad de la luz. Estas audaces visiones pusieron en marcha una revolución: la teoría de los quanta, como pionera, y la relatividad, hacia el fin de tal año. Einstein fue instantáneamente reconocido. Virtualmente de la noche a la mañana, pasó de la oscuridad como examinador de patentes en una oficina del gobierno suizo a la celebridad internacional.

Copyright © 1968 por Harper's Magazine Inc.

A su propia manera, *La Interpretación de los Sueños*, de Freud, publicada en 1908, había de inspirar una revolución comparable a la de Einstein. Pero el reconocimiento fue largamente aplazado. De hecho, en los 30 años que siguieron a su aparición, del libro sólo se vendieron 350 ejemplares.

Einstein hizo sus primeros trabajos en una época en que los teorizantes de la física sabían que se encontraban en dificultades. Convenían en que el concepto del éter no era válido, y que las ideas newtonianas de acción a cierta distancia y los sistemas de inercia no eran absolutamente sostenibles. Freud, en cambio, se presentó entre colegas complacientes y optimistas acerca del estado del conocimiento psicológico.

Un Modelo Mental

Así, el psicoanálisis no se dirigía a reconocidas imperfecciones de un campo. Brotó de la imaginación de Freud como un cuerpo único de conocimientos, que sugería sus propias imperfecciones y creaba sus propias reglas, teorías y métodos. El propio Freud tuvo que formular las condiciones experimentales para coleccionar y examinar especímenes de sueños; tuvo que formar, desde el papel, un modelo de mentalidad que diese cuenta del contenido ideológico de los sueños, así como de su peculiar condensación de la memoria pasada y la experiencia diaria corriente.

El propio Freud, a su muerte, ocurrida en 1939, reconoció que no había llevado muy lejos el psicoanálisis. Pero había introducido cierto número de conceptos que han ejercido enorme influencia tanto en el campo especializado de la psiquiatría cuanto en las áreas más generales de la literatura y las ciencias sociales. Sus más notables contribuciones seguramente incluirán las siguientes:

1. Una teoría que da cuenta de las extrañas características de los sueños y otras experiencias fantásticas y un método para descifrar el significado latente de tales fenómenos. Freud tenía la convicción de que la *mente* es un instrumento de resolución de problemas y de que los sueños, fantasías y aun ciertos síntomas psicológicos representan los esfuerzos de la mente por resolver y gobernar las dificultades personales duraderas. El método psicoanalítico de Freud fue formulado para permitir a los antiguos conflictos del paciente expresarse en un contexto presente, y éste cumplía con una función terapéutica. Que el paciente experimentara la distinción entre pasado y presente ayudaba a liberarlo de una servidumbre emocional al pasado.

2. Una nueva comprensión del papel de la sexualidad en la neurosis. Freud descubrió que el deseo sexual podía infiltrarse en miríadas de actividades no sexuales, como el trabajo. La sexualidad, un concepto mucho más extenso que el sexo, pasa a ser el foco de incontables conflictos, y hace, así, complejas exigencias a la mente como actividad de resolver conflictos.

3. Una visión profunda de las relaciones entre la niñez y la adaptación subsecuente. Con esta visión, Freud creó un revolucionario interés psicológico en las prácticas de cuidado infantil, primera educación y vida de familia.

Gran parte de la terminología nacida de los esfuerzos por definir las cosas es de uso común hoy en día: términos tales como *id, ego* y *superego,* que se emplean, en general, respectivamente para los impulsos de búsqueda del placer, control o regulación del impulso y el nivel inconsciente de culpa y de conciencia. Empero, este triunvirato ni siquiera se menciona en *La Interpretación de los Sueños.* En tal obra, Freud estaba preocupado por cómo y por qué las experiencias mentales llegan a varios grados de conciencia. Estaba tratando de relacionar percepción, memoria, emoción, atención y acción de tal manera que pudiese explicarse la formación de sueños y síntomas.

En años siguientes, sobre todo al estudiar los estados de depresión de la mente, se dio cuenta de la operación de algo como conciencia, su papel en la regulación de la propia estimación y su origen en la repulsión infantil por superar ciertos estados de protección. El *superego,* el *id* y el *ego* fueron términos empleados para expresar la teoría posterior de Freud acerca de la mente.

Hoy, en el mundo psicoanalítico, el difícil proceso de definición aún se lleva adelante, a un ritmo que a veces parece desesperantemente lento. Por ejemplo, en una reciente reunión psicoanalítica, un amigo mío —analista y profesor de preparación— comentó: "Hace casi 70 años que apareció *La Interpretación de los Sueños,* y aún estamos en ella, incapaces de convenir con una teoría de cómo brota un estado anímico. ¿Qué les parece si lanzamos una moneda al aire, y decidimos en consecuencia?"

A pesar de todo, en realidad, el psicoanálisis *ha* avanzado. No estoy pensando en este momento en la proliferación de institutos de capacitación, de practicantes y de servicios a los pacientes, que no necesariamente son medida de un avance científico. Antes bien, estoy pensando en ciertas extensiones de la teoría. Junto con otra media docena, tres analistas —Anna Freud, Erik H. Erikson y René Spitz— han ensanchado notablemente el campo teórico.

La Posición de Anna Freud

Es imposible juzgar hasta qué punto se debe el prestigio de Anna Freud al hecho de que es la hija de Sigmund Freud, y hasta qué punto se basa en su contribución, por derecho propio. Aunque su presencia transforma toda sesión psicoanalítica en un acontecimiento nacional, muy probable es que ella siga adelante, hasta dar una profunda información del tema de que se trate.

Su visita a Nueva York, en la primavera de 1968, es algo que viene al caso. Vino a dar una conferencia sobre las dificultades a las que se

enfrenta hoy el psicoanálisis: no era éste un tema que por sí mismo atrajera a una gran parte de la comunidad profesional. Sin embargo, reunió un público enorme en uno de los colegios de la localidad. No había un asiento vacío en la orquesta, el entresuelo ni los balcones, y los espectadores de pie ocupaban todos los espacios disponibles. El público provenía de 20 estados, representaba todas las disciplinas y niveles del movimiento de la salud mental y otros con él relacionados. Cuando la señorita Freud se acercó al podio del orador, el público se puso en pie, y el aplauso fue —no hay otra palabra para describirlo— realmente atronador.

Se trata de una mujer delgada, de avanzada edad, pero llena de vida, con cabellos grises rizados, y no lleva adornos ni maquillaje. Usa vestidos lisos, anchos y desiguales, y zapatos planos, no muy diferentes a sandalias. Se inclina ligeramente y se mueve con cierta dificultad. Tiene una atractiva sonrisa y un sutil sentido del humor. Como su padre, es una oradora notablemente bien dotada. De cuando en cuando vuelve las páginas de un manuscrito, al que apenas se refiere. Su entonación es un tanto quejumbrosa, y habla con la cabeza ligeramente inclinada, como si escuchara al mismo tiempo que habla. Su pensamiento es tan claro como el arroyo de una montaña.

La señorita Freud es directora de la clínica de terapia infantil Hampstead, en Londres, centro de tratamiento y enseñanza fundado por ella en 1939, que se ha ganado el reconocimiento internacional como la más notable institución de su clase. Entre los proyectos más importantes que están en vías de realización, desde hace 10 años, se encuentra la preparación de un Indice y Semblanza, que hará posible a las instituciones especializadas en terapia psicoanalítica para niños en el mundo entero, comunicarse mediante un lenguaje común. Ha sido ésta una gigantesca empresa, la cual ha requerido que fuesen analizados todos los hechos de la observación y terapia de incontables niños, separando cada uno de sus componentes y codificándolo. Pero aunque Anna Freud se ha especializado durante más de 40 años en trabajar con niños, su huella se aprecia en cada aspecto del psicoanálisis actual.

Su derecho nato dentro del movimiento psicoanalítico, desde luego, es único. De los seis hijos de Freud, Anna —la menor— fue la única que se dedicó al análisis. Casi desde la infancia pareció destinada a colaborar con la obra de su padre. Fue ella la más joven soñadora que aportara un espécimen a *La Interpretación de los Sueños.* Freud registró en su libro la expresión nocturna de Anna a la edad de 19 meses, después de un día en que su médico le había recetado 10 días de hambre como cura para un dolor de estómago. En sueños, Anna gritó: "Anna Freud, fresas, *fresas silvestres,* tortillas de huevo, budín". Mientras este "menú" indicó a Freud un claro deseo de alimentos, interpretó la inserción de las especies silvestres de fresas como un desafío a la orden del médico.

Este desafío, que Freud notara tan temprano, debió de regocijarlo, y es seguro que lo fomentó. Cuando tenía tres años y medio, su padre escribió a su hermano mayor Martin que la desobediencia de Anna la hermoseaba. Una actitud de desafío, como Freud habría de descubrir en su análisis de sí mismo, era lo que en gran medida motivaba su obsesión de "llegar a ser alguien".

Después de enseñar en una escuela durante cierto tiempo, Anna, a eso de los 25 años, inició su preparación en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Durante este tiempo, se le desarrolló a Freud un cáncer en la mandíbula. Al empeorar, Anna se dedicó cada vez más a atender a su padre. A mediados de la década de 1930, se hallaba a su lado día y noche, como enfermera, secretaria y representante. Ernest Jones, el amigo y discípulo inglés de Freud, una vez describió el silencioso y total entendimiento entre padre e hija como "de calidad telepática".

El Enfoque Sobre el Niño

Infundados rumores insistían en que la mano de su padre se manifestaba en los primeros documentos de Anna Freud. Sin embargo, de hecho se hallaba ocupada en asuntos totalmente distintos, aun cuando sus vidas profesionales coincidían. El psicoanálisis infantil —que había de ser especialidad de su hija— era un campo en el que Freud no tenía verdaderos conocimientos técnicos. Aunque otros habían experimentado en este campo, desde la década de los veintes, Anna fue la primera en demostrar con precisión cómo los clásicos útiles del psicoanálisis del adulto —transferencia, resistencia, motivación, libre asociación— podían aplicarse a niños de cuatro años. Su breve libro *Psicoanálisis para Maestros y Padres,* publicado en 1930, ha ejercido una enorme influencia en la educación y crianza de niños. En él, Anna presentaba conceptos psicoanalíticos en forma comprensible y útil para los legos (en el libro también se respondía a algunas difundidas aprensiones contra la teoría de Freud, incluso la noción de la extrema complacencia, que, por error, había sido atribuida al pensamiento freudiano).

A pesar de todo, la señorita Freud no ha ejercido absoluta autoridad sobre el dominio entero del psicoanálisis infantil. Su enemiga acérrima fue la difunta señora Melanie Klein, cuyas teorías y prácticas diferían considerablemente de las de la señorita Freud, y han ejercido una influencia importante, sobre todo en la Gran Bretaña y la América Latina.

La señora Klein, hija de un médico vienés, originalmente fue animada en sus estudios analíticos y su trato de los niños por Sandor Ferenczi, uno de los primeros discípulos de Freud; por Ernest Jones y —sí, así es— por el propio Freud. Su diferencia con Anna Freud se centró en los primeros años de la infancia. La señorita Freud consideró este período simplemente como prólogo de los procesos de maduración mental, que

sólo podrían identificarse más tarde. La señora Klein, en cambio, encontró el funcionamiento de la mente infantil, tal como lo observó, completamente comparable con el funcionamiento adulto.

La señora Klein creía que, fuesen cuales fuesen los factores del medio, el niño nacía para ser paranoico y depresivo, entre otros síntomas psicopatológicos. Y recomendó el psicoanálisis para todos los niños, lo que no hace Anna Freud. La psicología infantil norteamericana, de acuerdo con el sueño norteamericano de la perfectibilidad humana, prefiere atribuir toda la culpa del conflicto humano a los padres y la sociedad. Anna Freud combina un poco de ambas teorías, pero no lleva ninguna al extremo. Y considero justo decir que sus opiniones están modificando ambas escuelas de pensamiento.

Deseos y Conflictos

En 1936, la señorita Freud publicó *El Ego y los Mecanismos de Defensa,* obra que considerablemente hizo avanzar al psicoanálisis de método y teoría clínicos hacia una situación de psicología general. El libro es un estudio de cómo trata la mente el conflicto que surge cuando un deseo no puede ser satisfecho. En efecto, alguna característica del deseo se deforma, se reduce en intensidad o modifica su contenido. Tales mecanismos —conocidos como defensas— sirven al propósito de apaciguar el conflicto entre pasión y restricción. Algunas veces, este proceso permite que el deseo encuentre su expresión en su propia antítesis. Así, por ejemplo, un hombre puede buscar la riqueza, guiado por la idea consciente de que la riqueza es equivalente a la independencia, la cual no es una idea especialmente extraña. Sin embargo, si su intento de conseguir el dinero también está basado en una pasión por complacer a un padre insaciable con realizaciones infinitas, entonces, cuanto mayor riqueza adquiera, mayor culpa sentirá inconscientemente. Si este conflicto entre la búsqueda de la independencia y la experiencia de la debilidad ante otros llega a cierto grado, el paciente puede formarse la obsesión de amasar dinero. Cuando una defensa falla, un síntoma se forma; en este ejemplo, una obsesión.

El considerable avance hecho por el libro de Anna Freud lo constituyó su incansable búsqueda del destino de una defensa una vez que el conflicto original había cesado. ¿Qué ocurre, por ejemplo, a las defensas contra los conflictos temporales de la adolescencia, una vez que se ha llegado a la madurez? Durante los trastornos sexuales y agresivos del adolescente, sus defensas pueden adoptar la forma de abogar intelectualmente por "el amor libre" y por ideologías extremistas. Al cesar su crisis interna, las actitudes hijas de la desesperación pueden llevarlo a la sabiduría. Analizando el paso de la adolescencia, Anna Freud escribió una vez: "El instinto ante el peligro da sabiduría".

Aunque nunca se valió de esa palabra, la señorita Freud estaba des-

arrollando un concepto de adaptación; es decir, el desarrollo del intelecto, la imaginación, el conocimiento y la resolución de problemas. El término "adaptación" fue introducido poco después de la aparición de su libro, por el doctor Heinz Hartmann, quien actualmente comparte con la señorita Freud la dirección del movimiento psicoanalítico post-freudiano.

Fuentes de la Fuerza Psíquica

El concepto de la adaptación de Anna Freud también ha sido básico en el pensamiento de otro gran post-freudiano: Erik Homburger Erikson. Con un espíritu un tanto libre, de una manera que siempre pone nerviosos a los psicoanalistas un poco conservadores, Erikson fue pintor antes de especializarse en Viena. Lo que causa problemas a los freudianos normales es la dificultad de determinar exactamente cuál es su contribución original. Asimismo, Erikson se preocupa mucho por la "sociedad" y el "proceso social". Esto resulta un tanto perturbador para sus colegas exclusivamente preocupados por conservar el psicoanálisis "intrapsíquico" antes que "cultural" e "interpersonal".

Aunque muchas cosas despiertan su interés, los estudios de Erikson tratan principalmente de los orígenes y el significado de la fuerza psíquica.

"... Cuán difícil es para el psicoanalista conceptualizar los hechos en contraste con la conducta... diferenciar la acción que hace que las vidas compartidas de muchos se diferencien fundamentalmente de un estereotipado comportamiento privado, como el que puede estudiarse en el aislamiento clínico. ¿Es esta una limitación esencial del psicoanálisis? ¿Podemos conceptualizar al hombre sólo si está fragmentado en un agudo conflicto interno...?"

Erikson, actualmente en la facultad de la universidad de Harvard, ha buscado la respuesta en muchos lugares: más allá del diván del psicoanalista, en el campo, como antropólogo, o en la cuna. Siempre está estudiando las vidas de grandes hombres: Martín Lutero, George Bernard Shaw, recientemente Gandhi, lo que lo obligó a ir a la India, con la intención de aprender cómo la circunstancia histórica puede conducir a la fuerza así como a la neurosis.

Sus escritos sobre la identidad han atraído a un vasto público en general; no obstante, es mejor conocido entre sus colegas por su llamado "esquema epigenético". Es éste un desarrollo de la teoría freudiana de las etapas psicosexuales. Freud descubrió que el desarrollo posnatal del niño procede mediante una sucesión de crisis específicas, conforme una y luego otra parte del cuerpo se someten a un esfuerzo de desarrollo. Por ejemplo, en cierto punto, el desarrollo de sus huesos y músculos capacita al niño para mantenerse en posición erecta y dar pasos, alejándose de sus padres. En esta etapa "fálica", entra el niño en una nueva relación con su propio cuerpo y su medio.

Erikson hizo dos cosas con la teoría freudiana del desarrollo. Correlacionó las fuerzas y debilidades específicas que pueden surgir en cada fase y extendió el esquema del desarrollo más allá de la adolescencia —donde Freud lo dejara originalmente—, hasta la edad provecta. Por ejemplo, en la etapa fálica, en el esfuerzo locomotor, Erikson contempla el reto como si tuviera que ver con la adquisición de un sentido de iniciativa por el niño. La etapa siguiente envuelve al niño que establece un sentido de industria. En la adolescencia, la crisis de la vida puede tener que ver con cuestiones de identidad, acerca de la cual ha escrito más Erikson. Después, a fines de la adolescencia y en la edad adulta joven, aparecen los problemas de intimidad contra aislamiento.

El Problema de la Identidad

De cómo se resuelven esos problemas depende que se pase a enfrentarse a la cuestión de productividad o estancamiento. Los analistas a menudo ven este conflicto en los pacientes que llegan a los 30 años. Estos pacientes han resuelto el problema de quiénes son, y se han interesado en el mando, en dejar alguna marca palpable en el mundo que los rodea. Hablan de paternidad o problemas de carrera, de cosas fuera de sí mismos. El estancamiento en personas de cerca de 30 años se expresa en una prolongada absorción de sí mismas, del tipo adolescente, un temor de no hallar actividades en las que valga la pena creer. Erikson ve las crisis de la edad provecta entre la integridad y la desesperación, la sabiduría y el cinismo; el problema es cómo experimentar haber vivido y enfrentarse a no vivir.

Las ramificaciones de la obra de Erikson son muchas. Aquí me gustaría insistir en su influencia sobre la terapia. Más que cualquier otra psicoterapia, el psicoanálisis se vale de la inclinación del paciente para crecer en sus propios términos. Dependiente del proceso más que del adoctrinamiento, el psicoanálisis resulta la psicoterapia menos manipulativa.

A pesar de todo, el analista no es un autómata. En gracia a las emergencias, sutiles u obvias, creadas por el paciente, puede ser inducido temporalmente a funcionar no como un analista sino como un padre, educador o corrector. Si se justifica el interrumpir el proceso psicoanalítico de esta manera es algo que depende de si la emergencia es verdadera o simulada. Al tomar esta difícil decisión, mucho le ayudan los estudios hechos por Erikson de crisis en el ciclo vital. La crisis, ha demostrado, frecuentemente conduce a la adaptación; un paciente de cerca de 25 años difiere profundamente de uno de cerca de 35. Una existencia humana es un largo ciclo, antes que la suma de las diarias experiencias. "Lutero cantaba, Gandhi valsaba y Kierkegaard bebía, todos por breves y desastrosos períodos", ha escrito Erikson. Esta perspectiva ha ayudado a liberar al analista de la tiranía del aquí y hoy mismo, tendencia a enfocar sólo un ajuste diario, en lugar de contemplarlo como parte de un proceso de crecimiento, sutil pero incesante.

La contribución de otro gran postfreudiano, René A. Spitz, consiste en concepciones diferentes, pero extraordinariamente reveladoras del proceso de desarrollo. Spitz se ha especializado en estudios de la primera infancia; joven médico de poco más de 20 años, abandonó su nativa Budapest en 1910 y se trasladó a Viena para estudiar psicoanálisis, haciéndose analizar a sí mismo. Su primer mentor, Ferenczi, persuadió a Freud a hacer el análisis, y así Spitz fue el primer estudiante en someterse a un análisis de preparación, procedimiento hoy requerido para todos los analistas en ciernes. El doctor Spitz hizo su mayor obra entre 1940 y 1965, primero al asociarse a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York y luego al Centro Médico de la Universidad de Colorado en Denver.

Respuestas de un Niño

Hoy, en una típica fotografía, René Spitz aparece en bata blanca y gorra, con sus penetrantes ojos detrás de sus lentes, contemplando a un bebé. Experto fotógrafo, es más fácil encontrarlo actualmente tomando fotografías que posando. Por ejemplo, ha tomado fotografías y filmado incontables partos, en busca del "trauma natal", concepto debido al psicoanalista aficionado Otto Rank, pero nunca aceptado por Freud (el psicoanálisis ortodoxo no reconoce deseos tales como "volver al útero", concepto ampliamente atribuido a él por estudiantes aficionados de psicología e intelectuales de la literatura).

Spitz sitúa el primer grito del recién nacido después del nacimiento, y descubrió que cesa en segundos si se deja en paz al niño. También ha encontrado que el recién nacido, a causa de sus sentidos receptores aún subdesarrollados, experimenta poca emoción el primer día de su vida. Puede reaccionar a una nalgada o si se cubren sus ojos con nitrato de plata, pero no hay pruebas de que la expulsión del útero le resulte dolorosa.

A pesar de todo, para el séptimo u octavo día de vida, el niño empieza a demostrar débiles pero definidas respuestas que, aunque puramente físicas, tienen importancia psicológica. En este tiempo, al colocársele en brazos de la madre para alimentarlo, su cabeza avanza hacia el pecho, sus labios buscan y sus manos aprietan. Esta familiar respuesta, que Spitz ha estudiado y fotografiado, consiste en una serie de respuestas coordinadas llamadas "hociqueo". Se presenta cada vez que el mecanismo del oído interior del niño se ladea y su posición cambia. Esta respuesta es premental, no aprendida, innata, un avance a tientas en pos de alimento. No obstante, también está ocurriendo algo diferente, pues mientras el niño se alimenta, sus ojos se vuelven al rostro de su madre.

Spitz ha demostrado que conforme la visión del niño madura, al alimentarse no contempla el pecho sino el rostro de su madre. Y la percepción se desarrolla cuando empieza a diferenciar la sensación de contacto de sentir su rostro contra el pecho, de la distante sensación de ver el rostro de su madre (el niño recién nacido no reconoce distancias. Aun el sonido es experiencia de "contacto", una vibración física de su tímpano).

El Diálogo Primario

Al obtener y perder contacto físico con el pecho de su madre al alimentarlo, el niño aún ve el rostro de ésta. La repetición de esta experiencia gradualmente transforma las sensaciones en percepciones. La reciprocidad entre madre e hijo puesta en marcha por la respuesta alimenticia —y respuestas tan posteriores como la "sonrisa" que se manifiesta alrededor del segundo o tercer mes— han sido llamadas por Spitz "el diálogo primario".

Este diálogo resulta tan necesario para la vida como la alimentación. Junto con otros, Spitz ha estudiado una fatal enfermedad infantil llamada depresión anaclítica u "hospitalismo". Durante la segunda guerra mundial, esta enfermedad azotó a niños huérfanos que fueron apresuradamente alimentados por fatigadas enfermeras o dejados en sus cunas con botellas llenas. En todos los demás respectos, estos niños estaban bien cuidados. Pero algunos se volvieron totalmente apáticos; todos los esfuerzos por hacerles responder sólo provocaron agudos y distantes gritos. Una vez contraído, el hospitalismo es irreversible y termina en la muerte.

En términos psicoanalíticos, la explicación se halla en el fenómeno de agresión, que es omnipresente. La agresión es regulada o no regulada, y una de las funciones de la mente en proceso es relacionar la agresión, de tal manera que se le pueda usar para la adaptación, y no para la autodestructividad como en las depresiones o rabietas. Un valor crucial del diálogo primario consiste en regular la agresión, que de otra manera se hace destructiva.

A pesar de todo, muchas otras cosas pueden estar mal en el diálogo primario. Por ejemplo, puede ser un instrumento de sobreprotección materna; de hecho, una dosis excesiva de estímulo emocional. O, como Spitz ha observado más recientemente, el diálogo puede ser "descarrilado" en los hogares en que hay exceso de gente, donde el teléfono, la televisión y los visitantes interrumpen el ciclo infantil de apetito y consumo. El resultado no es depresión, sino toda una gama de comportamiento "exhibicionista", como delincuencia y perversidad. La obra de Spitz en este campo ha llevado al psicoanálisis a una relación nueva y más íntima con problemas sociales tales como planeamiento urbano y control de la natalidad. Ha incorporado sus investigaciones y hallazgos a su último libro, *The First Year of Life: A Psychoanalytic Study of Normal and Deviant Development of Object Relations* (El Primer Año de la Vida: Estudio Psicoanalítico de Desarrollo Normal y Anormal de Relaciones Objetivas).

Spitz ha hecho un notable uso de la cinematografía para estudiar la ansiedad que, en niños muy pequeños, se muestra en lágrimas o en una reacción de espanto. Algunas de sus secuencias fílmicas más interesantes muestran a un niño de ocho meses dejado junto a una muñeca de apa-

riencia muy viviente. El niño se arrastra hacia ella, lleno de esperanzas, se detiene, la examina, desconfiado, la toca, y entonces rompe a llorar. La causa de esta "ansiedad de muñeca" es la esperanza del niño en entablar un diálogo; reacciona con terror al dejar de responder la muñeca. Spitz explica el universal temor a los cadáveres como consecuencia de nuestro miedo de ser atrapados y excesivamente cargados de agresión. El diálogo primario educa nuestra discriminación perceptiva entre lo viviente y lo no viviente hasta un grado tan fino que infaliblemente podemos distinguir entre una fotografía en blanco y negro de un niño vivo y de una muñeca de tamaño natural.

¿Más Profundo Dentro de la Vida?

Spitz cuenta en la actualidad con 81 años y asegura estar retirado, como lo ha asegurado ya en varias ocasiones. Erikson tiene 66 años y Anna Freud 72. La edad relativamente avanzada de este eminente trío refleja el hecho de que el psicoanálisis pide una larga y exigente disciplina: un hombre o mujer tendrá por lo menos 40 años antes de haberse familiarizado con la teoría, y probablemente necesitará otras décadas antes de que pueda contribuir y ensanchar sus fronteras. Desde luego, hay otros aspectos de la situación, algunos de los cuales tocó en sus pláticas de Nueva York la propia Anna Freud, la primavera pasada. "Los jóvenes de hoy no están interesados en las luchas del hombre contra sí mismo", dijo, "sino en la lucha del hombre contra la sociedad. Ven que aquello a lo que puede conducir el psicoanálisis es la adaptación a la sociedad; es eso lo último que se les ha ocurrido".

También analiza la competencia proveniente de terapeutas médicos, a la que se enfrenta el psicoanálisis. Pero, a fin de cuentas, considera estos obstáculos con su habitual serenidad. "El psicoanálisis se desarrollará", dijo, "y nos llevará cada vez más profundamente dentro de la vida". Ciertamente, ésta parece ser la dirección de los nuevos exploradores, por el camino originalmente abierto por Freud.

LA CRISIS DEMOGRAFICA: MOTIVOS PARA ALENTAR ESPERANZAS

Por Frank W. Notestein

Un connotado estudioso de los problemas demográficos afirma que los recientes triunfos alcanzados por los programas de planeación familiar en algunas regiones de Asia, Africa y Latinoamérica, permiten alentar fundadas esperanzas de lograr la desaparición del espectro de la miseria, perpetuado por el crecimiento de la población en los países que se encuentran en vías de desarrollo.

El autor fue profesor de demografía en la Universidad de Princeton durante más de dos décadas; de 1959 a 1968 fue presidente del Consejo de Población, fundación privada que se dedica a la investigación, la preparación de especialistas en la materia y el asesoramiento técnico. El profesor Notestein también ha sido director de la División de Población de las Naciones Unidas y consejero del gobierno de la India; en este país ayudó a la creación de un centro de preparación e investigaciones demográficas. Es coautor de las obras *Controlled Fertility* (Fertilidad Controlada) y *The Future Population of Europe and the Soviet Union* (La Futura Población de Europa y de la Unión Soviética). El artículo que a continuación se reproduce en forma condensada, merced a un permiso especial, apareció en la edición correspondiente al mes de octubre de 1967 de *Foreign Affairs.*

Todo estudio de la crisis provocada por el aumento de la población mundial debe girar alrededor de dos elementos disímbolos: los peligros poco menos que incalculables de la explosión demográfica, por una parte y, por otra, las renovadas esperanzas de que el problema se podrá resolver en los años que restan del presente siglo. Ambos factores tienen una importancia tan grande que resulta difícil expresarla.

Los peligros antes citados representan una grave amenaza para el proceso de modernización de los países en desarrollo, cuya población constituye dos tercios de la humanidad; asimismo, la cohesión política de dichas naciones corre un grave riesgo. El problema demográfico, ciertamente, es presagio de una pérdida de vidas de magnitud catastrófica. Ahora bien; las esperanzas se fundan en la existencia de nuevas y poderosas razones para pensar que si el mundo decide canalizar sus energías hacia la solución del problema, podrá lograr mucho en tal sen-

Copyright 1967 por el Consejo de Relaciones Exteriores, Inc., Nueva York.

tido en el curso de las próximas décadas. Han quedado atrás los tiempos en que los problemas tenían que considerarse insuperables.

En el presente escrito me referiré a las naciones poco industrializadas. No debemos preguntarnos cuántos habitantes podrían mantener éstas en última instancia, si alcanzaran un gran desarrollo. En este momento, tales países son extraordinariamente pobres, impera en ellos la ignorancia, y su organización es demasiado deficiente para que puedan utilizar con eficacia sus conocimientos. Deben empezar desde el punto en que se encuentran y no desde donde deberían estar. La verdad es que el vertiginoso ascenso de la tasa de crecimiento demográfico representa un formidable obstáculo para el desarrollo económico. Para resolver este problema, la clave es reducir el ritmo de aumento de la población en la medida suficiente para permitir el desarrollo de las economías atrasadas, y es indispensable hacerlo en los próximos 20 o 30 años.

La Tasa de Nacimientos y el Desarrollo Económico

Si su vida transcurre a salvo de catástrofes y en óptimas condiciones, las naciones en vías de desarrollo tendrán que lograr la modernización, independientemente de que su índice de crecimiento demográfico se reduzca, del 2,5 o 3,5 por ciento actual, al 1,0 o 1,5 por ciento hacia el final del siglo. Se debe cubrir el costo de tal crecimiento antes de hacer nuevas inversiones en establecimientos educativos y elementos para el aumento de la producción. Ahora ya hay muchos que comprenden el dilema: si una nación cuenta con una tasa de aumento de la producción equivalente al cinco por ciento anual (un índice que muy pocas de las naciones en desarrollo han logrado alcanzar y sostener) y si el aumento de su población es del tres por ciento anual, entonces el ingreso per cápita asciende a un ritmo del dos por ciento anual.

Lo anterior significa que el ingreso personal no se duplicará hasta después de iniciado el nuevo siglo. Dicho ingreso aumentará, digamos, de 100 a 200 dólares por año en el curso de los próximos 35 años. Sin embargo, la población se habrá multiplicado por 2,7 en el mismo período; en otras palabras, el magnífico desarrollo económico conseguido sólo habrá dado por resultado que una población 2,7 veces mayor que la original siga viviendo en una miseria casi inenarrable y que los recursos destinados a la educación y a la adquisición de bienes de producción hayan aumentado en un porcentaje mínimo.

En las regiones densamente pobladas del mundo, el problema es mucho más grave de lo que expresan las cifras antes mencionadas. Veamos la situación de la India. Si este país sostiene su actual índice de crecimiento demográfico, que es del 2,4 por ciento anual, los casi 500 millones de habitantes con que cuenta al presente se convertirán en 1.000 millones antes de que finalice el siglo. Hoy día, la India ya padece una aguda escasez de alimentos; el desarrollo de su agricultura es mínimo. Para

hacer frente a la explosión demográfica tiene que realizar enormes esfuerzos encaminados a elevar grandemente la producción agrícola.

La rápida introducción de nuevos métodos agrícolas, teóricamente posible, puede permitir a la India cubrir por lo menos sus necesidades mínimas. Empero, para aumentar su producción en la forma dicha, necesita muy poca mano de obra extra; requiere, en cambio, mejores sistemas de cosecha, de transporte y de financiación, así como mejores métodos de combatir las plagas y de fertilización. No necesita más gente. Y, sin embargo, si su crecimiento demográfico se mantiene al ritmo actual, la India se verá ante el ingente problema de mantener a otros 500 millones de personas dentro de unos 29 años, sin contar con la agricultura. En una era caracterizada por el aumento de las demandas populares, ¿por cuánto tiempo se podrá mantener la cohesión política de un país ante un desempleo sin precedentes en la historia?

Si no es posible conservar el orden político, el crecimiento excesivo originará enormes pérdidas de vidas. El margen de seguridad es trágicamente estrecho. Un poco de desorganización bastaría para desquiciar los servicios de transporte y de salud pública hasta el punto de que el hambre y las enfermedades epidémicas se apoderaran del país. Hay quien se atreve a afirmar que una pérdida de vidas de semejante magnitud ayudaría un poco a resolver el problema del exceso de población; la respuesta a tal aserto debe ser que las hecatombes de esta naturaleza también trastornan en alto grado todos los aspectos del proceso de desarrollo económico y eliminan toda posibilidad de que las sociedades desorganizadas sigan teniendo un gobierno representativo. El peligro de que sobrevengan situaciones como las descritas antes existe realmente en diversas regiones superpobladas, como la China continental, la India, Paquistán, Indonesia y Egipto.

Las Razones del Optimismo

En vista de lo anterior, puede parecer temerario inclinarse hacia el lado optimista del asunto, pero dicho lado existe y es, a mi juicio, muy digno de atención. Nuestro optimismo no llega al grado de hacernos pronosticar que todos los problemas serán resueltos sin que ocurran algunas tragedias, pero tenemos buenas razones para pensar que sí puede resolverlos un mundo verdaderamente atento a los peligros y decidido a dedicar grandes recursos y energía a la búsqueda del remedio. Ahora ya tenemos bases para creer que el índice de natalidad podrá reducirse rápidamente en el curso de las próximas décadas. No podemos decir que la solución se halla a la vista, pero sí estamos en posibilidad de afirmar que existen las condiciones adecuadas para atacar el problema.

Nuestras esperanzas se fundan principalmente en cuatro elementos: 1) la aparición de programas nacionales de planeación familiar; 2) el patente interés público en la limitación de la natalidad; 3) el mejoramiento de los métodos anticonceptivos, y 4) el hecho de que, por prime-

ra vez en la historia, varios pueblos orientales han comenzado a reducir su índice natal como resultado de los programas gubernamentales encaminados a difundir los métodos de control de la natalidad. A continuación me referiré brevemente a cada uno de los puntos anteriores.

Hace una década, la India era el único país que había puesto en práctica un programa destinado a fomentar la planeación familiar, aunque por espacio de varios años dicho programa tuvo más palabras que acción. Hoy día, más de la mitad de los habitantes del mundo en desarrollo cuentan con gobiernos decididos a reducir el índice de nacimientos por medio de la planeación familiar. Entre tales gobiernos se cuentan los de la China continental, Nepal, Paquistán, la India, Ceilán, Malasia, Indonesia, Singapur, Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur, Irán, Turquía, Egipto, Túnez, Marruecos, Kenia, Barbados, Jamaica y Honduras. Muchos otros países, como Colombia y Chile, están comenzando a poner en práctica grandes programas gubernamentales o semigubernamentales. Por último, otros países más hacen denodados esfuerzos en las universidades, los hospitales y las oficinas locales de salud pública. Entre éstos están Tailandia, Filipinas, Venezuela y otros.

Es preciso aclarar que las iniciativas de los gobiernos no siempre dan lugar a programas eficaces; en muchos casos han transcurrido varios años entre la aprobación de una iniciativa y la verdadera iniciación de los trabajos. Este punto, sin embargo, tiene una gran importancia para el futuro. Las naciones que inician su desarrollo económico han venido comprendiendo la gravedad del problema demográfico y la inutilidad de todo afán de progreso material ante el aumento excesivo de la población. Su despertar ha sido notablemente rápido; presagia una actividad intensa.

El Apoyo del Pueblo

La segunda razón para alentar esperanzas en cuanto a la posibilidad de reducir el índice de crecimiento demográfico, es que el pueblo ha venido demostrando un gran interés en la planeación de la familia. El descubrimiento es sorprendente, ya que durante mucho tiempo los estudiosos de las sociedades tradicionalmente agrícolas habían informado que el deseo popular de limitar la natalidad no era muy grande. Muchos pueblos conservan la actitud, las costumbres, las creencias y la organización familiar de varios siglos atrás, cuando el principal problema del hombre era la subsistencia y no el exceso de congéneres. Dichos factores siguen debilitando el interés en la planeación familiar.

No obstante, las encuestas efectuadas en unos 20 países en desarrollo indican, sin excepción, que la gran mayoría de las parejas casadas desean limitar el número de sus hijos. Además, las opiniones favorables al control de la natalidad se escuchan lo mismo en las aldeas que en las ciudades, entre analfabetos y entre personas educadas. Las mujeres quieren limitar su descendencia, aunque no siempre desean tener uno o dos hijos; muchas de ellas anhelan procrear cuatro o cinco vástagos, por lo

menos uno varón. Casi todas, empero, desean controlar su fecundidad y esta idea está muy extendida aun en comunidades que han tenido poco contacto con la vida moderna.

En realidad, muchas de tales comunidades están mucho más avanzadas de lo que parecen al visitante occidental a primera vista. La primera impresión es de una pobreza extrema; no obstante, los aldeanos asisten al cine (ya sea en locales fijos o en salas ambulantes), poseen radios de transistores y abrigan el deseo de educar a sus hijos. Saben que éstos ya no mueren en la infancia como sucedía antes y que ya no son inevitables las epidemias devastadoras. Pero también están conscientes de que el mayor índice de supervivencia de los niños trae aparejada una mayor dificultad para alimentarlos y de que una familia de tamaño medio cuenta con suficientes adultos para proteger a los ancianos. Todos estos factores han determinado un considerable aumento de las parejas que desean ejercer el control de la natalidad.

El interés popular en este sentido no sólo se hace patente por medio de las encuestas. En muchos pueblos, la gran cantidad de abortos ilegales, buena parte de ellos realizados en las peores condiciones, habla elocuentemente del deseo de restringir la procreación. Más aún, en aquellos lugares donde existen buenos servicios de control natal, por medio de los cuales se hacen llegar información y anticonceptivos al pueblo, la respuesta de la gente es admirable por su magnitud. Por otra parte, cuando el público se muestra indiferente, por lo general se debe a que los servicios son muy deficientes y a que no se lleva a cabo una labor educativa adecuada. Pero cualquier falta de interés por parte del pueblo es menos grave que la apatía de la clase media y de los funcionarios menores que no pueden llegar al convencimiento de que los campesinos analfabetos tienen la inteligencia suficiente para comprender sus propios problemas. Tanto las encuestas como la respuesta del pueblo a los servicios de control natal demuestran que la gente común entiende los problemas mucho mejor de lo que creen algunos de sus gobernantes.

Mejores Métodos

El tercer elemento alentador es el mejoramiento de los métodos anticonceptivos. Durante la última década se han descubierto dos nuevos métodos que son seguros, de bajo costo y gran eficacia; además, son los primeros que no exigen a la pareja tomar providencia alguna durante el coito. Uno es el nuevo dispositivo intrauterino de plástico (I.U.D.); este pequeño aparato, una vez colocado, permanece en su sitio por tiempo indefinido, para las mujeres que pueden tolerarlo. Los resultados han sido hasta ahora muy variados, pues dependen en gran parte de la calidad de los servicios y de la orientación que se da a las pacientes en cuanto a las molestias iniciales. Se ha comprobado que con una atención adecuada, incluyendo la reinserción en algunas pacientes que lo expulsan,

el dispositivo sigue protegiendo al 55 o 60 por ciento de las mujeres después de dos años. En el 40 o 45 por ciento restante se encuentran las mujeres que han enviudado, las que deciden tener un hijo, y las que prefieren otros métodos; las mujeres que no pueden soportar o retener el pequeño aparato llegan al 20 o 30 por ciento. El índice de embarazos entre las mujeres que lo usan, incluyendo a las que lo expulsan sin percatarse, es de dos a tres por año entre cada 100 mujeres. La cifra anterior representa menos de la mitad del índice para los anticonceptivos comunes, usados en condiciones óptimas.

El otro método más prometedor es a base de esteroides administrados por la vía oral. Hasta hace poco tiempo eran demasiado caros para llegar a las manos de la mayoría de la población de los países poco desarrollados. Sin embargo, a últimas fechas los precios han bajado notablemente, hasta llegar al de nueve centavos de dólar por ciclo en compras de mayoreo, lo cual permite su uso dentro de los programas gubernamentales, por lo menos en los casos de pacientes que no toleran el I.U.D. Si la píldora se toma metódicamente, es muy eficaz. Todavía no sabemos hasta qué grado lo es en la práctica misma ni qué proporción de mujeres seguirán empleándola. Los primeros resultados en Taiwán y Corea indican que el índice de interrupción es, si acaso, un poco más alto que el del I.U.D.

Los nuevos métodos ya responden a las necesidades de las parejas cuya motivación es débil y que, por lo tanto, no se ocuparían de tomar complicadas precauciones. Sus limitaciones parecen grandes sólo si se les compara con un ideal abstracto y no con los métodos empleados hace años. Por otra parte, varios connotados científicos de diversos laboratorios afirman que nos acercaremos muchos más a ese ideal abstracto en el

curso de los próximos cuatro años. No se puede, desde luego, tomar en consideración el éxito de ningún método que se encuentre en las primeras etapas de investigación, pero actualmente se realizan tantos y tan buenos trabajos en tal sentido, que las posibilidades de lograr importantes adelantos en la materia en un futuro cercano, son magníficas.

Pruebas del Exito

La cuarta razón para sentir optimismo en cuanto a la posibilidad de reducir el índice de natalidad, es que algunos países ya han logrado hacerlo. Tal es el caso de Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur; es muy probable que lo mismo haya sucedido en otros países donde es más difícil comprobarlo.

No se tienen datos precisos del índice de natalidad de Corea del Sur, pero existen pruebas indirectas de que está bajando. Se colocó el I.U.D. a más de 730.000 mujeres en el programa de dos años y medio que terminó en 1966. Incluidas las esterilizaciones de hombres y las parejas que han recibido anticonceptivos comunes en los establecimientos del gobierno, cerca de 900.000 parejas han recibido ayuda gubernamental desde que principió el programa.

De acuerdo con los cálculos demográficos realizados al final de cada año (que en realidad son un tanto deficientes), la proporción de niños menores de cinco años en relación con la cantidad de mujeres en edad de concebir se redujo considerablemente entre 1962 y 1965, tanto en el país entero como en cada una de sus provincias. Es muy patente que el índice de natalidad ha iniciado un rápido descenso como resultado del intenso programa del gobierno.

En Taiwán, el índice de nacimientos descendió de 45 por mil en 1955 a 34,5 en 1964, a 32,7 en 1965 y a una nueva marca de 32,4 en 1966. Se pretende alcanzar un índice de 20 nacimientos por cada 1.000 habitantes en 1973. Es indudable que el programa de planeación familiar ha sido altamente eficaz para acelerar el descenso del índice natal de Taiwán. En Hong Kong y Singapur, los programas de planeación familiar han sido factores igualmente importantes en la acentuada reducción del índice de nacimientos.

Interés Creciente

El optimismo producido por el éxito de los programas antes citados se ensombrece al contemplar el caso de la India y Paquistán. Estas naciones han adoptado una política muy adecuada al respecto, pero todavía no logran enfilarse definitivamente hacia la reducción del índice natal. Apenas hace dos o tres años que los programas cobraron verdadera fuerza; ahora ya están en plena actividad. Al terminar 1967, según los informes, en la India se habían colocado ya más de dos millones de dispositivos intrauterinos I. U. D., y en Paquistán casi un millón. En ambos países empiezan a cundir la esterilización y la distribución de píldoras anticonceptivas. Si dichos programas conservan el ritmo adquirido últimamente, darán resultados apreciables en pocos años.

La entusiasta respuesta a los empeños del Consejo de Población es muestra irrefutable del gran interés mundial; este organismo es una fundación privada con sede en Nueva York, que se dedica a la investigación demográfica, la preparación de personal especializado y la prestación de asesoramiento técnico. A la fecha ha surtido pedidos por unos dos millones seiscientos mil Lippes (I.U.D.), provenientes de los gobiernos o de instituciones médicas de 39 países en desarrollo; además ha ayudado a los gobiernos de Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, la India, Paquistán, Egipto y Turquía a establecer fábricas del mencionado aparato. Ha venido patrocinando un programa de control de la natalidad en cooperación, en el departamento de recuperación de 26 grandes hospitales de maternidad situados en 20 ciudades de 15 países diferentes, incluso los Estados Unidos.

Aunque el programa se inició hace sólo un año y medio, alrededor del 25 por ciento de las parturientas han aprovechado el servicio anticonceptivo; es notable el hecho de que la mayoría de ellas son más jóvenes y han tenido menos hijos que las pacientes atendidas fuera del programa. Acuden en gran cantidad a los hospitales incluidos en éste, lo mismo en Alejandría, Ankara, Santiago y Caracas, que en México, Nueva York, Manila, Singapur y Bangkok. Este programa y otros semejantes han servido para demostrar que el problema no es la falta de interés del público. Los principales obstáculos para la implantación de programas de control natal de gran eficacia en todo el planeta son de índole administrativa y de organización.

Por todo lo antes expresado, es posible hacer una afirmación optimista: los países en vías de desarrollo pueden, si lo desean, reducir su índice de crecimiento demográfico a un nivel más conveniente en las próximas dos o tres décadas, siempre que reciban ayuda de determinadas entidades internacionales, gubernamentales y particulares de los países más avanzados. En términos generales, estos países deberán otorgar una ayuda muy grande, que, sin embargo, resulta pequeña, si se compara con la que deben prestar para el desarrollo económico de los países pobres. El auxilio deberá incluir ayuda en materia de preparación de especialistas profesionales y semiprofesionales en una gran variedad de ramas de las ciencias biológicas, médicas y sociales; ayuda para edificar y fortalecer la infraestructura médica de los servicios de planeación familiar; ayuda para organizar los servicios y el personal necesario y dotación del material destinado a los programas educativos y de información.

Existen dos grandes corrientes de opinión que disienten del resumen anterior. Una de ellas pone en duda la necesidad de reducir el índice de crecimiento de la población, y la otra acepta tal necesidad pero pone en entredicho la propiedad de los métodos empleados.

Tanto en los países africanos al sur del Sáhara como en Latinoamérica, el sector oficial en buena parte se muestra opuesto a la planeación familiar. En la mayoría de los casos, tal criterio se basa en un concepto comúnmente aceptado en otros tiempos. Cuando aún no era posible combatir las enfermedades, las épocas prósperas y libres de epidemias se caracterizaban por un rápido aumento de la población. Y cuanto mayor, mejor. Muchos gobernantes, preocupados por la falta de desarrollo de grandes extensiones de tierra, siguen contemplando el crecimiento demográfico a la luz de aquel antiguo concepto; siguen pensando en la agricultura rudimentaria, y no comprenden que si la población crece a un ritmo más lento, se acelera el desarrollo educativo y económico, aumenta la prosperidad y se acrecienta el poder del país. Oposición de esta clase va desapareciendo rápidamente, a medida que los gobiernos se percatan de que el crecimiento excesivo de la población obstaculiza el progreso.

También hay oposición entre los comunistas y los católicos más doctrinarios; su excesivo celo por defender sus ideas ortodoxas les impide reconocer el problema con prontitud; además, cuando llegan a reconocerlo, prefieren las soluciones privadas y eufemísticas, antes que los remedios públicos y abiertos. En aquellos países donde tales grupos son fuertes, el gobierno suele abstenerse de organizar programas de control de la natalidad. El trabajo en tal sentido se concentra en las instituciones médicas y en las oficinas locales de salud pública. Sin embargo, todo indica que esta clase de oposición también va desapareciendo rápidamente.

Por último, existen opiniones divergentes entre las personas absolutamente conscientes de la necesidad de reducir el índice de nacimientos. Muchas de ellas alegan que una gran parte de los esfuerzos se está con-

centrando específicamente en la planeación de la familia y que esta atención excesiva a un aspecto de la solución se refleja sobre todo en el asesoramiento técnico que prestan los países desarrollados. Un tanto exagerado, este argumento es el siguiente: diversos países, como la India, Paquistán y Egipto han sostenido programas nacionales de planeación familiar durante mucho tiempo, sin obtener grandes resultados; las afirmaciones en el sentido de que el público está verdaderamente interesado por el control de la natalidad no tienen gran valor, ya que se basan en encuestas demasiado superficiales para reflejar el verdadero criterio de los entrevistados, un gran número de los cuales opta por dar respuestas satisfactorias al manifiesto interés de los investigadores; la mayoría de las pacientes que participan en los programas gubernamentales son mujeres maduras, que de cualquier manera ya no podrían tener muchos hijos; los nuevos métodos anticonceptivos están resultando harto inadecuados para un gran número de personas; por último, los únicos éxitos de los programas de planeación familiar se reducen a pequeñas naciones orientales.

Respuesta a los Escépticos

En realidad, las respuestas a las anteriores afirmaciones se han dado ya. Las naciones interesadas en reducir su índice natal no lanzaron programas intensos hasta que el advenimiento del I. U. D. convenció a los gobernantes de la existencia de buenos métodos anticonceptivos. El verdadero trabajo se inició apenas hace unos tres años. Las respuestas obtenidas en las encuestas no deben tomarse literalmente; no obstante, los resultados en los diferentes estratos sociales se acercan mucho a lo previsto, así como los cambios de opinión en favor de los programas, a medida que éstos avanzan. El verdadero peligro reside en no conceder suficiente importancia a las encuestas, ya que, dondequiera que ha sido posible poner a prueba la veracidad de las respuestas, la gente ha ratificado su opinión solicitando los servicios de control natal. Es natural, por otra parte, que las mujeres maduras, madres de muchos hijos, sean las primeras en pedir ayuda; para ellas el problema reviste una gravedad extrema. Es necesario, empero, comenzar en alguna forma; además, es muy probable que la participación de las parejas de mayor edad, y por lo mismo más respetadas, en los programas de planeación familiar, sirva para dar legitimidad a la medida a los ojos de las parejas jóvenes, alentándolas a tomar parte.

Los métodos anticonceptivos no son perfectos aún, pero lo importante es que ya se cuenta con varios de ellos que permiten que más del 50 por ciento de las mujeres tengan una vida feliz en este sentido. Aquellas que constituyen el 30 por ciento de casos difíciles cuentan con la ayuda de los métodos comunes, para no mencionar los métodos nuevos, cuyo advenimiento ya está a la vista.

Por último, es cierto que los primeros éxitos solamente se han obtenido en pequeños países orientales. Sin embargo, lo importante no es

haber logrado ya una considerable reducción de la natalidad en todo el mundo, sino saber qué puede lograrse mediante los programas de planeación familiar. Los pequeños triunfos alcanzados han servido para demostrar lo que se puede hacer. A mi parecer, los escépticos están concentrando toda su atención en los problemas aún no resueltos, en lugar de aprender las lecciones de los acontecimientos de los últimos años, que nos permitirán actuar con mayor acierto en el futuro.

Resistencia Institucional

Quizá la principal razón del escepticismo en cuanto a la importancia futura de los actuales trabajos, es la convicción de que las instituciones sociales tradicionales se oponen abiertamente a la sola idea de la planeación familiar, por lo que no es posible ningún progreso importante al respecto. Hay quienes opinan que es necesario reducir los esfuerzos encaminados a extender el control de la natalidad, para dedicar todos los recursos disponibles al desarrollo económico. La edificación de una escuela o de una fábrica, ¿no podría acaso fomentar en mayor medida el control de la natalidad que los servicios de planeación familiar?

El argumento anterior no tiene validez, ya que el desarrollo económico y el control natal tienen exigencias de magnitud muy diferente. Los esfuerzos destinados a promover el desarrollo económico son demasiado pequeños para desterrar el peligro de una hecatombe; si los países ricos desean proteger sus propios intereses, deben aceptar esta realidad. Un programa mundial de control de la natalidad, aun cuando revistiera la máxima intensidad posible, no costaría siquiera el uno por ciento de la inversión necesaria para alcanzar el desarrollo económico. Evitar un nacimiento cuesta probablemente unos 20 dólares; el costo de un año de asistencia a la escuela de un niño es varias veces mayor. Aunque el costo de los programas para abatir el índice de nacimientos fuera muy superior al que realmente tiene, su conveniencia seguiría siendo enorme; la reducción de la tasa de crecimiento demográfico, según hemos visto, acelera el proceso de desarrollo económico.

Otros han sugerido atacar directamente el problema de las instituciones. Una buena parte de los recursos hoy destinados al control de la natalidad debería dedicarse, al decir de algunas personas, a modificar las instituciones sociales de manera que fueran más adecuadas para la planeación familiar. Deberíamos, dicen, examinar la posibilidad de cambiar la edad mínima legal para contraer matrimonio, de buscar la manera en que el gobierno pueda recompensar a los padres de familias pequeñas y quizá de imponer una pena pecuniaria a los padres de familias numerosas; en la actualidad, se estudia esta última idea en la India.

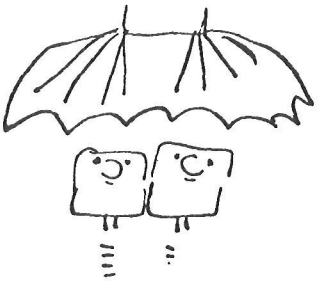
Sin duda es conveniente que tales estudios cuenten con cierto respaldo; sus resultados, empero, no ejercerán influencia alguna sobre la natalidad

en forma inmediata, ya que antes tendrán que sujetarse al tortuoso proceso de estudio y aprobación oficial. Considero que es mucho más importante crear ejemplos vivos de planeación familiar —aun para modificar las instituciones sociales—, que tratar de cambiar las estructuras y los lineamientos gubernamentales. Por supuesto, la actual organización social necesita cambiar, pero en el momento actual me parece más conveniente ayudar a quienes están dispuestos a ser los innovadores.

Una Mirada al Futuro

En todo caso, y a menos que el índice de mortalidad ascienda enormemente (cosa improbable), el crecimiento demográfico no se detendrá en varias décadas. No obstante, si se trabaja en la medida necesaria, muy probablemente dicho crecimiento se reducirá hasta el punto de poder afrontarse con éxito, con ayuda de la ciencia y la tecnología. Tarde o temprano, por supuesto, el crecimiento deberá detenerse, aunque muy probablemente esto no sucederá en el momento en que todas las parejas puedan tener el número exacto de hijos que desean. Pero si todas las parejas llegaran a regular el tamaño de su familia, sería mucho más fácil que los gobiernos lograran imponer determinadas medidas para limitar la cantidad de descendientes de cada matrimonio. Si las naciones en proceso de desarrollo logran reducir su actual índice de crecimiento, entre el 2,5 y el 3,5 por ciento de la actualidad, al uno o el 1,5 por ciento, en tanto que la salud pública mejora, no se habrán resuelto todos los problemas, pero habrá pasado la crisis.

Hace 10 años, nadie habría podido pronosticar los grandes cambios ocurridos en la ultima década en materia de políticas gubernamentales, de técnicas anticonceptivas, de interés popular, etc. Sobre todo, son dignos de mención los éxitos alcanzados por los programas de carácter regional o nacional. Estamos obligados a suponer que los cambios ocurrirán a un ritmo mucho más acelerado en los próximos años. Todo indica que el interés se hará mucho más profundo, lo mismo en el sector privado que en el público. Si sabemos aprovechar todas las oportunidades que se nos presenten, haciendo para ello nuestro máximo esfuerzo, tendremos buenas razones para creer que el fantasma de la miseria, perpetuado por el crecimiento demográfico, será desterrado del mundo a finales del presente siglo.



sección especial

La Escena Literaria

MEDIO SIGLO DE NOVELA NORTEAMERICANA

Por Nathan Glick

Nathan Glick, director de FACETAS, ha colaborado con diversas publicaciones de los Estados Unidos y de otros países.

Es una gran tentación considerar a la literatura contemporánea como enteramente nueva y singular. Esto sucede, sobre todo, cuando las obras actuales son tan rebeldes e innovadoras como las más recientes novelas norteamericanas. En estas notas sobre cinco décadas de novela norteamericana, deseo señalar que existe un elemento de continuidad esencial en los temas morales y sociales que han fascinado a los novelistas norteamericanos, y que otro tanto puede afirmarse de sus experimentos estilísticos.

La Primera Guerra Mundial puede considerarse como la gran línea divisoria de la literatura moderna norteamericana. Con anterioridad a esa guerra, la novela norteamericana se adaptaba, en gran parte, a lo que George Santayana denominara "tradición señoril"; es decir, la renuencia a enfrentarse a las crudezas de la vida y a la realidad de la economía y de la política. La novela de la preguerra esquivaba los temas que pudieran suscitar controversias y los de la vida común y corriente. En cambio, concedía gran importancia a los buenos modales y al lenguaje poético. Algunos novelistas realistas y naturalistas de esa época —tales como Stephen Crane, Frank Norris y, ante todo, Theodore Dreiser— escribieron sobre trabajadores, hombres de negocios y procedimientos que no se adaptaban a la moralidad convencional. Pero se trataba de excepciones.

Después de la Primera Guerra Mundial, surgió una rebelión literaria de grandes proporciones contra las viejas cortapisas en lo referente a temas y estilo. La libertad y franqueza del período de la postguerra han aumentado continuamente, de modo que hoy día, el novelista se atreve a emplear cualquier técnica, por muy experimental que se considere, y a tocar cualquier tema, así sea de lo más sobrecogedor o controvertible.

Para toda una generación de escritores, la Primera Guerra Mundial fue el crisol donde quedaron plasmadas sus actitudes frente a la vida y la literatura. Tres de los más grandes novelistas que surgieron en la década de 1920 —Ernest Hemingway, John Dos Passos y William Faulkner— lucharon en los campos de batalla antes de cumplir 21 años, y sus primeros libros trataron directamente de la guerra. En el cuerpo principal de la obra de Faulkner, la guerra fue un tema meramente periférico, pero en Hemingway y Dos Passos el desgarrador descubrimiento de la violencia y la barbarie de la guerra reverberó en buena parte de sus escritos posteriores.

Novelistas europeos como Henri Barbusse, Arnold Zweig y Erich Maria Remarque también respondieron a la guerra con indignación acerba y elocuente. Pero había una diferencia. Los europeos habían vivido en presencia de la guerra, de su inminente amenaza, durante muchas generaciones. Además, el servicio militar obligatorio establecido en casi todos los países europeos servíales de constante recordatorio. Los Estados Unidos, por el contrario, no habían tenido una guerra importante en su propio territorio desde 1865. La ausencia de reclutamiento militar en tiempo de paz era una de tantas señales de una tradición anti-militarista hondamente enraizada. Por eso, al llegar la guerra, su impacto fue mucho más profundo, traumático y desilusionante para los norteamericanos que para los europeos.

Hemingway y la "Generación Perdida"

La reacción frente a la guerra en la novela norteamericana adoptó dos formas principales: protesta contra la insensatez de la guerra, por una parte, y, por la otra, una búsqueda del placer, ya frenética ya alborozada, ante las ilusiones deshechas y la incertidumbre del porvenir. Gertrude Stein, la exiliada norteamericana que vivía en París y sirvió de mentor a muchos jóvenes escritores norteamericanos, los llamó la "generación perdida", porque habían sido traicionadas sus esperanzas juveniles acerca de la vida y porque los valores tradicionales ya no podían servirles de guía.

Gran parte de los escritos de Hemingway pueden ser considerados como un esfuerzo por encontrar una actitud ante la vida, que pueda dar al hombre alguna dignidad frente a la crueldad de la guerra y la hipocresía de la sociedad. Hemingway rechazaba palabras como "honor" o "moralidad", porque sentía que los políticos y los propagandistas las habían inflado hasta hacerles perder todo significado. Como sustituto

preconizó la ética de la sensación pura: "Lo moral es lo que hace a uno sentirse bien, y lo inmoral es lo que hace a uno sentirse mal".

Igualmente característico de las novelas de Hemingway fue un código fatalista que veía a sus héroes como hombres "a quienes se les hacen cosas". Dos de sus primeros libros —*In Our Time* (En Nuestro Tiempo) y *A Farewell to Arms* (Adiós a las Armas)— refieren sus experiencias personales como chófer de ambulancia en el frente italiano. Casi toda su obra se relaciona directamente con la violencia y la inminencia de la muerte. Para Hemingway, enfrentarse a la muerte estoicamente, sin quejas ni temor visible, era la única forma de vencerla. Escribió sobre corridas de toros, caza mayor, pesca a grandes profundidades, boxeo, contrabando, porque estas actividades, como la guerra, ponían a prueba la capacidad del hombre para obrar "con señorío aun viéndose presionado". En un mundo de eslóganes y autoengaños, parecíale que esto era lo único que el hombre podía pedirse a sí mismo. El famoso estilo de Hemingway —frases breves, diálogo cortado y reticente— era el instrumento perfecto para proyectar esta actitud.

El Individuo Contra la Sociedad

Ninguno de los críticos de Hemingway ha negado ni la disciplina ni el vigor coloquial de su estilo, pero algunos opinaron que se había estancado en una especie de desplante juvenil que le impedía tratar temas sociales de mayor aliento o escribir sobre las complejidades de las relaciones adultas. Leyendo sus libros nunca imaginaría nadie que la gente se casa, tiene hijos, va a su trabajo, o que debe enfrentarse a experiencias cotidianas que requieren respuestas más sutiles que la confrontación apocalíptica con la muerte.

En novelas posteriores, Hemingway continúa rehuyendo las demandas ordinarias de la vida urbana o rural; pero va más allá de la cuestión del valor personal hacia temas más amplios, sociales y filosóficos. El héroe norteamericano de *For Whom the Bell Tolls* (Por Quién Doblan las Campanas) acaba por admirar la liberalidad con que los campesinos, durante la Guerra Civil española, renunciaron a su instintivo individualismo en aras de una causa más elevada. *The Old Man and the Sea* (El Viejo y el Mar), cuyo tema es la historia de un viejo pescador cubano que a fuerza de maña y resistencia atrapa un enorme pez que, en fin de cuentas, es devorado por los tiburones, se cierra con una observación más filosófica y afirmativa que las que pudieran encontrarse en las anteriores obras de Hemingway: "El hombre puede ser destruido", reflexiona el viejo, "pero no puede ser derrotado".

La repulsión que la Primera Guerra Mundial inspiró a John Dos Passos adoptó una forma diferente. En *Three Soldiers* (Tres Soldados), amarga pintura de la vida en el ejército, Dos Passos enfocó la cuestión no en función del individuo contra la muerte o el destino, sino del individuo

contra la sociedad. Como lógica consecuencia de este punto de vista, convirtió su obra más importante, la trilogía *U. S. A.,* en la más amplia y ambiciosa disección de la sociedad norteamericana jamás intentada en una novela.

En *U. S. A.,* Dos Passos entreteje cuidadosamente cuatro recursos para captar la fluidez de la vida norteamericana. El meollo de la obra está constituido por relatos novelescos acerca de una docena de personajes. El trasfondo histórico lo proporciona los "noticiarios" que ingeniosamente hilvanan titulares periodísticos, canciones, y eslóganes del momento, así como unas "biografías" impresionistas e irónicas de destacados políticos, hombres de negocios, líderes sindicales y pensadores. Otro recurso es el de "ojo de la cámara", mediante el cual se relatan los mismos sucesos pero como percibidos por el propio autor, en lo cual emplea una prosa poética y de "corriente de conciencia" tomada de James Joyce. El efecto de los tres volúmenes de la trilogía —*(The 42nd Parallel* [El Paralelo 42], *1919,* y *The Big Money* [Dinero en Grande])— es un cuadro unilateral pero inolvidable de los Estados Unidos desde el punto de vista de un individualismo intenso y casi anárquico.

La indignación de Hemingway y de Dos Passos fue una de las respuestas a la guerra que pueden encontrarse en las novelas norteamericanas de la postguerra. Otro tipo de respuesta aparece en los escritos de F. Scott Fitzgerald, el cual dio expresión a un estado de ánimo de liberación personal y de desesperada alegría producto de la impresión de la guerra. Su primer libro, *This Side of Paradise* (Este Lado del Paraíso), se convirtió en una especie de manifiesto de la juventud petulante y rebelde en la "era del jazz" de los veintes.

Fitzgerald se sintió fascinado por el esplendor y el hechizo que él mismo sabía evocar con tan natural elegancia, pero a pesar de ello no se dejó embaucar por los valores superficiales de la "era del jazz". En *The Great Gatsby* (El Gran Gatsby) y *Tender Is the Night* (Tierna es la Noche), describió la amarga desilusión de quienes habían vivido sostenidos por ensueños de fortuna y deslumbrante superficialidad. Fitzgerald consideraba la vida y el arte literario con una seriedad que contras-

Ernest Hemingway

John Dos Passos

F. Scott Fitzgerald

taba con su fama de juerguista. Su última e inconclusa novela *The Last Tycoon* (El Ultimo Magnate), es uno de los mejores libros sobre Hollywood, en el cual por primera vez se intentaba seriamente referir en una novela el complicado proceso creador que entraña la realización de una película.

La generación de novelistas que maduraron durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella se encontró con el hecho de que sus propias reacciones ante la guerra habían sido anticipadas —y hasta cierto punto preformadas— por sus predecesores contemporáneos de la Primera Guerra Mundial. Buen número de novelas acerca de las tropas norteamericanas que pelearon en Italia, indudablemente mostraban el influjo de Hemingway. *The Naked and the Dead* (Los Desnudos y los Muertos), de Norman Mailer, quizá la más famosa novela de esta postguerra, recordó a muchos lectores la condenación que Dos Passos hace en *Tres Soldados* de la burocracia militar y de la sociedad creada por ella, aunque en ciertos aspectos, las acusaciones de Mailer sean más ideológicas y menos sentimentales que las de Dos Passos. *From Here to Eternity* (De Aquí a la Eternidad), novela de James Jones, describe la vida en el ejército en tiempo de paz, pero el tema sigue siendo el del individuo contra la máquina, la dignidad personal contra el ciego autoritarismo.

Los jóvenes que vivieron en la época de la Segunda Guerra Mundial y lucharon en ella habían sido preparados para la guerra no sólo a través de la literatura sino a través de todas las crisis internacionales suscitadas entre ambas guerras. En su mayoría, reaccionaron con serenidad. No se sintieron miembros de una "generación perdida". Algún punto de comparación podría encontrarse entre ésta y la que en todo el mundo se llamó "generación vencida" (beat), cuya rebeldía contra la moralidad convencional buscó expresarse mediante una agitación continua, un lenguaje rudo y la pobreza como estilo de vida. Los "beats" produjeron varios notables poetas, pero un solo novelista famoso, Jack Kerouac, el cual describió sus vidas nómadas y centradas en la sensación, en *On the Road* (En el Camino). Sin embargo, a la mayor parte de los novelistas que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial, más que rebelarse contra la sociedad les interesaba comprender a la sociedad y comprenderse a sí mismos.

La Novela de Protesta

De Balzac y Dickens a Dostoievski y Thomas Mann, los escritores han aprovechado la novela para criticar la vida contemporánea. En los Estados Unidos, el papel reformador del novelista ha sido notablemente destacado. La indignación de Harriet Beecher Stowe al describir la vida de los esclavos negros en *La Cabaña del Tío Tom,* influyó mucho para incitar a la opinión pública norteamericana a favorecer la abolición de la esclavitud. Las revelaciones de Upton Sinclair en *The Jungle* (La

Selva), publicada en 1906, sobre las pésimas condiciones higiénicas de los rastros de Chicago, dieron como resultado la adopción de la primera Ley Federal sobre Calidad de Alimentos y Medicinas. Posiblemente con mayores resultados que en otros países, el novelista norteamericano del siglo XX ha sido el aguijón de la conciencia nacional. Una de las consecuencias de esta actuación, es que la novela norteamericana ha tendido a pasar por encima de los aspectos más agradables de la vida de su país y a concentrarse en los males espirituales y materiales que exigen una reforma.

Estas críticas de carácter social aparecieron especialmente durante la depresión, en los primeros años de la década de 1930, cuando muchos escritores sintieron que la miseria circundante los incitaba a lanzar las más apasionadas protestas. En la mayoría de las candentes novelas de la época sobre trabajadores explotados y patrones desalmados, los personajes apenas si pasaban de meros títeres manipulados para demostrar tal o cual tema de religión o política. Con todo, unas cuantas de las novelas de protesta de los treintas demuestran tal profundidad de sentimiento, tal compenetración con el tema y tal inflexible honradez, que se han integrado definitivamente a la literatura norteamericana.

A esta categoría pertenece *Studs Lonigan,* de James T. Farrell. Es una trilogía escrita a la manera detallada y laboriosamente naturalista que el autor aprendió de Dreiser, donde se relata la vida vacía y la muerte prematura y absurda de un joven católico irlandés de los barrios bajos de Chicago. Aunque algunos críticos lo han llamado perverso por su excesivo interés en los aspectos desagradables de la vida, Farrell aclara que su intención en *Studs Lonigan* era decir, como lo hiciera Chejov en algunos de sus cuentos: "El hombre no debe vivir así". *Native Son* (Hijo Nativo), de Richard Wright, la primer novela de un escritor negro que llegó al gran público, nació también de la indignación contra la forma en que la sociedad deshumanizó a un muchacho. Se trata de la lamentable historia de un joven chófer negro que en una ciudad del norte asesinó a una mujer blanca. Muchos críticos y lectores no estuvieron de acuerdo con la tesis de Wright, esto es, que el único responsable de crímenes así es el ambiente social, pero pocos pusieron en duda la fuerza del escritor o su inflamado idealismo.

La mayor parte de las novelas de protesta social ha tenido como escenario una ciudad o una fábrica. Pero dos de los más importantes y populares novelistas surgidos en la década de los treintas —Erskine Caldwell y el recién desaparecido John Steinbeck— prefirieron escribir sobre agricultores pobres que vivían en los estados del Sur y del Medio Oeste durante la depresión. Los granjeros de Caldwell —especialmente en *Tobacco Road* (El Camino del Tabaco) y *God's Little Acre* (El Acre de Dios)—, están tan aislados física y culturalmente del mundo y de sus normas que no puede decirse que la sociedad los oprima. Más bien, es la ausencia o la distancia de las influencias civilizadoras de la sociedad lo que

les hace inmensamente ignorantes, conducirse como animales y desconocer hasta la más elemental consideración en sus relaciones mutuas. Algunas veces, Caldwell convierte a sus personajes en figuras cómicas que son fácil blanco para la risa condescendiente de los lectores de clase media. Pero, al mismo tiempo, parece estar diciendo que el lector educado puede recibir valiosas lecciones de esa candorosa facilidad con que sus personajes pueden encontrar placer aun en el más primitivo nivel de existencia.

John Steinbeck también admira la indomable fuerza vital que sostiene a los empobrecidos aparceros de Oklahoma en su más famosa novela, *Grapes of Wrath* (Las Viñas de la Ira). Pero estos "okies" desarraigados por las tolvaneras y la agricultura mecanizada y que emigran en automóvil a las huertas de California, de donde Steinbeck era oriundo, instintiva y hondamente tienden a la vida de comunidad, y ello es lo que los salva de la existencia estéril e inerte descrita por Caldwell. Ese instinto comunitario empieza en el nivel familiar. En las carreteras se unen a otras familias de granjeros desarraigados para compartir comestibles y defender sus derechos. Lo que Steinbeck expresaba era que la bondad y resistencia de la gente común y corriente puede transformar la impersonalidad de las fuerzas económicas. En escritos anteriores a *Las Viñas de la Ira* —*Tortilla Flat* (Camaradas Errantes), *Of Mice and Men* (De Ratones y Hombres) y *East of Eden* (Al Este del Paraíso), entre otros— demostró ser un novelista más polifacético que Caldwell, tanto por la variedad de sus temas como por la notable gama de su estilo.

Aunque las novelas sobre los infortunados predominaron durante buena parte de la década de 1930, un creciente número de talentosos novelistas se interesaba en otras clases y en otros aspectos de la sociedad norteamericana. Escritores como John O'Hara, John P. Marquand y James Gould Cozzens describían la vida de ciudadanos con dinero, respetabilidad y elevada posición en sus comunidades. Lo que diferenciaba su tratamiento de la riqueza del que emplearon los novelistas de protesta no era la ausencia de crítica, sino la ausencia de toda dogmática ideología social o política.

Retratos de la Clase Alta

En varias novelas, especialmente en *Appointment in Samarra* (Cita en Samarra), John O'Hara describe la inquietud, frivolidad y falta de finalidad en la vida de los hijos e hijas de familias ricas en una ciudad de mediano tamaño en Pennsylvania. O'Hara tiene un don especial para percibir las distinciones sociales de este medio. La nota amarga de sus retratos, como han señalado varios críticos, proviene de que O'Hara escribe desde el punto de vista de quien estuvo muy cerca de ese mundo pero nunca fue aceptado por él.

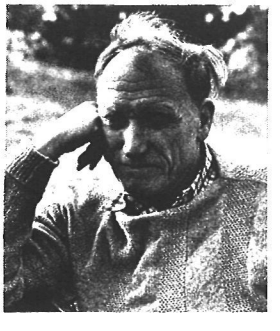
John Philips Marquand describe desde dentro a la tradicionalista aristocracia de Nueva Inglaterra. Donde O'Hara adopta una posición cínica

y dura, Marquand comparte muchas de las actitudes anticuadas, hidalgas y atildadas de sus personajes, gente de la clase alta con ligeras inquietudes, pero nunca desesperada. Con todo, la simpatía y hasta el afecto de Marquand por sus personajes no le impiden describir cómo declinan la ambición y la energía en aquéllos que recibieron una fortuna sin haberse esforzado por adquirirla. En novelas como *The Late George Apley* (El Finado George Apley) y *Point of No Return* (De Donde no Se Retorna), el héroe es un hombre ya maduro, aunque todavía no llega a la mediana edad, que debe enfrentarse a esta crisis: escoger entre obrar con independencia y desafiar las tradiciones de su familia y de su medio, o continuar en la ruta segura y bien conocida por la que siempre ha avanzado. Invariablemente, el personaje de Marquand aprende a reprimir sus impulsos rebeldes y a aceptar los ritos sociales de su mundo. Marquand reconoce que sus personajes sufren de una falta de espíritu y de voluntad, pero como al mismo tiempo sabe describir el atractivo y la disciplina de ese ceremonioso modo de ser, sus decisiones, ya que no admirables, nos parecen comprensibles.

Los profesionales acomodados —abogados, médicos, militares, clérigos— que son los principales personajes de las novelas de James Gould Cozzens, están hechos de una madera muy diferente a la de los ricos desesperados que presenta O'Hara y a la de los blandengues aristócratas descritos por Marquand. Los héroes de Cozzens son hombres perfectamente maduros y conscientes, dedicados a sus ocupaciones no como fanáticos cruzados sino, simplemente, reconociendo las limitaciones sociales y personales dentro de las cuales deben trabajar. Especialmente en su libro más conocido, *By Love Possessed* (Poseídos por el Amor), Cozzens abraza una filosofía racionalista que desafió la tradicional preferencia de la literatura norteamericana por la espontaneidad del instinto. Los críticos han señalado un elemento de snobismo social en los escritos de Cozzens, esto es, la presunción de que los profesionales ricos y su mundo son los únicos guardianes responsables de los valores de la civilización contra la avaricia y la vulgaridad de las clases bajas y de los grupos raciales minoritarios.

Richard Wright

Robert Penn Warren



John O'Hara

El Sur en la Novela

En marcado contraste con las apacibles y ordenadas poblaciones norteñas descritas por Cozzens y Marquand, aparecen las turbulentas comunidades del Sur de las novelas de William Faulkner y Robert Penn Warren. La pasión y la violencia que aparecen en tantos escritos del Sur quizá reflejen más fielmente el temperamento de los novelistas que las realidades de la vida diaria. Es típico que estos escritores describan individuos y comunidades en momentos de extrema crisis, para lograr mayores efectos dramáticos.

William Faulkner es sin duda el gigante del renacimiento literario que tuvo lugar en el Sur de los Estados Unidos en el segundo cuarto del actual siglo. Transformó cien años de historia y folklore en un mundo novelesco completo en sí mismo. En más de una docena de volúmenes sobre Yoknapatawpha, un condado imaginario del estado de Misisipí, describió las tradiciones sociales y problemas morales de tres generaciones. El vigor y la complejidad de Faulkner como novelista provienen en parte de un doble sentimiento acerca del Sur. Por un lado, admira el código sureño de honor y caballerosidad, junto con su capacidad para el placer desocupado y su respeto por la excentricidad. Por otro lado, cree que la población blanca del Sur sostiene una carga de culpa por haber edificado su economía y su cultura anteriores a la Guerra Civil sobre los cimientos de la esclavitud de los negros. Faulkner urgía al Sur a expiar esta culpa yendo más allá de la emancipación legal y económica del negro hasta el cabal reconocimiento de su condición humana. En sus novelas y cuentos, Faulkner se proyectó a sí mismo en la mente y en los sentimientos del negro, con totalidad e imaginación no alcanzadas antes por ningún escritor blanco norteamericano. Hasta *The Confessions of Nat Turner* (Las Confesiones de Nat Turner), novela muy reciente de William Styron, que trata de una rebelión de esclavos negros en la Virginia anterior a la Guerra Civil, no volvió a hacerse un esfuerzo comparable al de Faulkner.

Robert Penn Warren, en novelas como *Night Rider* (Jinete Nocturno), *At Heaven's Gate* (A las Puertas del Cielo) y *All the King's Men* (Decepción), también intentó pintar un mural de la vida del Sur. Pero Warren, quien también es poeta, crítico literario, director de revista y catedrático, enfoca su tema desde un punto de vista más intelectual. Los más señalados esfuerzos de Faulkner se dirigían a reproducir la textura exacta de la experiencia con todas sus confusiones y sucesos imposibles de pronosticar. Los de Warren se encaminan conscientemente a buscar significados, para lo cual recurre a los comentarios del personaje o del propio autor, como en una especie de coro griego. A Warren le interesan más que a Faulkner los aspectos políticos de la vida del Sur, especialmente el conflicto entre la culta y urbanizada zona costera oriental y los toscos y robustos territorios del interior. Si bien el negro no representa un papel central en las novelas de Warren como ocurre en las de

Faulkner, Warren está convencido de que la salud moral y social del Sur depende de que se solucione el problema de las relaciones entre negros y blancos.

De la Protesta al Análisis

Las novelas de escritores negros tan destacados y brillantes como Ralph Ellison y James Baldwin han contribuido a la comprensión y por tanto a la solución de ese problema. Ambos aprendieron mucho de Faulkner en lo referente a la riqueza del estilo y al sentido de la complejidad de las relaciones entre negros y blancos. Pero estos dos escritores trajeron un nuevo tipo de héroe y nuevos horizontes a las novelas sobre el negro norteamericano. En *Invisible Man* (El Hombre Invisible), de Ellison, y en *Tell Me How Long the Train's Been Gone* (Dime Cuánto Tiempo Hace que Pasó el Tren), la reciente novela de Baldwin, los personajes centrales son negros jóvenes, cultos y de gran sensibilidad, que insisten en los lazos históricos y culturales que los unen con la masa de los negros norteamericanos, pero, simultáneamente, insisten en que el mundo occidental, predominantemente blanco, los reconozca no como negros sino simplemente por sus méritos como seres humanos. Estos escritores no encajan ya en los moldes de la pura protesta. Se dan perfecta cuenta de que si bien sus problemas de identidad y autocomprensión se complican por el hecho de tratarse de personas de raza negra, estos problemas son esencialmente los mismos a que tienen que enfrentarse todos los hombres, y que se hallan en el meollo de todas las novelas importantes.

En la forma en que trata no sólo estos temas sino casi todos los referentes a la vida norteamericana, buena parte de la novelística de la postguerra ha pasado de la protesta dogmática al análisis sutil. En frase de J. K. Galbraith, los Estados Unidos se han convertido en la "sociedad opulenta". Los problemas que interesan a la mayoría de los norteamericanos no son los del hambre o de la subsistencia, sino las cuestiones cotidianas sobre el buen gusto, la moralidad y la autocomprensión. La diferenciación individual, según la piedra de toque del buen gusto —en la conversación, en los muebles, en las ideas—, es un elemento que reaparece a menudo en la literatura novelesca de la llamada "escuela del *New Yorker*", es decir, de novelistas cuyas colaboraciones aparecen regularmente en el semanario *The New Yorker*. Entre los más talentosos escritores de esta "escuela" se encuentran satíricos como Mary McCarthy o Peter De Vries, y tranquilos exploradores de las crisis domésticas como John Cheever, J. D. Salinger y Eudora Welty.

Gran parte de las novelas populares contemporáneas trata de las pruebas y recompensas de los trabajadores de cuello blanco, esto es, del siempre creciente número de norteamericanos que no son ni proletarios ni rentistas. Estos libros describen, con autenticidad que sólo puede provenir de la experiencia personal, los medios universitarios, las agencias publi-

citarias, las casas editoras, la radio y la televisión, el gobierno y los negocios. Por lo general les falta estilo y categoría artística, pero constituyen la introducción más agradable a una sociedad cada vez más compleja y proliferante.

Los novelistas serios no se conforman con ser guías o amenos reporteros. Para muchos de ellos, la complejidad y amorfia de la vida de la postguerra canceló, por decirlo así, la tradición realista de la novela. Para captar este flujo y reflujo, algunos de los jóvenes novelistas de los cincuentas y de los sesentas abandonaron los relatos en línea recta con desenlaces cuidadosamente espaciados y calculados, por creaciones ilógicas con situaciones ridículas o alucinantes. En lugar de personajes bien redondeados, forjaban caricaturas unidimensionales o personalidades fragmentarias cuya conducta grotesca buscaba reflejar la calidad irreal del mundo circundante. Para ello han empleado la parodia, lo burlesco, chistes esotéricos, alusiones arcanas y un estilo desmañado, todo ello con el fin de burlarse de lo "absurdo" de las instituciones y convenciones sociales. El marbete de "humor negro" abarca a escritores —por otra parte tan diferentes entre sí— como John Barth *(The Sot-Weed Factor)* [El Factor del Tabaco], Thomas Pynchon *(V),* Joseph Heller *(Catch 22)* [Presa 22], Bruce Jay Freedman *(Stern)* [Popa], John Hawkes *(The Cannibal)* [El Caníbal] y Philip Roth *(Portnoy's Complaint)* [La Queja de Portnoy].

Otros escritores si bien rechazan la forma narrativa tradicional en la novela, no simpatizan con los estilos o actitudes del "humor negro". En las obras de Saul Bellow, Bernard Malamud, Norman Mailer, Flannery O'Connor y William Styron, el realismo se modifica y moldea para permitir un intensivo examen del *yo* en períodos de crisis. En palabras de Bellow, "lo que más ansían estos escritores es la intensidad y, por lo tanto, deben valorizar la existencia humana o ser infieles a su vocación". La gente parece hoy más pequeña, añade Bellow, sólo porque la sociedad ha llegado a ser inmensa, lo cual dificulta más que nunca la tarea del novelista de "determinar la medida que nos corresponde y la importancia de nuestras acciones".

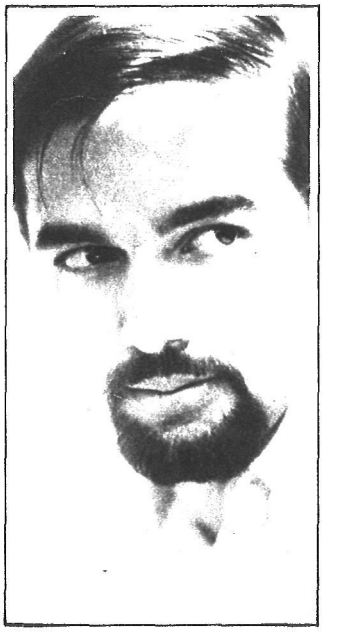
Los héroes de Bellow en *Herzog,* de Ellison en *El Hombre Invisible,* de Malamud en *The Fixer* (El Reparador), y de Styron en *Las Confesiones de Nat Turner,* son hombres inmensamente falibles, a menudo atormentados por presiones contradictorias. Pero se enfrentan a las azarosas circunstancias de sus vidas con tal grado de conocimiento interno, fortaleza y pasión que ponen en tela de juicio el criterio hoy en boga de la impotencia humana, y reafirman la capacidad del hombre para sentir y actuar.

VISIONES Y REVISIONES: TENDENCIAS EN LA POESIA DE LA POSTGUERRA

Por Richard Kostelanetz

Las figuras gigantescas de T. S. Eliot y Ezra Pound, sugiere el autor, siguen inquietando a los poetas norteamericanos contemporáneos. Algunos continúan escribiendo dentro de la tradición del modernismo literario de Eliot y Pound; otros se han rebelado y dirigido a una poesía más personal, lírica, irreverente y experimental. En ambos grupos, el estilo y el enfoque varían enormemente, a veces asombrosamente.

Richard Kostelanetz es un prolífico escritor joven, cuyo estudio de las ideas de Marshal McLuhan acerca de los medios electrónicos apareció en el primer número de FACETAS. Entre sus libros figuran *The Theater of Mixed Means* (El Teatro de Medios Mixtos) y *Master Minds* (Mentes Maestras). También ha preparado varias antologías, tales como *The New American Arts* (Las Nuevas Artes Norteamericanas), *The Young American Writers* (Los Jóvenes Escritores Norteamericanos), y está por aparecer *Possibilities of Poetry* (Posibilidades de la Poesía), en la cual se amplía el tema del presente ensayo.



Para la poesía norteamericana, los veinte años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial fueron marcadamente distintos de las dos décadas que la precedieron. El período entre 1920 y 1940 vio la implantación del modernismo literario, definido por los logros y el impacto de T. S. Eliot y de Ezra Pound (ambos nacidos en los Estados Unidos y radicados en Europa) y, en menor escala, por los de W. H. Auden (nacido en la Gran Bretaña pero casi radicado en los Estados Unidos a partir de 1939) y los de William Butler Yeats. Estos poetas rompieron decididamente con los establecidos procedimientos del siglo XIX, y escribieron innovadoras obras maestras admiradas por las generaciones que vinieron después de ellos.

La poesía norteamericana de la postguerra asimiló el estilo modernista y lo extendió en muchas direcciones. La pluralidad de este período ha sido mayor que la del precedente, pues ningún poeta en particular, ningún estilo o concepto del arte poético domina la escena actual. ¡Cuán diferentes entre sí son Robert Lowell y Allen Ginsberg, Theodore Roethke

y John Berryman, todos ellos poetas de primer orden! Sin embargo, lo que quizá unifique esta diversidad es que las obras más importantes de la postguerra son otras alternativas de las formas de hacer poemas que cultivaron Eliot y Pound.

El impacto de Eliot y sus seguidores fue tan amplio y penetrante que era difícil que un poeta en vías de maduración y que hubiera llegado a la mayoría de edad entre 1922 y 1945, no mostrase en sus escritos resonancias de aquellos maestros. Recuérdese que muchos poetas africanos contemporáneos que escriben en inglés hasta la fecha "suenan" a Eliot. En términos generales, el estilo poético en 1945 adoptaba metros intrincados, hacía afirmaciones irónicas y elegantes, sus líneas eran de longitud irregular, su pensamiento era complejo y solemne el tono, abundaba en alusiones a la historia literaria y cultural, su dicción era formal, impersonal el ambiente, cósmicos los intereses y respetaba las tradiciones poéticas. Para un crítico-poeta tratábase de "la poesía simétrica, intelectual, irónica e ingeniosa". Para otro, "era un estilo que, por una parte, tendía hacia la verbosidad y, por la otra, a una extremada concisión del significado y de la idea".

De la Emulación al Repudio

La mayoría de los grandes poemas del período entre las dos guerras presentan ejemplos de esta forma de acercarse a la poesía y a la experiencia humana, y los poetas a quienes a fines de los cuarentas se consideraba "prometedores" tendían a emplear todos o casi todos esos recursos, perpetuando así, hasta bien entrados los cincuentas, el estilo de la era de 1920 a 1940. Entre estos poetas prematuramente maduros se encontraban Robert Lowell, cuyos intereses característicos en aquel entonces se centraban en aspectos históricos de Nueva Inglaterra, en los cuales habían representado un importante papel sus antepasados; John Berryman, el cual escribió sobre sí mismo: "Quería algo que fuese a la vez muy terso, abundante y lleno de misterio"; y Delmore Schwartz quien, a la vez que gustaba de los poemas filosóficos inspirados en Platón y Sócrates, entretejía complicados símbolos freudianos en sus dramas psíquicos:

> El pesado oso que me acompaña,
> Con múltiple miel para embarrarse la cara,
> Andando desmañadamente de aquí para allá,
> Por doquier la atracción central,
> Bruto hambriento,
> Enamorado del dulce, del sueño y de la cólera.

Algunos poetas que pelearon en la guerra, como Randall Jarrell y Karl Shapiro, adoptaron el estilo aceptado para escribir sobre sus experiencias, y fueron aclamados por la crítica. Sin embargo, quizá a causa de que la inmediación de sus temas chocaba a veces con su técnica poética, más

abstracta, ambos poetas caminaron hacia otros estilos. Jarrell reveló, con mucha discreción, su historia personal en poemas publicados muy poco antes de su muerte en 1965. Shapiro llegó a repudiar sus primitivos poemas en los que se reflejaba la influencia de Eliot y, en *The Bourgeois Poet* (El Poeta Burgués), publicado en 1964, recurrió a la prosa en párrafos en el estilo libre y declamatorio de Walt Whitman y algunos escritores franceses contemporáneos.

Aun quienes habían asimilado totalmente la tradición establecida por Eliot se volvieron contra el maestro. En 1949, Schwartz, quien sólo cuatro años antes había aclamado a Eliot como "el Héroe Internacional", puso públicamente en duda los beneficios de su "dictadura literaria". Pocos años después, los críticos se burlaban despreocupadamente de la uniformidad estilística, "experiencial" y tonal de los jóvenes poetas que figuraban en las antologías de la "poesía moderna" de la postguerra. El crítico y poeta James Dickey constantemente encontró en la obra de esos escritores "argumentos penosamente rimados como substitutos de la auténtica percepción". En la década de 1960, hasta los poetas "académicos", quienes combinaban una cátedra universitaria con las labores poéticas, hacían declaraciones tan defensivas que bien podía sospecharse que, según ellos, los tiempos no estaban maduros para el neoclasicismo.

Una Corriente de Lirismo

Aunque un estilo artístico particular pueda acaparar la atención en una época determinada, su influencia nunca puede impedir el desarrollo simultáneo de otros métodos. Por eso, a través de los veintes y de los treintas, muchos poetas de talento —podríamos citar en especial a William Carlos Williams y a E. E. Cummings— trabajaban en otros estilos, en marcado contraste con la escuela de Eliot: más reposados o más intensamente líricos, de una estructura y de una sintaxis más libres. Theodore Roethke, quien ha escrito muchos de los más grandes poemas líricos de los últimos tiempos, perfeccionó una corriente que andando el tiempo provocó gran interés y grandes alabanzas de la crítica. Roethke se apartó del estilo establecido, empleando elementos muy personales, en especial materiales oníricos, en estructuras más ceñidas expresadas en un lenguaje más sensual:

> Mis secretos claman a grito herido.
> No necesito lengua.
> Mi corazón mantiene casa franca,
> Mis puertas abiertas están de par en par.
> Mi amor, una epopeya de los ojos,
> Sin disfraz.

El resultado fue una poesía de monólogos líricos y a veces de cánticos, cuyos símbolos personalmente reveladores representaron en esa épo-

ca una innovación radical. En los últimos poemas de Roethke aparecen títulos como "Journey to the Interior" (Jornada al Interior), en el cual el "interior" es su propia psique. Con objetivos y prejuicios muy semejantes, el amigo más íntimo de Roethke, Stanley Kunitz, escribió en 1963:

> Lo que hay de mejor en mí vive vida subterránea:
> Hoza, cava, tiene comezón de alas.

A fines de los cincuentas, también John Berryman empleaba materiales personales, con los que creaba fantasías simbólicas, elegantes y ásperas, que él denominaba "cánticos de ensueño". Al principio, muchos de sus poemas parecen obscuros, pero al comprender que provienen de procesos psíquicos, las desconcertantes metáforas parecen explicarse por sí mismas:

> Estos cantos, como usted comprenderá, no nacieron para ser comprendidos.
> Sólo quieren aterrar y consolar.
> En sus manos se encontraron lilas.

El Habla Norteamericana y la Experiencia Directa

Uno de los primeros alejamientos por rumbos diferentes a los de Eliot, quedó bien definido por Ezra Pound, quien desempeñó un doble papel en la historia estilística de la poesía moderna. Por una parte, apoyó a Frost y a Eliot, y hasta retocó *The Waste Land* (Tierra Yerma), obra que Eliot le dedicó. Por otra parte, en sus *Cantos* posteriores y en su correspondencia de la postguerra, influyó directamente en los versos espacialmente abiertos, idiomáticos, culturalmente irreverentes de William Carlos Williams, Louis Zukovsky, Charles Olson y de varios poetas jóvenes opuestos al estilo de Eliot. Williams, el de mayor edad de este grupo, enraizó su poesía en la experiencia directa, en el detalle concreto, en el idioma peculiar de Estados Unidos, en la libertad formal. La obra más importante, realizada ya más avanzada su carrera, *Paterson,* poema en cinco volúmenes, desarrolla estos principios y evoca un universo de vida en el microcosmos de una ciudad de Nueva Jersey.

Olson, separado cronológicamente de Williams por el espacio de una generación, desarrolló, a fines de la década de 1940, la teoría del "verso proyectante". En un ensayo titulado con el nombre de su teoría, Olson propugnó el uso del inglés "norteamericano" en vez del inglés "británico" más formal y literario, y una mayor libertad en la estructura y en la sintaxis de la poesía. (Por ello se opuso al empleo del período y del paréntesis cerrado, como tendientes a redondear o completar el pensamiento.) La poesía de Olson es incorregiblemente errática, se caracteriza por palabras y frases que van libremente de lado a lado de la página, por un lenguaje que a menudo es prosa sin atenuantes, por alusiones esoté-

ricas que chocan con su posición antiacadémica. Se trata, en suma, de una especie de taquigrafía poética abstracta que abarca una amplia gama de material concreto. Su teoría y su personalidad hicieron de Olson el padre de la escuela de poesía norteamericana llamada de la "Montaña Negra". El nombre proviene del colegio de Carolina del Norte donde todos sus miembros enseñaron o estudiaron (Robert Creeley, Robert Duncan y Jonathan Williams, entre otros).

Una reacción inevitable a la impersonalidad poética de Auden y Eliot, fue el uso directo de la experiencia personal, no a la manera simbólica de Roethke y Kunitz, sino en afirmaciones formuladas en la primera persona de la voz del poeta. Los mejores poemas de esta corriente tienen por tema asuntos muy íntimos: la situación en que se encuentra la vida conyugal del poeta o su último amorío, la tensión de las amistades íntimas, las enfermedades graves, la permanencia en alguna institución para enfermos mentales, sus fallas espirituales. Para algunos críticos, esta poesía de "la confesión" servía en parte para liberar la mente del poeta de sus inquietudes obsesionantes. Sin embargo, las experiencias fundamentalmente personales alcanzan un significado más amplio. En "Waking in the Blue" (Despertando en el Azul), Robert Lowell exclama:

> ¡Ausencia! Mi corazón se hace tenso
> Como si el arpón se aprestase para el golpe mortal.

W. D. Snodgrass, quien, según se dice, influyó para que su maestro se aventurase en temas más íntimos, escribe en "April Inventory" (Inventario Abrileño):

> No supe yo de esta falsedad:
> Que más rubio el amor ha de ser,
> más juncal y de más juventud;
> Que mis ojos falaces
> Aman sólo a través del apetito de mi carne;
> Que fuerzas poseo para sentir de verdad;
> Que el bello mundo de afuera es realidad.

Otro discípulo de Lowell, Sylvia Plath, declara en "Lady Lazarus" (Dama Lázaro), escrita poco antes de suicidarse:

> Morir
> Es un arte, como todo lo demás.
> Acabadamente lo ejecuto yo.

Un proceso similar informa la reciente obra de Brother Antoninus (William Everson), cuyo mejor poema, "In Savage Wastes" (En los Yermos Salvajes), se inicia así:

> También yo, ¡oh Dios!, como bien lo sabes Tú,
> Culpable soy.

En contraste con los poemas de Antoninus, gran parte de la "poesía confesional" contemporánea emplea un lenguaje mucho más formal, construcciones más ceñidas y rimas ocasionales. Estas características la diferencian de la voz en primera persona empleada por Allen Ginsberg, el principal representante de la poesía "beat".

"Beats" contra "Squares"

Lo que hace importante a los "beats" en la historia reciente de la poesía, no es tanto la publicidad que sus actividades han recibido como el gran alcance de sus ataques contra el influyente grupo "post-Eliot". Sus reivindicaciones en pro de una mayor "vitalidad" inevitablemente lucraron con lo que muchos consideran mezquindad satisfecha de sí misma e impotencia poética de un estilo en decadencia. Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti y ciertos poetas menores que siguen sus huellas, desafiaron infinidad de elementos que habían llegado a considerarse intocables.

Como sustituto de la solemnidad reverente emplearon la blasfemia sin ambages; la impersonalidad servil vino a ser egotismo anárquico; las frases irónicas se convirtieron en apóstrofes directos de hombre a hombre. Reemplazaron la dicción elegante y la textura consistente por superficies ásperas y un lenguaje tan confianzudo y tan grueso que, en el caso de *Howl* (Aullido), de Allen Ginsberg, fue considerado abiertamente obsceno. En vez de un mundo de segunda mano tomado de la historia de la literatura y de la cultura, explotaban su propia experiencia inmediata, en lugares y épocas determinados, a menudo como respuesta al malestar social. En vez de un lenguaje elíptico, emplearon un lenguaje menos oscuro y una sintaxis más accesible.

Precisamente porque estos poetas rechazaron tan radicalmente las formas establecidas, se convirtieron en tema de debate que dividió a los poetas. Varias figuras algo menos jóvenes pero también opuestas a Eliot, apoyaron a los "beats". Esta fue la actitud, entre otros, de Kenneth Rexroth, quien se convirtió en su más elocuente publicista; Charles Olson, el cual aportó una brillante teoría poética; y William Carlos Williams, autor de la introducción a *Aullido*. Para fines de los cincuentas, la escena de la poesía norteamericana se dividió en dos campos contendientes que han tenido diversos nombres: "squares" y "beats", cocidos y crudos, académicos y antiacadémicos. Cada grupo ha tenido sus propias revistas, sus críticos, editores, estudiantes y antologistas. En esta guerra apocalíptica todos los poetas de valía se afiliaron a uno u otro de estos campos.

La Naturaleza y la Ciudad

Como Eliot y Pound a menudo escribían sobre temas abstractos o cósmicos y sobre lugares remotos, otra reacción de la postguerra enfocó las percepciones inmediatas, las experiencias cotidianas y el medio ambiente

natural. Esta secta atrajo a varios talentosos poetas que habían pertenecido a la órbita Eliot-Auden, entre otros, James Wright, May Swenson y James Dickey. En un esfuerzo por retener su candor perceptivo, estos poetas por lo general escribieron sobre experiencias anteriores a la era de la máquina. Mientras contempla a un niño recién nacido, James Wright dice en "Mary Bly":

> Siento que las estaciones cambian debajo de mí,
> Bajo el piso.

En el poema que da título a su libro *Traveling Through the Dark* (Viajando en la Oscuridad), William Stafford refiere que en un camino encontró un venado muerto cuyo estómago estaba aún caliente. Su reacción, más que un complejo análisis filosófico es una reacción básica y visceral:

> Pensé hondo, por todos nosotros, mi única desviación,
> y luego lo empujé desde el camino al río.

En versos de reciente data, una preocupación estilística paralela se refiere a los significados de lo inmediatamente percibido en los ambientes urbanos. A veces, este tipo de poesía parece estar al borde de lo que James Dickey denomina el "reportaje metafísico". Asigna inmensa importancia a circunstancias urbanas comunes y corrientes, casi siempre en ambiente neoyorquino. Así, por ejemplo, el imponente almacén del poema de Harvey Shapiro, "National Cold Storage Company" (Compañía Nacional de Almacenado en Frío), se convierte en basurero simbólico de la historia de los Estados Unidos.

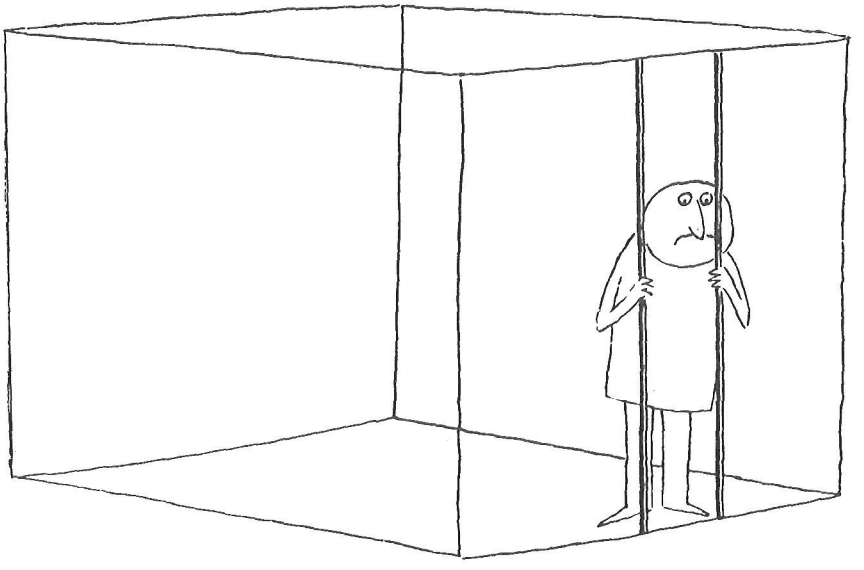
> Yo mismo he arrojado en él siete años
> De desazones de medianoche, de planes para escapar, de temblores
> alcohólicos.
> Súmese esto al total nacional:
> La tumba de Grant, la Guerra Civil, Arlington
> Y la muerte del joven Presidente.
>
> * * *
>
> O quizá
> Un ser monstruoso nacido en el almacén
> Ha de alimentarse de todo: naves, poemas,
> Astros, y los años todos de nuestras vidas.

Libertad y Posibilidad

Al enumerar las notas características de buen número de poetas contemporáneos, escribe el crítico Daniel Hoffman: "Si bien difieren unos de otros, cada uno de estos poetas ha realizado a su manera un recorrido

semejante al de los demás: temprano dominio de formas y moldes heredados, intensificación de estos materiales tradicionales, lucha por librar a la lengua del lenguaje usual; al oído, de las cadencias familiares; a los ojos, de los modos habituales de ver las cosas; a la sensibilidad, de las reacciones convencionales ante la experiencia".

En ningún período anterior de la literatura han dado los poetas tanto valor a los cambios estilísticos, a la necesidad de cambiar por otras nuevas las pieles que envolvían a la imaginación, aun cuando sus estilos anteriores les hubieran conquistado las alabanzas de la crítica. Al mismo tiempo, repugnaría a los críticos y lectores de vanguardia decir que alguna de esas alternativas ha ido demasiado lejos. Yo opino que este tipo de tolerancia hacia el arte y hacia el pensamiento no convencionales es verdaderamente benéfica, pues en esta época de cambios rápidos, las definiciones de la realidad se mudan como las estaciones. Quizá sea precisamente la ausencia de una escuela y de una dirección dominantes lo que da al momento actual de la poesía norteamericana su ambiente de libertad y de porvenir.



S. GROSS

FOUR POETS

The following poems —different as they are in tone and flavor— reflect the tendency (described in Richard Kostelanetz article) toward a more intimate and autobiographical style.

John Berryman's "Dream Song (103)" is reprinted here from *His Toy, His Dream, His Rest,* by arrangement with Farrar, Strauss and Giroux, Inc., New York, and Faber and Faber, Ltd., London. The 308 "dream songs" in this volume, which won the 1969 National Book Award for poetry, center around "an imaginary character (not the poet, not me) named Henry", although some critics have not taken this disclaimer too seriously.

Robert Lowell is perhaps the most eminent poet of his generation. "For Sale" is reprinted from his *Life Studies,* which won the National Book Award in 1960. "Advent" by Brother Antoninus is taken from his *The Crooked Lines of God.* The late Theodore Roethke is widely regarded as the finest U. S. lyric poet of the postwar period. His "Elegy for Jane" is reprinted from *The Waking,* which won the Pulitzer Prize for poetry in 1954, and is included in *The Collected Poems of Theodore Roethke,* published by Doubleday & Company, Inc.

John Berryman: *Dream Song (103)*

I consider a song will be as humming-bird
swift, down-light, missile-metal-hard, & strange
as the world of anti-matter
where they are wondering: does time run backward—
which the poet thought was true; Scarlatti-supple;
but can Henry write it?

Wreckt, in deep danger, he shook once his head,
returning to meditation. And word had sped
all from the farthest West
that Henry was desired: can he get free
of the hanging menace, & this all, and go?
He doesn't think so.

Therefore he shakes and he will sing no more,
much less a song as fast as said, as light,
so deep, so flexing. He broods.
He *may,* rehearsing, here of his bad year
at the very end, in squalor, ill, outside.
—Happy New Year, Mr. Bones.

© 1968 by John Berryman

CUATRO POETAS

Los poemas siguientes —por distintos que sean su tono y su sabor— reflejan la tendencia (descrita en el artículo de Kostelanetz) hacia un estilo más íntimo y autobiográfico.

Cantar de Ensueño (103), de John Berryman ha sido tomado de su libro *His Toy, His Dream, His Rest* (Su Juguete, Su Sueño, Su Reposo), mediante un acuerdo con Farrar, Strauss and Giroux, Inc., de Nueva York, y Faber and Faber, Ltd., de Londres. Los 308 "cantares de ensueño" de este volumen, que ganaron el Premio Nacional del Libro para poesía en 1969, se centran alrededor de "un personaje imaginario (no es el poeta, ni soy yo) llamado Henry", aunque algunos críticos no han tomado en serio esta afirmación.

Robert Lowell acaso sea el poeta más eminente de su generación. "Se Vende" ha sido tomado de sus *Life Studies* (Estudios de Vida), que obtuvieron el Premio Nacional del Libro en 1960. *Adviento,* del Hermano Antonino ha sido tomado de su obra *The Crooked Lines of God* (Los Sinuosos Caminos de Dios). El recién fallecido Theodore Roethke es considerado por muchos como el más grande poeta lírico norteamericano del período de la postguerra. Su *Elegía para Jane* ha sido tomada de *The Waking* (El Despertar), que ganó el Premio Pulitzer de poesía en 1954 y aparece entre *The Collected Poems of Theodore Roethke* (Antología de Theodore Roethke), publicada por Doubleday & Company, Inc.

John Berryman: *Cantar de Ensueño (103)*

Un cantar, digo yo, debe ser ágil y matizado, cual colibrí,
y también duro como metal de proyectil, e insólito
como el mundo de la antimateria
donde la gente pregunta: ¿da el tiempo marcha atrás?
¿qué pensó el poeta que verdadero fuese y alado, a la par,
    como una sonatina de Scarlatti?
¿sabe acaso Henry escribir?

Aniquilado, en peligros sumergido, sacudió la cabeza una vez
y a su meditar tornó. Y corrió la voz
desde el más lejano Oeste
de que buscaban a Henry. ¿Se libraría
de la horca amenazante y de todo lo demás? ¿Podría irse sin más ni más?
A él le parece que no.

Y, por tanto, se estremece, y no quiere ya cantar,
y mucho menos cantares —como dijimos ya—
alados, dúctiles, hondos. Cavila.
Repasa, *quizá,* el año fatal —final— transcurrido ya,
a la intemperie, enfermo, en escualor.
—¡Feliz Año Nuevo a ti, de la calavera señor!

© 1968, por John Berryman

Robert Lowell: *For sale*

Poor sheepish plaything,
organized with prodigal animosity,
lived in just a year—
my Father's cottage at Beverly Farms
was on the market the month he died.
Empty, open, intimate,
its town-house furniture
had an on tiptoe air
of waiting for the mover
on the heels of the undertaker.
Ready, afraid
of living alone till eighty,
Mother mooned in a window,
as if she had stayed on a train
one stop past her destination.

Copyright © 1956, 1959 by Robert Lowell

Brother Antoninus: *Advent*

Fertile and rank and rich the coastal rains
Walked on the stiffened weeds and made them bend;
And stunned November chokes the cottonwood creeks
For Autumn's end.

And the hour of Advent draws on the small-eyed seeds
That spilled in the pentacostal drought from the fallen cup:
Swept in the riddled summer-shrunken earth;
Now the eyes look up.

Faintly they glint, they glimmer; they try to see;
They pick at the crust; they touch at the wasted rind.
Winter will pinch them back but now they know,
And will not stay blind.

And all Creation will gather its glory up
Out of the clouded winter-frigid womb;
And the sudden Eye will swell with the gift of sight,
And split the tomb.

Copyright © 1959 University of Detroit Press. Used with permission

Robert Lowell: ***Se Vende***

Pobre juguete apocado
armado con pródiga animosidad,
donde sólo un año vivimos —
a la casita de mi padre en Beverly Farms
la subastaron el mismo mes en que él murió.
Vacía, íntima, abierta,
Sus muebles de casa de ciudad
parecían de puntillas esperar
la llegada de los de la mudanza
pisando los talones al enterrador.
Dispuesta, temerosa
de vivir hasta ochenta años cumplir,
mi madre por una ventana abstraída miraba,
como si en el tren se hubiera quedado
estaciones más allá de su destino señalado.

Copyright © 1956, 1959, por Robert Lowell

Hermano Antonino: ***Adviento***

Fértil, compacta, opulenta, la lluvia costera
Camina sobre hierbajos enhiestos y a doblegarse los fuerza;
Y noviembre —pasmado— obstruye riachuelos,
De álamos orlados, para el otoño ultimar.

La hora del Adviento acarrea semillas de ojos chiquitos
Que se derramaron al caer la copa sequiza pentecostal;
Aventadas en la tierra veraniega cacariza y rechupada,
Miran hacia arriba ahora,
Alborean —muy apenas— y cintilan y hacen esfuerzos por ver.
La corteza picotean; toquetean de la tierra la costra envejecida.
El invierno de nuevo las agobiará, pero ya saben
Y ciegas no permanecerán.

Y la Creación al unísono sus glorias hará renacer
Del vientre nuboso, de inverniza rigidez;
Y el Ojo súbito, enriquecido con el don de ver,
El vientre habrá de sajar.

Copyright © 1959, University of Detroit Press. Publicado con autorización

Theodore Roethke: **Elegy for Jane**

My Student, Thrown by a Horse

I remember the neckcurls, limp and damp as tendrils;
And her quick look, a sidelong pickerel smile;
And how, once startled into talk, the light syllables leaped for her,
And she balanced in the delight of her thought,
A wren, happy, tail into the wind,
Her song trembling the twigs and small branches.
The shade sang with her;
The leaves, their whispers turned to kissing;
And the mold sang in the bleached valleys under the rose.

Oh, when she was sad, she cast herself down into such a pure depth,
Even a father could not find her:
Scraping her cheek against straw;
Stirring the clearest water.

My sparrow, you are not here,
Waiting like a fern, making a spiny shadow.
The sides of wet stones cannot console me,
Nor the moss, wound with the last light.

If only I could nudge you from this sleep,
My maimed darling, my skittery pigeon.
Over this damp grave I speak the words of my love:
I, with no rights in this matter,
Neither father nor lover.

Copyright © 1950 by Theodore Roethke. Reprinted by permission of Mrs. Roethke

Theodore Roethke: ***Elegía a Jane***

Mi Discípula a Quien Tiró el Caballo

Recuerdo sus rizosos y húmedos tolanos, como zarcillos de vid;
Y su rápido mirar —con rapidez de sonrisa o de pez;
Y cómo estremecida prorrumpía, y las sílabas aladas parecían que
cabrilleaban en su honor.
Y se mecía, jubilosa, cavilosa:
Una avecilla feliz al viento hender,
Y que, al posarse y cantar, ramas y renuevos conmovía.
La sombra con ella cantaba.
Las hojas en beso tornaban su verde cuchichear;
Y cantaba la tierra de hoja en los valles al sol blanqueados, a
la vera de las rosas.

Y cuando triste estaba, se arrojaba a hondones absolutos
Donde ni el querer paterno hallarla podría.
Contra las pajas sus mejillas rozaba;
Y el agua —aun la más clara— tiritaba.

Mi gorriona, aquí no estás ya,
Como un helecho, aguardando y tejiendo sombras espinosas y pungentes.
Ya no me consuela la losa de rútila humedad,
Ni el verdín herido por la postrera luz.

Si tan sólo pudiera del sueño llamarte,
Mi amada —mi mutilado amor—, palomilla triscadora.
Cabe esta tumba embebida profeso mi amor:
Y no tengo derecho a ello,
Que ni padre ni amante soy.

Copyright © 1950, por Theodore Roethke. Reproducido con autorización de la Sra. Roethke

LAS IDEAS Y LA NOVELA:
Una Entrevista Con Saul Bellow

Al publicarse *Herzog* en 1964, un destacado crítico escribió: "Con esta nueva obra, su sexta novela, Saul Bellow se revela no sólo como el novelista más inteligente de su generación, sino que demuestra ser el más interesante en cuanto a movimiento y desarrollo". Esta encomiosa apreciación de la obra de Bellow, aunque no unánime entre los críticos, fue compartida por muchos y valió a *Herzog* el Premio Nacional del Libro y el *Prix International de Littérature,* patrocinado por editores de 13 países.

Bellow nació en Canadá; sus padres eran inmigrantes rusos. Tenía nueve años cuando la familia se trasladó a Chicago. Más tarde, estudió en las universidades de esta ciudad, especialmente antropología y sociología. Ha viajado mucho por Europa y residido en Nueva York y París. Es miembro del Comité sobre Pensamiento Social, de la Universidad de Chicago, donde Gordon Lloyd Harper lo entrevistó. El texto es una condensación del aparecido en *Writers at Work: "The Paris Review" Interviews — Third Series* (Los Escritores Trabajan: Entrevistas de "La Revista de París" — Tercera Serie). La reproducción fue autorizada por The Viking Press, Inc.

Las dos primeras novelas de Bellow caen dentro de la sombría tradición del realismo, si bien prestan más atención a la conciencia de sí mismo que a las observaciones de tipo social. El joven protagonista de *The Dangling Man* (El Hombre Pendiente), en vísperas de ser llamado a filas, acepta por fin, aunque en forma ambigua, las realidades crudas y caóticas del mundo en que vivimos. El personaje principal de *The Victim* (La Víctima), hombre maduro, debe enfrentarse a su timidez espiritual a su renuencia a aceptar los riesgos inherentes a las relaciones humanas. Pero en *The Adventures of Augie March* (Las Aventuras de Augie March), Bellow abandona la torva desolación y se lanza a briosas escapatorias y a un estilo de exuberante inventiva, que ha tenido gran influjo sobre la novela norteamericana contemporánea.

Esta liberación anima sus dos últimas novelas. "Salir al mundo y tratar de hallar la sabiduría de la vida", exclama el protagonista, hombre de mediana edad, de *Henderson the Rain King* (Henderson, Rey de la Lluvia); "tal es el destino de mi generación en los Estados Unidos". Henderson va a un continente africano imaginado por el autor, donde es iniciado en los misterios de la naturaleza y en el conocimiento de sí mismo por un jefe de tribu que, además, es filósofo. El archiintelectual héroe de *Herzog* sólo viaja entre Nueva York y Chicago; pero, después de haber fracasado como marido, como padre y como intelectual, continúa buscando la fuerza moral a fin de no cerrarse ante la complejidad de la vida. Bellow se halla hoy "entre novelas", esto es, en el intervalo entre la última y la próxima, y opina al respecto: "Estoy esperando ver qué se le va a ocurrir ahora a la imaginación".

—Algunos críticos opinan que su obra encaja dentro de la tradición del naturalismo norteamericano, posiblemente por algunas cosas que usted ha dicho sobre Theodore Dreiser. Yo desearía preguntarle: ¿Cree usted pertenecer a una tradición literaria en particular?

—Bueno, pienso que el desenvolvimiento del realismo en el siglo XIX continúa siendo un suceso de primordial importancia en la literatura mo-

© (1967) por The Paris Review, Inc. Derechos reservados

derna. Dreiser es un realista de rasgos geniales. Era torpe, pesado y, en ciertos aspectos, un pensador de poco mérito. Pero poseía una riqueza de sentimientos que ha sido desterrada por muchos escritores contemporáneos; me refiero a los sentimientos que todo ser humano intuitivamente reconoce como primordiales. Dreiser sabe acercarse a esos sentimientos primordiales, y en esto supera a cualquier escritor norteamericano del siglo XX. Muchos lectores se sienten incómodos porque su emoción no halló una forma literaria más desarrollada. Quizá el arte de Dreiser sea demasiado "natural". A veces quiere transmitir sus atisbos y penetraciones mediante un alud de palabras, mediante aproximaciones verbales. Tropieza, pero, en general, no abandona la ruta de la verdad. Sus personajes nos emocionan directamente, como la vida misma. Por ello se ha dicho que sus novelas son trozos de vida y que, por lo tanto, no son novelas. Pero es imposible dejar de leerlas. En alguna forma sabe transmitir, sin mucho refinamiento, honduras de sentimiento que ordinariamente asociamos con Balzac o Shakespeare.

—*¿Podría decirse que este realismo, más bien que una técnica constituye un tipo especial de sensibilidad?*

—El realismo se especializa en experiencias *aparentemente* sin intermediario. Lo que apasionaba a Dreiser era pensar que es posible llevar a la

novela el sentimiento directo, sin intermediarios. Y quiso lograrlo ingenuamente, sin tomarse el trabajo de dominar este arte. No nos damos cuenta de ello porque adopta muchísimas actitudes "artísticas" que nos son familiares, tomadas de las modas artísticas de su época y hasta de las revistas populares, pero en realidad es un espontáneo, un primitivo. Tengo gran respeto por su sencillez y creo que vale mucho más que lo que ha sido calificado de elevación artística en la novela norteamericana.

—¿Podría decirse que las más recientes novelas norteamericanas han adoptado bastante este enfoque?

—Bueno, entre los herederos de Dreiser hay quienes creen que la falta de destreza y la verdad caminan juntas. Sin embargo, la pesadez no necesariamente es indicio de que se posee la sinceridad del corazón. Muchos de los "dreiserianos" carecen de talento. Por otra parte, quienes menosprecian a Dreiser y se aferran a la "elevación artística", fallan y no dan en el blanco.

—Además de Dreiser, ¿qué otros escritores norteamericanos encuentra usted particularmente interesantes?

—Me gustan Hemingway, Faulkner y Fitzgerald. Creo que Hemingway es un hombre que supo moldear como artista un proceder verdaderamente significativo, un estilo de vida al que aún se aferran lastimosamente ciertos caballeros de avanzada edad. No creo que Hemingway sea un gran novelista. Prefiero las novelas de Fitzgerald, pero tengo a menudo la impresión de que Fitzgerald no sabía distinguir entre la inocencia y el afán de subir y figurar en sociedad. Estoy pensando en *The Great Gatsby* (El Gran Gatsby).

—Hace unos minutos me dijo usted que preferiría no hablar de sus primeras novelas, que tiene la sensación de ser hoy una persona diferente de la que escribió esos libros. ¿Es esto todo lo que desea decir sobre el punto, o podría decir algo sobre la forma en que ha cambiado usted?

—Creo que yo era tímido cuando escribí esos primeros libros. Sentía que era un acto de desfachatez inaudita presentarme ante el mundo como escritor y artista. Tenía que mostrar mis habilidades, presentar mis respetos a "lo requerido", a lo que se estilaba. En suma, me daba miedo dejarme hacer y decir.

—¿Cuándo comenzó a experimentar usted cambios de consideración en esta materia?

—Cuando principié a escribir *Augie March* me deshice de muchas de esas restricciones. Quizá de demasiadas; acaso fui demasiado lejos; pero

experimentaba yo la emoción del descubrimiento. Acababa de ganar mi libertad y, como cualquier plebeyo emancipado, inmediatamente abusé de ella.

—*¿Cuáles son esas restricciones de que usted se libró al empezar a escribir* Augie March*?*

—Mis dos primeros libros están bien estructurados. El primero, *El Hombre Pendiente,* lo escribí de prisa aunque me costó mucho trabajo. En el segundo trabajé muy de veras; iba yo en busca de la perfección. Al escribir *La Víctima* acepté un patrón "flaubertiano". Tengo la seguridad de que no es un mal patrón, pero a la larga lo encontré represivo, debido a las circunstancias de mi vida y a mi educación en Chicago como hijo de inmigrantes. Con el instrumento que había yo forjado en mis dos primeros libros me era imposible expresar una gran variedad de cosas que yo conocía íntimamente. Esos libros, aunque hayan sido útiles, no me proporcionaban una forma en la que yo me sintiese a gusto. Un escritor debe poder expresarse fácilmente, naturalmente, copiosamente, en una forma que libere su mente y sus energías. ¿Por qué ha de entorpecerse con formulismos, con una sensibilidad prestada, con el deseo de aparecer "correcto"? Pronto comprendí que no me quedaba el papel de mandarín.

—*¿Ocurrió algún otro cambio en su modo de escribir en el intervalo entre* Augie March *y* Herzog*? Dijo que usted había escrito* Augie March *con una profunda sensación de libertad, pero supongo que* Herzog *debió de costarle mucho trabajo.*

—Efectivamente. Tuve que domar y refrenar el estilo que adopté en *Augie March* a fin de escribir *Henderson* y *Herzog.* Creo que en ambos libros se percibe este cambio de estilo. Realmente, no sabría cómo describir este cambio. Tampoco quiero calentarme la cabeza para describirlo con exactitud. Con todo, tiene algo que ver con una especie de disposición para expresar impresiones provenientes de un venero del que poco sabemos. Creo que todos llevamos dentro un apuntador o un comentarista, que desde nuestros primeros años nos ha estado aconsejando y diciendo lo que el mundo es en realidad. Dentro de mí, ese comentarista existe, y tengo que prepararle el terreno. El apuntador, por lo demás, debe encontrar una situación que considere perfecta, esto es, verdadera y necesaria. Inmediatamente se da cuenta de lo superfluo o de la falsedad de los preparativos, y tengo que detenerme. A menudo tengo que volver a empezar desde el principio. No recuerdo cuántas veces tuve que escribir *Herzog,* pero al fin di con una cimentación aceptable.

—¿Incluyen estos preparativos un concepto general de la obra?

—En realidad, no sabría decirle exactamente lo que sucede. No intervengo demasiado. Procuro evitar las formas comunes de tensión y distorsión. Durante mucho tiempo, quizá desde mediados del siglo XIX, los escritores no se han contentado con considerarse a sí mismos sencillamente como escritores. Han buscado una estructura teórica; a menudo se han convertido en teorizantes de su propia obra, han creado su propia cimentación artística y hecho la exégesis de sus escritos. Les ha parecido indispensable adoptar una posición y no conformarse con escribir novelas. Anoche, ya acostado, estuve leyendo una colección de artículos de Stendhal. Uno de ellos me divirtió mucho, y también me conmovió. Dice Stendhal que, en la época de Luis XIV, los escritores tuvieron la suerte de que no se les tomara muy en serio. Tenían la fortuna de vivir en la oscuridad. Murió Corneille, y pasaron varios años antes de que a alguien se le ocurriera que valía la pena hablar de ello en la corte. En el siglo XIX, dice Stendhal, se hubieran pronunciado públicamente no pocas oraciones fúnebres y toda la prensa habría descrito los funerales de Corneille.

El no ser tomado *demasiado* en serio tiene grandes ventajas. Algunos escritores se toman demasiado en serio. Aceptan las ideas del público "culto". A veces se escribe "artista" en mayúsculas desmesuradas. Algunos escritores y músicos han comprendido esto. Stravinsky dice que el compositor debe practicar su oficio de la misma manera que lo hace un zapatero. Mozart y Haydn aceptaban pedidos, escribían lo que pedía el cliente. En el siglo XIX, el artista aguardaba pomposamente la llegada de la inspiración. En cuanto uno se siente institución cultural, comienzan a presentarse dificultades serias.

Existe, además, un achaque que podríamos calificar de moderno. Me refiero al afán de vivir conforme a la imagen elaborada por la prensa, la televisión, la chismografía o el público deseoso de admirar a las celebridades. Yo huyo de esas "imágenes". No es que desee la oscuridad pura y neta, soy demasiado egoísta para desear tal cosa, pero sí quiero tener paz y verme libre de intromisiones.

—¿Cree usted que haya críticos que deliberadamente se propongan convertir en ídolos a ciertos escritores? Pensaba en que hay quienes consideran que la muerte de Faulkner y la de Hemingway crearon un vacío en las letras norteamericanas, lo cual, como bien sabemos, no es verdad.

—Quizá yo no hablara de vacío, sino más bien de hueco. Estoy de acuerdo en que es necesario llenar los huecos y en que el público se siente intranquilo cuando hay vacantes. Por otra parte, los grandes medios publicitarios y de difusión requieren material —abastos—, y los periodistas encargados de la "fuente de letras" tienen que crear en la literatura un ambiente como el de las ligas mayores de béisbol. Los críticos nece-

sitan figuras que puedan ser colocadas en el Panteón. Hay mucha gente que piensa que todos los escritores deben andar en pos de un nicho en esa galería de inmortales. ¿Por qué ha de ser clasificado un escritor como si fuera jugador de tenis o caballo de carreras? "Triunfó en todas las encuestas de popularidad". ¡Vaya epitafio para un novelista!

—Cuando usted escribe, ¿hasta qué punto toma en cuenta al lector? ¿Existe un público ideal para el que usted desee escribir?

—Cuando escribo, pienso en algún ser humano que pueda comprenderme. Esto lo tomo muy en cuenta. No se trata de una comprensión perfecta, cartesiana, sino de una comprensión aproximada, judaica. También pienso en el encuentro de dos seres que simpatizan, lo cual es humano. Pero no pienso en ningún lector ideal. Permítame añadir esto: Parece que me acepto a ojos cerrados, como el excéntrico que no puede concebir que alguien no comprenda con absoluta claridad todas sus excentricidades.

—Se ha afirmado que la novela contemporánea ve en el hombre a una víctima. ¿Existe realmente este punto de vista?

—Yo creo que la literatura realista, desde un principio, ha hablado de víctimas. El individuo común y corriente —y la literatura realista siempre se ocupa de individuos comunes y corrienes— en lucha contra el mundo externo, el cual, naturalmente, acaba por vencerlo. Cuando la gente creyó en el siglo XIX sobre el determinismo, sobre el sitio del hombre en la naturaleza, sobre la influencia de las fuerzas productivas en la sociedad, hacía que, inevitablemente, el héroe de la novela realista no fuese un héroe, sino una víctima que acabaría por ser arrollada. Como verá usted, no realicé nada muy original al escribir otra novela realista sobre el hombre común y corriente y darle por título *La Víctima.* Ahora bien, a la larga, el peso de la tradición convierte al realismo en parodia, en sátira, en epopeya burlesca.

—¿No se ha alejado usted de esa especie de tragedia plebeya y acercado a un concepto de la víctima más rico en elementos cómicos? Aunque subsistan los intereses y las dificultades fundamentalmente serios, los elementos cómicos en Henderson, *en* Herzog *y hasta en* Seize the Day (*Aprovechad el Día*), *parecen mucho más marcados que en* El Hombre Pendiente *o en* La Víctima.

—Sí, porque me aburrí de las quejas solemnes. Las quejas acabaron por impacientarme a más no poder. Me vi obligado a escoger entre queja y comedia, y escogí la comedia por ser más enérgica, más sabia y más viril. Esta es una de las razones por las que me chocan mis primeras novelas. Las encuentro quejumbrosas, a veces gimoteantes. En *Herzog* doy un tratamiento cómico a las quejas y lamentaciones.

—Cuando usted afirma que se ve obligado a escoger entre lamentación y comedia, ¿quiere usted decir que no hay otra alternativa, que se ve obligado a escoger únicamente entre esas dos posibilidades?

—No me siento inclinado a hacer predicciones. Quizá me vuelva a atraer la comedia, quizá ocurra lo contrario. La literatura moderna se vio dominada desde los veintes hasta los cincuentas por el tono elegíaco, por el ambiente que predomina en *The Waste Land* (Tierra Yerma), de Eliot, y en *Retrato del Artista Adolescente,* de Joyce. La sensibilidad absorbió esta tristeza. Este concepto del artista como único eslabón contemporáneo entre nosotros y una desaparecida edad áurea forzaba a ver en todos los aspectos de la civilización moderna factores que violentaban los sentimientos del artista entreverado de patricio. Esto llegó mucho más lejos de lo debido. Se descendió a absurdos que terminaron por hartarnos.

—¿Querría usted decir algo sobre la importancia del medio ambiente en sus libros? Tengo entendido que para la tradición realista es de vital importancia el marco en el cual se desenvuelve la acción. Sus novelas suceden lo mismo en Chicago o Nueva York que en Africa. ¿Cuál es la importancia del escenario en la novela?

—Me plantea usted un problema que quizá nadie pueda resolver. Aun cuando se escriba realistamente, pueden crearse ambientes que, en alguna forma, son apetecibles y aparecen envueltos en una atmósfera donde tal o cual modo de actuar adquiere mayor significado, y que ponen ante los ojos los encantos de la vida. ¿Qué sería de la literatura sin estas cosas? El Londres de Dickens es sombrío pero también es acogedor, hogareño. Con todo, el realismo ha prometido aniquilar precisamente estas características o cualidades. Dicho de otra manera, quien se empeñe en ser ultrarrealista pondrá en peligro el ámbito, el espacio mismo en que se desenvuelve la obra artística. En Dickens, más allá de la niebla no aparece la nada, el vacío. El ambiente es invariablemente humano. ¿Me explico?

—Yo diría que no del todo.

—La corriente realista tiende a poner en tela de juicio el significado humano de los sucesos y de las cosas. La medida de nuestro realismo es la medida de nuestra propia amenaza contra el arte que practicamos. El realismo invariablemente ha aceptado y rechazado las circunstancias de la vida diaria. Aceptó escribir sobre la vida diaria, pero intentó hacerlo recurriendo a procedimientos extraordinarios. Este es el caso de Flaubert. El asunto puede ser ordinario, ruin, degradante, pero redimido por el arte. Veo, tal como lo describo, el ambiente de ciertos sectores de la ciudad de Chicago. El ambiente sugiere la forma, el estilo en que haya de ser presentado. Yo trabajo apoyado en este fundamento.

—*En ese caso, ¿no le molesta mayormente que ciertos lectores de* Henderson, *por ejemplo, opinen que Africa no es como usted la describe? Hay realistas que exigirían que el escritor pasase varios años en el lugar de los hechos antes de atreverse a ubicar allí a sus personajes. ¿Tomaría usted en cuenta esta exigencia?*

—Probablemente en vez de "realista" debiera usted decir "literalista", esto es, literalmente esclavo de los hechos. Hace años estudié etnografía africana con el desaparecido profesor Herskovits, el cual me regañó más tarde por haber escrito un libro como *Henderson.* Me dijo que el tema era demasiado serio para poder tratarlo en broma. Yo, por mi parte, pensaba que mis bromas eran cosa bastante seria. El literalismo, la esclavitud a los hechos, sofoca totalmente la imaginación.

—*En alguna ocasión dividió usted a los novelistas norteamericanos de los últimos tiempos en conservadores y cómodamente optimistas, por una parte, y eternos negadores, rebeldes e iconoclastas por la otra. ¿Cree usted que aún subsista esta división?*

—Creo que ambos derroteros son lamentables y superficiales. Aunque sé que es inútil recomendar a un novelista que siga tal o cual camino, me siento inclinado a decir a mis colegas: "Abandonen esos dos extremos". Ambos son inútiles e infantiles. Con razón desprecian a los escritores y a los poetas quienes verdaderamente tienen poder en nuestra sociedad, ya sean políticos u hombres de ciencia. Los desprecian porque no ven la menor prueba de que la literatura se ocupe de ninguna de las cuestiones que realmente cuentan. ¿A qué equivale el radicalismo de los escritores radicales de hoy día? En buena parte no pasa de actitudes bohemias de segunda mano, de sensiblería populista, de D. H. Lawrence aguado, o de Sartre de imitación.

Para los escritores norteamericanos el radicalismo es cuestión de honor. Su dignidad exige que sean radicales. Creen que tienen la noble misión de decir "No", y de morder no sólo la mano que les da de comer con tan cómica abundancia sino cualquier mano que se les tienda. Nos urge contar con un auténtico radicalismo que verdaderamente rete a la autoridad. Pero el radicalismo de pose es cómodo e insustancial. La crítica radical necesita de conocimientos, no de poses, eslóganes y palabrería. Gentes que creen mantener su dignidad artística porque hacen travesuritas en la televisión, son el hazmerreír del público y de los empresarios de TV. El genuino radicalismo requiere trabajo duro; requiere el trabajo de pensar. Por lo demás, poco habría que decir de los optimistas cerrados. Parece que han desaparecido.

—*¿Cómo cree usted que influyan en la obra de un escritor las perplejidades de la vida moderna?*

—Creo que el arte tiene algún influjo para que, en medio del caos, se pueda alcanzar la calma. Esa calma que caracteriza a la oración y tam-

bién al centro, al núcleo de una tempestad. Creo que el arte influye para que, en medio de la confusión ambiente, la atención no se disperse del todo.

—Tengo entendido que alguna vez habló usted de que, especialmente la novela, debe contender con ese tipo de caos y que, por lo tanto, ciertas formas acomodadas a la poesía o a la música no están al alcance del novelista.

—Ya no estoy muy seguro de ello. Creo que el novelista también puede gozar de esos privilegios. Lo que pasa es que no puede obrar con la misma integridad y economía de medios que el poeta. Tiene que cruzar un territorio fangoso y ruidoso antes de poder llegar a una conclusión clara. Esta más expuesto que otros artistas a los pormenores de la vida.

—Hay quienes opinan que los protagonistas de los libros de usted buscan respuesta a una pregunta que podría formularse así: "¿Cómo puede vivir hoy en día un hombre bueno?" ¿Cree usted que en sus novelas aparezca y reaparezca alguna cuestión de este tipo?

—Yo no creo haber presentado a ningún personaje verdaderamente bueno; en mis novelas nadie es admirable por todos conceptos. El realismo lo impidió y me lo impidió. Me *gustaría* presentar hombres buenos. Ansío saber quiénes son, qué son, cuál es su condición. A menudo presento hombres que desean tener esas cualidades, pero que parecen imposibilitados para alcanzarlas en alguna proporción digna de tomar en cuenta. Yo me critico por esto. Creo que equivale a una limitación el no haber discernido esas cualidades o el no haberlas mostrado en acción. Herzog ansía poseer virtudes efectivas; pero en el libro esto se convierte en comedia.

Creo que hay otro asunto que me interesa mucho más. Estamos rodeados de escritores escépticos, rebeldes o simplemente nerviosos, que habiendo vivido nada menos que 20 ó 30 años en este mundo, denuncian o rechazan la vida porque no se acomoda a sus normas intelectuales y filosóficas. Me parece que les faltan conocimientos para poder negar tan rotundamente. El misterio es inmenso. Por lo tanto, cuando llaman a la puerta del misterio con los nudillos de sus pobres conocimientos, parece justo que la puerta se abra y algún misterioso poder aparezca ante sus ojos. Creo que, en gran parte, *Herzog* puede explicarse mediante la aceptación llana e implícita de que la existencia, muy por encima de nuestros propios juicios, tiene valor, de que vale la pena existir.

—¿Desempeñan las ideas un papel importante en Herzog*? Hay quienes creen que en este libro las ideas no son esenciales ni para motivar las decisiones de Herzog ni para ayudarlo a salir bien librado.*

—Contrariamente a lo que algunos han dicho, el libro no es antiintelectual. Sencillamente, señala la cómica imposibilidad de llegar a una síntesis que satisfaga las exigencias modernas. La literatura de la Europa conti-

nental es intelectual, pero en forma diferente a la nuestra. El héroe intelectual de una novela francesa o alemana, probablemente sea un intelectual filósofo, o un intelectual ideólogo. Nosotros, los intelectuales norteamericanos —junto con el público culto— sabemos que en nuestra democracia liberal las ideas llegan a ser efectivas dentro del marco de una tradición totalmente diversa. Las líneas de separación son menos marcadas. No esperamos, pongamos por caso, tal como lo haría un francés, que el pensamiento tenga consecuencias en la esfera moral o en la política. Ser intelectual en los Estados Unidos a veces equivale a vivir aislado en la vida privada, pensando, pero pensando también con cierto sentimiento de humillación en lo poco que puede lograr el pensamiento. Buscar en una novela norteamericana una resolución dramática fundamentada en una idea, equivaldría a buscar algo para lo que casi no existe el menor precedente.

Mi novela enfoca el sentimiento de humillación que engendra la mezcla, muy norteamericana, de intereses personales e intereses intelectuales. Parece que gran parte de los lectores de mi libro pasaron esto por alto. Algunos, por fortuna, sí se fijaron en ello. Hasta cierto punto, *Herzog* se propone llevar a su culminación —bajo una luz cegadora— una serie determinada de sucesos. Mucha gente piensa que la vida privada es una calamidad. En cierto sentido, es una verdadera calamidad que aísla de la vida común. Para mí, uno de los aspectos más significativos de *Herzog* es el de la reclusión del individuo en una vergonzosa e impotente vida privada. Se siente humillado por ella; lucha cómicamente contra ella; y acaba por darse cuenta de que lo que consideraba su "privilegio" intelectual era otra forma de servidumbre. Quien no caiga en la cuenta de esto, tampoco caerá en la cuenta de lo que el libro significa. Por lo tanto, es enteramente falso decir que las acciones de Herzog no están motivadas por ideas.

Cuando el público se queja de la falta de ideas en las novelas, quiere decir que no encuentra en ellas ideas que le sean familiares, ideas que estén de moda. Si se refiere a ideas "a la Sartre" o "a la Camus ", tiene razón; en *Herzog* hay pocas ideas de este tipo. Quizá se quiera decir que los pensamientos de un hombre que lucha por su salud mental y por la vida, no son de lo más apropiado para poner en un marco.

—¿No es verdad que Herzog rechaza algunas de las ideas en boga, ideas a la Sartre o a la Camus?

—Creo que primero las pone a prueba en el ámbito de su propio sentido de la vida y de su desesperada ansia de claridad. Para él, estos pensamientos no constituyen un juego. Aun cuando se ría al pensarlos, su supervivencia depende de ellos. No enzarcé a Herzog en una lucha a brazo partido con figuras como Sartre. A menudo, Herzog se enfrenta a las ideas con una actitud negativa. Le es preciso descartar una

mole inmensa de tonterías y de cuestiones que no vienen al caso, para poder sobrevivir. Nos vemos obligados a formular infinidad de juicios. Podemos caer abrumados simplemente por la necesidad de discernir entre una multitud de postulados. Debemos descartar infinidad de pensamientos si queremos vivir una vida que pueda calificarse de humana. A veces parece que día tras día, durante toda la semana, estamos sometidos a juicio, obligados a responder preguntas y a dar con toda claridad cuenta de nuestros actos. ¿Cuándo vive uno? ¿Cuándo vive uno, dado que es preciso formular juicios incesantemente?

—Se acepta, en gran parte, que Herzog haya rechazado ciertas ideas, pero...

—...no queda muy claro el porqué de ese rechazo. El escepticismo de Herzog en lo concerniente a las ideas, es muy profundo. Aunque a menudo se acusa a los judíos de ser racionalistas "sin raíces", un hombre como Herzog sabe perfectamente que los hábitos, las costumbres, las tendencias, el temperamento, el atavismo y la capacidad de reconocer los hechos reales y humanos pesan tanto como las ideas.

—Usted ha hablado de que basar una novela en ideas tiene efectos ruinosos. ¿Se refiere usted a la estructuración de una novela que tenga por base un concepto filosófico?

—No. No me opongo a ese tipo de estructuración. Tampoco me opongo a que las novelas se basen en conceptos filosóficos, ni a que se basen en cualquier cosa que dé resultado. Pero echemos un vistazo a una de las ideas que predominan en el siglo XX y que ha sido aceptada por muchos artistas modernos: la idea de que la humanidad ha llegado "a la terminal". Se encuentra esta idea de la terminal en escritores como Joyce, Céline, Thomas Mann. En *Doktor Faustus,* de Thomas Mann, la política y el arte se confabulan para destruir la civilización. Esta es una idea que reaparece en algunos de los más grandes novelistas del siglo XX. Pero, ¿es una buena idea? Han sucedido cosas horrendas pero, ¿puede decirse que la interpretación apocalíptica haya dado en el clavo? La civilización sobrevive hasta la fecha. Las profecías no se han realizado. Se equivocan los novelistas si introducen una interpretación de la historia en los fundamentos de la creación artística, con el fin de decir "la última palabra". Es preferible que el novelista tenga confianza en su propio sentido de la vida. Es una actitud menos ambiciosa, pero con mayores probabilidades de decir la verdad.

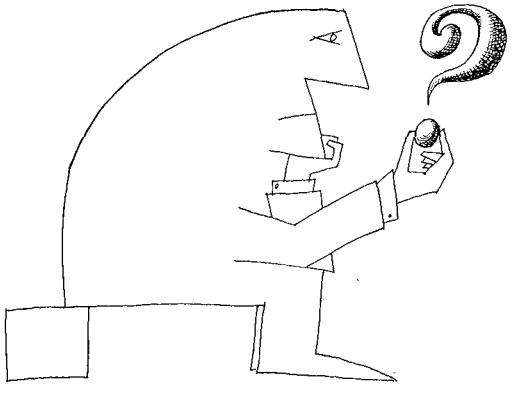
—Frecuentemente, en las novelas de usted, el protagonista lucha para que no lo devoren las ideas o versiones que los demás tienen de la realidad. Parece, en ocasiones, que intenta usted enfrentar el protagonista

a toda la gama de dilemas contemporáneos, como sucede, pongamos por caso, en Augie March *o en* Herzog. *¿Fue esto intencional?*

—Son cuestiones tan complicadas... Naturalmente, esos dos libros se enfrentan a la libre determinación. No creo que planteen con éxito la cuestión, la expresan en forma restringida. Creo que salí del atolladero por la vía más fácil. Me parece que en mis libros he preguntado lo siguiente: ¿Cómo es posible resistir a la fiscalización de esta sociedad desmesurada sin convertirse en nihilista, y evitar el absurdo de una rebelión sin sentido? También he preguntado: ¿Existen otras formas de resistencia y libre determinación de mejor índole? Supongo que, como la mayoría de los norteamericanos, favorecí involuntariamente los aspectos más reconfortantes o tolerantes de la cuestión.

No quiero decir que debí haber sido más pesimista, dado que me he convencido de que el pesimismo en casi todas sus formas es tan vacío como el optimismo. Pero estoy obligado a conceder que en el enfoque de estas cuestiones no llegué a la profundidad requerida. No puedo recriminarme por no haber sido un severo moralista. Siempre puedo aducir como disculpa que, después de todo, no paso de ser un escritor de novelas. Pero no me siento satisfecho con lo que hasta la fecha he realizado, aunque exceptúo lo que cae dentro de la vena cómica.

Debo, con todo, agregar esto: Invariablemente, los franceses consideran que las respuestas a tales preguntas —a todas las cuestiones referentes a la verdad— son abrumadoras, sin ninguna afinidad con nosotros, hostiles a nosotros. Aun así, es posible que la verdad no tenga siempre ese carácter punitivo. Yo he tratado de sugerirlo en mis libros. Pueden existir verdades que pertenezcan al bando de la vida. No tengo inconveniente en reconocer que, en calidad de mentirosos inveterados y habituados a engañarnos, tengamos muy buenas razones para sentirnos atemorizados ante la verdad; pero, aun así, no me decido a abandonar toda esperanza. Después de todo, es posible que en el universo existan ideas amigas.



UN PROVINCIANO EN NUEVA YORK

Por Willie Morris

Las memorias literarias están regadas de desinflados egos y destrozadas esperanzas de jóvenes escritores que llegaron llenos de ánimo a la capital cultural de la nación sólo para ser despreciados o, lo que es aún peor, pasar inadvertidos.

En el siguiente extracto de *North Toward Home* (Por el Norte Hacia Casa), publicado por Houghton Mifflin, Willie Morris describe su propia experiencia en este sentido, dando un desusado toque de comedia a esta triste historia de la propia estimación herida.

Desde el fracaso que se relata aquí, Willie Morris ha tenido notable éxito para ser un provinciano en Nueva York, ciudad a la que llama "La Gran Caverna". A la edad de 32 años este escritor, nacido en Misisipí y educado en Tejas, llegó a ser el director más joven de la revista *Harper's,* la más antigua de los Estados Unidos y todavía una de las más interesantes.

Nuestra literatura está llena de jóvenes como yo que llegaron de las provincias a la Gran Caverna, buscando la participación en un mundo que, visto desde el exterior, parecía maravilloso e incomparable, esperando siempre alcanzar una vaga especie de "realización" literaria. En la década de 1960, como siempre, desde que Nueva York llegó a ser nuestro mercado periodístico y literario, había miles de ellos apiñados en derredor del gran eje de las editoriales, los periódicos y las transmisoras; comenzaban con salarios minúsculos y vivían en claustrofóbicos e inhóspitos apartamientos sin ascensor, luchando con los horribles y extraños trenes subterráneos dos veces al día, adaptándose al increíble ruido y amontonamiento. La mayor parte de ellos fracasarían, los más ingeniosos e inteligentes quizá pudieran salir adelante.

¿Por qué vinimos? No porque los materiales que necesitábamos para trabajar no existieran en los lugares que conocíamos mejor. No sólo por la fama y el dinero y el éxito, porque esto lo habríamos podido tener algunos, y quizá de una manera más civilizada, en lugares alejados de Nueva York. Ni aun porque quisiéramos ponernos a prueba donde ésta era más difícil, ni por curiosidad de ver cuán buena era la competencia. Vinimos, los más ambiciosos de nosotros, porque *teníamos* que hacerlo, porque la irresistible llamada de la capital cultural, cuando el deseo de viajar es fuerte, resulta imposible de resistir.

Sin embargo, siempre había peligros secretos para estos jóvenes pro-

© 1967, Willie Morris

vincianos que vivían en la ciudad. Se volvía peligrosamente fácil volver la espalda al propio pasado, a los aislados lugares donde uno se crío y maduró, en beneficio de un conveniente "refinamiento" muy de moda. Existía la tentación no sólo de ser descuidado, sino de mentirse en las cosas más características de la propia personalidad.

El mundo literario y el de la publicidad de Nueva York eran peligrosas posiciones para comprender al resto de los Estados Unidos. Había un marcado sentido de superioridad que equivalía a una especie de desconfianza hacia otros lugares de los Estados Unidos. Esto siempre había sido así y el sentimiento probablemente se acentuaría al disminuir cada vez más el viejo regionalismo y al volverse las ciudades del este el centro de una intelectualidad argumentadora y comprometida. Al llegar por primera vez a la gran Caverna, probablemente el sensible forastero entablaría pronto una imperceptible batalla interior consigo mismo sobre el sentido más fundamental de su propio origen. Era esta lucha, cabalmente entendida, la que finalmente podía dar a Nueva York su peculiar y maravilloso valor como lugar, porque ponía a prueba lo que uno era, en la forma más honda y retorcida posible.

* * *

La primera mañana de mi estancia en Nueva York me levanté temprano para ir en busca de trabajo. Recomendado por un amigo mío, había hecho una cita con un conocido editor (me lo habían descrito como un "hombre difícil", una brillante descripción para cualquiera en esos días) de una importante compañía publicitaria. Atravesé la plaza Washington, pasando frente a las sepulcrales bodegas de la Universidad de Nueva York, a las magníficas casas viejas del lado norte que aún tenían que caer bajo el martillo del demoledor, y a las torres de apartamientos de ladrillos rojos del lado oeste.

Me senté en una banca con intención de matar una hora, y miré a los viejos jugando al ajedrez en las mesas de concreto y a los ociosos y vagabundos congregados en pequeños círculos inquietos, sacando actividad de la nada. También de la nada surgieron dos melenudos jóvenes con sandalias que se sentaron en mi banca y me abordaron. "¿No me podría dar 15 centavos para una taza de café?", me preguntó uno. Le di los 15 centavos. Entonces dijo el otro: "¿No me da 50 centavos para una *Partisan Review?*" Al negarme se encogió de hombros, susurró "¡Anticuado!" y él y su compañero se marcharon caminando lentamente.

Yo me quedé allí, haciendo una lista de mis obligaciones privadas. Además de conseguir trabajo para mantener a una familia, tenía que encontrar un apartamiento con suficiente espacio para que un niño de tres años vagara a su antojo, quizá cerca de un gran parque, de preferencia con vista a algún estanque o algo parecido; un lugar con un estudio, paredes de obscuro roble, y desde el cual pudiera caminar a mi oficina. Empecé a sentirme como no me había sentido desde mi segundo

año en la Universidad de Texas, como Thomas Wolfe se sintiera al venir al norte, a esta Roca. *Sólo los muertos conocen Brooklyn,* dijo, y le publicaron un libro, fue a cocteles literarios en lujosos apartamientos de Park Avenue, estuvo en sus terrazas, oyó el tintineo del hielo en los vasos de editores, críticos y autores, y vio encenderse las luces de Manhattan. Desde entonces, sintió que no moriría jamás.

* * *

Después de tres meses en Nueva York fuimos invitados, mi esposa Celia y yo, junto con un político e intelectual tejano amigo nuestro que nos visitaba, llamado Malcolm McGregor, a nuestro primer verdadero coctel literario, en un gran apartamiento de la parte alta del lado Este. El anfitrión, un colega de una casa editorial, me advirtió que todo el mundo iba a estar allí. Esperaba el acontecimiento con ansia, aprehensión y curiosidad, porque sabía de buena fuente que las grandes reuniones literarias de Nueva York dependían no sólo de la provisión de bebidas sino también de alguna sutil cualidad eléctrica del ambiente. Si ésta se presentaba, gente que normalmente era grosera se mostraba amable, y gente que normalmente era amable haría lo contrario y esto daría a la noche el toque de lo inesperado. Había conocido a personas del mundo literario, dos o tres escritores famosos en giras de conferencias, y uno o dos editores, pero nunca había visto al legendario mundo de la literatura de Nueva York *en masse.*

Esa semana releí *The Web and the Rock* (La Red y la Roca), que trata de las reuniones literarias que Esther Jack planeaba para Thomas Wolfe (de Ashville, Carolina del Norte) y los relatos de Sherwood Anderson (de Clyde, Ohio) en Nueva York, y cómo se portó Sinclair Lewis (de Sauk Center, Minnesota) durante sus primeros días en escena, y lo que hizo Faulkner (de Lafayette County, Misisipí) en sus visitas a la Gran Caverna. También me di cuenta de que en estas confrontaciones el primero había sido inocente, el segundo pendenciero, el tercero borracho y el cuarto distante.

* * *

Era una hermosa noche de otoño, el aire limpio y fresco, la Caverna resplandeciente. Fuimos en taxi y miramos a los ricos —todos lujosamente vestidos— salir de los hoteles y de los costosos apartamientos al comenzar su noche del viernes y esperar bajo los anchos doseles mientras los porteros con sus morados uniformes como de banda de guerra hacían sonar sus silbatos para llamar la atención de los taxis y limosinas. Las hojas de los arbolitos del camellón formaban sobre el pavimento modestos remolinos, que, a pesar de su modestia, eran bonitos para la capital cultural en aquella tarde.

El taxi se detuvo ante el edificio, una de esas austeras e inmensas construcciones con vestíbulos brillantes y adormilados porteros de des-

lucidas chaquetas: una casa de Riverside Drive. En el décimo piso fuimos calurosamente recibidos por nuestro anfitrión, quien nos escoltó hasta un enorme cuarto casi lleno de gente. Ante dos bares se aglomeraba la gente. En poco tiempo fuimos presentados a dos distinguidos críticos literarios, a un conocido editor y a un escritor de teatro de vanguardia. ¿Debía tratar de hablar con uno de los críticos sobre su *trabajo,* sobre el revelador y gran estudio suyo que yo había leído en 1954, a las tres de la mañana en Brackenridge Hall en la Universidad de Texas, para aprender lo que era la *crítica?*

Tratamos de hablar con ellos, McGregor, mi esposa y yo, pero ellos no parecieron considerarnos gran cosa. Continuaron charlando entre sí, sin prestar mucha atención a lo que se les decía, y después de unos minutos hicieron un semicírculo y nos olvidaron por completo. Nos fuimos a un rincón, un tanto humildemente y sin mirarnos, y desde allí observamos la fiesta.

Unos segundos después, tuve la clara impresión de que cada uno de los asistentes observaba a los demás. Se oían unas cuantas discusiones ideológicas, pero, aparte de éstas descubrí que sobre el hombro de sus acompañantes la gente observaba descaradamente quién estaba y qué pasaba en otros grupos. Del otro lado de la sala, Norman Mailer, de encrespado pelo y lengua mordaz, había iniciado una perorata imposible de interrumpir; era, sin lugar a dudas, la mayor atracción de la noche, y se había ganado la atención de una docena de personas de la Universidad de Columbia. Una *enfant terrible* de la literatura neoyorkina, hermosa dama de unos 30 años, que de repente se había convertido en el tema de muchas conversaciones en la Caverna, lucía un brillante vestido chino y conversaba con un esbelto novelista de aspecto cansado, ganador del Premio Nacional del Libro hacía tres años.

Sentado en el suelo, frente a un sofá, rodeado de jóvenes admiradores, un conocido hombre de letras hablaba rápidamente y en tono monótono de las críticas de T. S. Eliot. Me acerqué al sofá a ver si pescaba algo de aquella cátedra y porque quería ver de cerca la gran melena del hombre. Me di cuenta de que no se había puesto bien la corbata y que le había quedado sobre el cuello de la camisa, pero no se lo iba a decir. El anfitrión, al vernos tan solos, nos llevó donde un famoso crítico de arte y un joven escritor de una de las revistas literarias trimestrales. Nos presentaron como recién llegados de Tejas; pero, a pesar de nuestros esfuerzos, no hubo cortesías de ninguna especie: sólo un helado saludo. Después del breve silencio que impone la urbanidad, el crítico de arte y el joven y brillante editor reanudaron su conversación, haciéndome recordar la vez que un norteamericano, ganador de una beca Rhodes y recién llegado a New College, en Inglaterra, se había dirigido a un aristocrático estudiante inglés diciendo: "Soy Dick Burtis, de los Estados Unidos" y el inglés le había contestado: "¿De veras?"

Decidí retirarme de allí. Vagué por la sala tratando de oír algo de

las conversaciones y reconocí a algún escritor, profesor o crítico, por las fotografías que había visto en las cubiertas de los libros, o porque aparecían en el canal educativo de la televisión. Una bomba que cayera en medio del salón acabaría con la crema y nata de las letras del oriente del país. De vez en cuando, veía a algún editor que había conocido antes en la ciudad, por cuestiones de trabajo; pensé que, al verme, inclinaría un poco la cabeza, sin acabar de reconocerme.

Nuestro infatigable anfitrión me llevó donde mi esposa y después nos condujo a los dos del brazo ante una conocida escritora, una de las más cáusticas críticas de una famosa revista recién surgida. Había "comido" con ella unos dos meses atrás y me di cuenta de que hablaba vehementemente con un historiador de los EE. UU., uno de mis grandes ídolos. "Ah, sí", dijo desviando la mirada un momento; "Misisipí... Texas... ¿verdad?" Me apresuré a alabar su buena memoria. "Harper's, ¿no?" ¿Y qué tal se siente *allí?* Su *allí* tenía algo de cortante. Después de eso, ella y el historiador continuaron hablando entre sí y una vez más mi esposa y yo nos dirigimos a una esquina neutral. Saludé de lejos, con la mano, a un editor con el que había tenido una entrevista el día de mi llegada; me miró fijamente y contestó a mi saludo con un débil movimiento de la mano derecha, agitando el dedo meñique antes de darme la espalda. "Vámonos a casa", dijo mi esposa.

De repente, entre el humo de los cigarrillos, apareció McGregor. Estaba solo, apoyado contra la pared, tomando whisky en un vaso de cerveza. Nos dirigimos a él.

—¿Qué tal te ha ido, McGregor?— le pregunté.

—Esta gente es demasiado para mí; me siento como un tallo movido por el viento. Traté de hablar de política y conté uno o dos cuentos, pero no pasó nada. Ese señor de allá —señaló una figura en medio de un gran grupo de gente— me dijo: "¿El Paso? ¡Dios mío!" Hemos estado aquí durante 45 minutos y he metido la pata tres veces. Hasta le dije a Norman Mailer cuánto me gustaba su libro *From Here to Eternity* (De Aquí a la Eternidad).

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué te contestó?

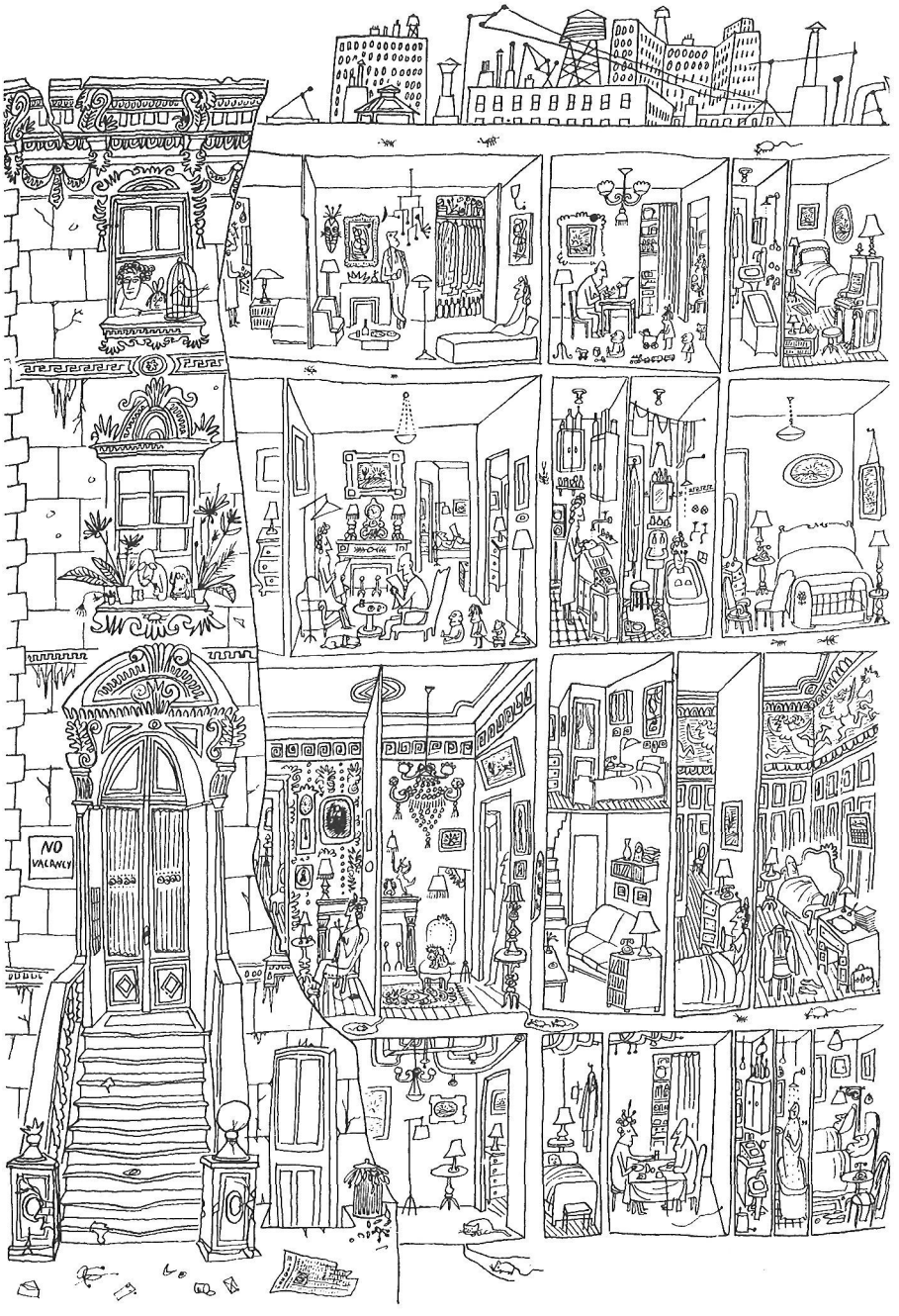
—Que también le gusta a James Jones.

—Vámonos a casa —repitió mi esposa.

Nos escabullimos fuera de la sala y nos metimos en el ascensor.

—Bueno, ¿qué esperaban?— dije cuando llegamos a la calle, más para mí que para los demás. McGregor dijo "¡Diablos!" El no sabía que esperar, así que no había esperado nada. Mi esposa comentó que había esperado que esa gente fuera un poco más educada. Teníamos otras costumbres y veníamos de lejos, pero para ellos sólo existíamos en sus propios términos. Ese era su medio y no querían sorpresas, ni ayudar a nadie. Su enojo era cada vez más evidente. Sí, eran la élite, de acuerdo, repetía McGregor. Después de eso, nadie habló. El taxi bajó velozmente la gran colina de Riverside entre la niebla de la noche. Del Hudson nos

llegó el lejano eco de la sirena de un barco. Una vez en casa, hablamos de las gentes que conocíamos y queríamos, tratando de olvidar la reunión. Pero bien sé que todos nos sentíamos un poco heridos y terminamos hablando por teléfono a siete diferentes personas de Texas, Louisiana y Carolina del Norte.



LA NUEVA IZQUIERDA Y LOS VALORES LIBERALES

Por Daniel P. Moynihan

Descrito por un reportero como "historiador-sociólogo-escritor-político-experto en asuntos urbanos" y como "tábano en las filas de los intelectuales liberales del país", el doctor Moynihan es actualmente consejero especial de asuntos urbanos del Presidente Nixon. Como subsecretario del trabajo durante los gobiernos de Kennedy y Johnson ayudó a elaborar el programa federal contra la pobreza. Desde 1966 hasta su presente nombramiento dirigió el Centro Conjunto de Estudios Urbanos de Harvard y el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Entre las obras del señor Moynihan se cuentan *Beyond the Melting Pot* (Más Allá del Crisol), estudio de los grupos minoritarios de Nueva York, escrito en colaboración con Nathan Glazer; un estudio muy discutido: *The Negro Family: The Case for National Action* (La Familia Negra: Un Caso para la Acción Nacional) y más recientemente, *Maximun Feasible Misunderstanding* (El Mayor Equívoco Posible), crítica a los programas contra la pobreza. El siguiente artículo se tomó de una versión más extensa que apareció en *The American Scholar* y que originalmente se presentó como la conferencia Phi Beta Kappa en la Universidad de Harvard, en junio de 1967.

Una de las características que definen el período de la historia actual que comenzó, aproximadamente, con el asesinato del Presidente Kennedy ha sido el surgimiento de protestas extendidas y radicales entre la juventud norteamericana. En realidad, este movimiento está en proporción, y en cierta medida asociado, con la protesta aún mayor por el curso que ha seguido la políticca exterior norteamericana. Pero hay una distinción entre los que no están de acuerdo con las decisiones tomadas por el sistema actual y los que se oponen al sistema mismo. En este momento hay una gran medida de disensión de las dos clases pero la última es la más singular y ciertamente, la más importante.

Después de un período (la década de 1950) en que repetidamente se acusaba a la juventud universitaria de aquiescente conformismo, este movimiento ha tomado por sorpresa a la generación de la Segunda Guerra Mundial. Empero, aún hay que ver si algo podemos aprender de este sorprendente e inesperado acontecimiento.

© 1967 United Chapters of Phi Beta Kappa

Necesariamente, tendemos a interpretar los sucesos presentes a la luz de pasadas experiencias. Sin embargo, yo añadiría que hasta hoy hemos estado frente a analogías que dan lugar a confusión. Hemos estado viendo en la extravagancia de los hippies, el rencor de la alienada juventud universitaria y la violencia de la Nueva Izquierda, poco más que mutaciones de la vieja bohemia, el eterno conflicto entre las generaciones y quizá, la persistencia del radicalismo neo-marxista. Podemos estar equivocados. Posiblemente se esté gestando algo más importante. Quizá estemos presenciando las primeras herejías del liberalismo.

En su contexto más usual las herejías suelen ser opiniones religiosas contrarias al dogma establecido por una iglesia. Parecerá extraño que lo use para describir un fenómeno tan poco relacionado con la religión como los Estudiantes por una Sociedad Democrática. Algunos también podrán alegar que, como las doctrinas del liberalismo se derivan de la experiencia, antes que del juicio, no puede haber una opinión liberal final en cuando a nada y por lo tanto ninguna final disensión herética de dichas opiniones.

Sugiero, sin embargo, que el origen del fenómeno de protesta que observamos hoy es más psicológico que doctrinal, y que para la juventud actual el liberalismo secular se presenta como un sistema de "doctrinas establecidas y generalmente aceptadas" en la misma medida en que lo hiciera el cristianismo, por ejemplo, cuando era la creencia legalmente prescrita del Sacro Imperio Romano o de la colonia Massachusetts Bay.

El Liberalismo como Credo

Las doctrinas del liberalismo pueden ser elusivas, por supuesto. Es una ideología que no está demasiado segura de sí misma, salvo en el punto de que es muy preferible a cualquier credo que lo esté. Los liberales no dejan de tener sus códigos pero tienden a ver en las instituciones los almacenes de sus creencias; el liberalismo es, en todos sentidos, tanto una forma de hacer las cosas cuanto un tratado de proporciones sobre lo que hay que hacer. Hay, desde luego, cismas y confusión. Pero, como esencialmente tiene una fe optimista en el progreso, la tolerancia, la igualdad, el imperio de la ley y la posibilidad de alcanzar una alta y durable medida de felicidad, aquí, en la tierra, el liberalismo es el credo casi universal más aceptado entre las élites gobernantes de Occidente.

La fe religiosa persiste, y hasta crece, pero lo hace en privado: las creencias en lo sobrenatural casi no tienen influencia en el curso de los acontecimientos. Triunfa el liberalismo secular. No es de sorprender por consiguiente, y en particular tomando en cuenta el gran valor que el liberalismo atribuye al escepticismo y la investigación, que se le empiece a poner en tela de juicio.

Ciertamente, es notorio que entre los literatos más eminentes de este

siglo los valores liberales de la mayor parte de la sociedad se han visto con un desinterés que va desde la indiferencia hasta el aborrecimiento, pero todos estos hombres nacieron en el siglo XIX y crecieron en un mundo que tenía, o creía tener, otras alternativas que la de apostatar del tradicionalista y jerárquico pasado cristiano y abrazar el nuevo credo. Estos escritores creían un error hacerlo; se negaban a dar su aprobación.

De ahí que pudiera parecer ridículo y quizás aun poco patriótico que un muchacho de San Luis como T. S. Eliot mostrara demasiado entusiasmo por la iglesia de Inglaterra y la familia real, pero esto no se consideraba absurdo. Los jóvenes norteamericanos de hoy no tienen esa opción. El presente liberal es lo único que conocen y, si no les gusta, lo que tampoco es extraño, su única alternativa es considerar su posible evolución al no tener posibilidad de regresar a lo antiguo.

Lo que sigue es muy parecido a una crisis espiritual y, como los individuos y comunidades que las han afrontado en el pasado, algunos jóvenes caen en el quietismo y la indiferencia, otros se refugian en varias formas de histeria estabilizada en tanto que otros más deciden examinar la doctrina misma y, con un ánimo de revelación intensamente sentida, rechazan aun los fundamentos de la ortodoxia.

Lo que resulta más impresionante del actual movimiento de protesta es el grado en que sigue, en cuanto a estilo y estructura, a las grandes herejías que han asolado a las instituciones religiosas de otras épocas, "Brillaba el sol", escribe Samuel Beckett en el pasaje de introducción a *Murphy,* "al no tener alternativa, sobre lo nada nuevo".

Hoy día las formas de protesta juvenil son muchas y, por supuesto, no todas visibles. Pero hay tres grandes grupos de tipos de comportamiento que se parecen lo suficiente para dejar ver una tendencia central en cada uno y para ofrecer posibles analogías con fenómenos anteriores.

No Captura sino Transformación

La tendencia que parece más familiar, y la que por esa misma razón posiblemente sea la más engañosa, es la de la Nueva Izquierda. Resulta familiar porque ha tomado una forma conocida: la organización de un grupo al que definen su objetivos políticos. Empero, en realidad puede existir en ella algo completamente nuevo, dado que la meta de la Nueva Izquierda no es apoderarse del sistema sino transformarlo. Los movimientos radicales de antaño estaban profundamente involucrados en las cosas tal como son y, debido en especial a las ideas de Marx sobre el determinismo económico, en gran parte privaron de toda base *moral* ese desafío al capitalismo liberal. El sistema tenía un destino que se estaba volviendo inalcanzable, a pesar de las intenciones, buenas o malas, de mortales lo bastante ignorantes de las leyes económicas para suponer que ellos y no las cosas tenían el mando.

La vieja izquierda era tan "materialista" y "realista" que se valía de esos mismos términos para describir uno de sus dogmas fundamentales. Como escribió Richard Blumenthal, de la generación de 1967 de Harvard, en *Nation,* es precisamente ese "craso materialismo" el que rechazan los Estudiantes por una Sociedad Democrática (ESD).

Les disgusta, sobre todo, la forma en que se "deshumaniza" a la sociedad moderna. El "principal y más trascendental" interés de la sociedad, escribe Tom Hayden, "debe ser el desarrollo y refinamiento de las cualidades morales, estéticas y lógicas del hombre, de una manera que permita la genuina independencia".

Cualquiera que sea la forma en que eso se logre, añade Blumenthal, no será la de la "casa de campo" y el "garaje para dos autos". Los propósitos del movimiento son anti-ideológicos, aun "anti-intelectuales". Es precisamente ese compromiso racional con la lógica y la estabilidad lo que aborrecen estos jóvenes.

A últimas fechas se han dedicado a construir las que llaman "bases independientes de poder" entre los pobres, pero lo que más sorprende de la famosa declaración de Port Huron, que el ESD adoptara en 1962, es que apenas, y sólo indirectamente, menciona problemas como la pobreza. Se dirige exclusivamente a intelectuales de la clase media y a estudiantes universitarios: "Los miembros de esta generación, criada al menos con todo lo indispensable, que habita hoy día las universidades, y ve con descontento el mundo que heredamos". El mundo a su alrededor estaba tan satisfecho con la prosperidad económica que llegó a suponer que había alcanzado la estabilidad, donde en realidad sólo había estancamiento.

El Entusiasmo frente a la Razón

El tema de la declaración de Port Huron es que el hombre debe vivir en lugar de existir simplemente. "Algunos quisieran hacernos creer que los norteamericanos se sienten contentos en medio de la prosperidad, pero, ¿no será este aparente bienestar más bien un transparente escudo sobre la profunda ansiedad que sienten ante su papel en el nuevo mundo?" El hombre, declararon, había aceptado el papel de consumidor antes que el de creador. Su capacidad de amar, de crear, de sostener relaciones provechosas con su prójimo se perdía entre la maquinaria del gobierno. El ESD proclamó un sistema social en el que los hombres no sólo pudieran compartir un destino común sino participar, además, en la construcción de ese destino. "Creemos en la clase de generosidad que imprime las cualidades únicas e individuales de cada hombre en toda actividad humana y en sus relaciones con sus semejantes". En la consecución de tal

meta, el Producto Nacional Bruto es ciertamente un burdo índice de éxito. ¿Quiénes son estos exaltados jóvenes? Sugiero que son cristianos que llegaron al escenario de la Roma del siglo II. James Anthony Froude, en su gran ensayo victoriano "Orígenes y Celso" nos descubre un poco de ese mundo en su reconstrucción de la mente del epicúreo Celso, contemporáneo de Marco Aurelio, que compuso un tratado sobre la falta de lógica y las impresiones de la doctrina cristiana, de tanta fuerza aparente que el mismo Orígenes se echó a cuestas la tarea de rebatirlo. El siglo II no era muy distinto del siglo XX. Era un mundo tolerante que se conocía demasiado bien para esperar que las acciones estuvieran siempre de acuerdo con las palabras. "En medio de esta extraña escena de impostura, libertinaje, entusiasmo y sed de luz", escribe Froude, "de Palestina surgió el cristianismo con su mensaje de sublime humildad". ¿Quiénes eran estos cristianos? Eran, antes que nada, unos exaltados: "Malos ciudadanos que se negaban a desempeñar cargos públicos y a servir en el ejército; que aunque demandaban tolerancia para su propio credo, no la tenían para otros; que llamaban demonios a todos los dioses menos el suyo". No tenían templos ni altares ni imágenes y se gloriaban de ello.

"Los padres y los tutores, dicen, están locos o ciegos, son incapaces de comprender o hacer algo bueno, tan entregados están a vanas fantasías. Sólo los tejedores y los remendones son sabios, sólo ellos conocen el secreto de la vida, sólo ellos pueden enseñar el camino a la paz y la felicidad". Eran ignorantes de las ciencias, pero eso no les importaba. Tampoco tenían un gran interés en la gente respetable que observaba las reglas de la sociedad y trataba de mantenerla en marcha; sólo se preocupaban por los descastados y los miserables. Ser un pecador, parecían querer decir, es la única manera segura de salvarse. En general tenían un carácter sedicioso y revolucionario.

Esa gente confundía a Celso. Si hablaba de ellos agriamente era porque él mismo estaba amargado. Se le puede imaginar pensando, si bien no llegando a poner en el papel: "¿No se dan cuenta de cuán precario es el equilibrio de las cosas, de cuán fácilmente puede derrumbarse todo?"; y era, en todos sentidos un hombre honrado y razonable.

"Consideraba", escribe Froude, "que los asuntos humanos se pueden arreglar mejor atendiendo y obedeciendo a las reglas de los hechos reales, y que la superstición, no obstante lo honorable de sus objetivos o sus aparentes buenos resultados, a la larga sólo puede resultar perjudicial. Los exorcistas, charlatanes y sus entusiastas seguidores surgían por doquier, pretendiendo una misión del mundo invisible".

¿Puede haber alguna duda de que la Nueva Izquierda habla a la razonable, tolerante y sensata sociedad de hoy con la misma intolerancia, necedad e imprudencia, pero posiblemente también con la misma verdad, con que los absurdos cristianos hablaran a la Roma Imperial?

Crisis de Identidad

Los jóvenes de la Nueva Izquierda saben lo que quieren. Un grupo más grande y menos definido se puede describir mejor por lo que no quiere, que es precisamente lo que tiene. Así puede describirse a los llamados alienados estudiantes de la generación actual. El psiquíatra Seymour L. Halleck recientemente dijo de ellos: "Viven en un estado de crisis de identidad crónica... [sus] constantes gritos de '¿quién soy?, no sé lo que creo, no tengo identidad' van acompañados de una sorda ansiedad que es, no obstante, continua y omnipotente".

Las comodidades nada significan y la mayor libertad personal que les llega al crecer es, como todo, un reto al que el individuo responde con un "peculiar retraimiento y apatía... no habiendo podido construir un sistema interno de valores que le permita tomar decisiones en la vida, se queda paralizado cuando el mundo exterior cambia sus guías y prohibiciones".

Esta persona, informa el doctor Halleck, ocasionalmente se mezclará en movimientos universitarios de protesta y se interesará en ellos durante algún tiempo, pero no mucho, lo que quizá sea mejor, ya que "cuando llega a dedicarse en cuerpo y alma a un movimiento activista, se puede caracterizar por ser el miembro más furioso e irracional del grupo". El sexo y las drogas son su escape, pero no uno muy feliz. Lo tienen todo, pero nada les sirve.

¿Acaso no hemos visto a este individuo en la historia, dejando una religión que lo traicionaba, rechazando sus leyes y adoptando en su lugar normas de conducta totalmente derivadas de recursos personales internos? Si el objetivo de una sociedad secular liberal es conseguir la felicidad humana, de ello se sigue que aquellos que la rechacen estarán escogiendo ser desdichados y volverán sus ojos a la espiritualidad, con desesperación antes que en éxtasis.

Nathan M. Pusey, presidente de la Universidad de Harvard, ha expresado sus serias dudas sobre "la idea de que la forma de lograr la civilización es comenzar de nuevo", pero no puede negarse el atractivo de esta opinión para las personas que inexplicablemente encuentran que la sociedad no les da las satisfacciones que confiadamente les promete.

El Nirvana, Ahora

Desde luego los más notorios de los nuevos protestantes son los que no protestan, los que se limitan simplemente a sonreír, agitar margaritas, cubrir las paredes de sus cuarteles con inscripciones que sugieren que se "legalice la existencia" y a usar una variedad de botones de protesta de su invención cuya quintaescencia demanda, con la más pura obstinación, "El Nirvana, Ahora". Son los hippies. Lirios del campo. Barbudos

y en sandalias, viven de aire, amor y ¡ay!, drogas. No tratan de cambiar la sociedad, sino de no tener nada que ver con ella. Andan en busca de experiencias místicas e internas, por una parte, y tribales, por la otra. El moderno estilo norteamericano del eficiente individuo funcionando en una sociedad coherente pero de competencia no es para ellos.

Suponiendo que así sea, ¿importa? Yo creo que sí. En primer lugar, estas personas importan: entre ellas se cuentan algunos de los mejores espíritus de la época. Un liberal debe lamentarse por la pérdida de la fe de otro, tanto como lo haría un hombre religioso. En segundo lugar, estos adolescentes tratan de decirnos algo. Seguramente fue Chesterton quien describió la herejía como virtud desviada. Por lo tanto es posible no sólo simpatizar con la nueva protesta, sino también ver mucho de lo que vale en ella. Al mismo tiempo, tenemos el deber de hacer notar lo que resulta peligroso. Es muy probable que el movimiento de protesta crezca en lugar de desaparecer, ya que la clase media educada de donde viene su fuerza está aumentando y pronto será el grupo social predominante en los Estados Unidos.

La Política del Desorden

Más aún, las formas de protesta seguramente tendrán un impacto tremendo, por la sencilla razón de que su objeto no es re-dirigir el sistema sino desorganizarlo, y esto nunca resulta difícil de hacer. Sería perfectamente posible que este desorden llevara al poder a las fuerzas de derecha, y para algunos, ésta es ciertamente una estrategia evidente.

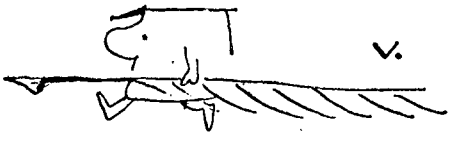
Cuando un miembro del Gabinete visitó Harvard como huésped de honor pero bajo ciertos arreglos que no les convenían, los estudiantes de la Nueva Izquierda se posesionaron de su persona. Esas tácticas anonadaban a la civilización en los primeros años de la Italia fascista. No son menos objetables en la Universidad de Harvard. El radical tradicional Tom Kahn ha descrito a la Nueva Izquierda como "pánico disfrazado de superioridad moral", y otros han notado cómo ese pánico produce, sutilmente, una fascinación por la violencia, la más atroz de las herejías liberales.

Ver la historia como una ansiosa evolución de la superstición primitiva al racionalismo liberal es una tontería que ya no logrará hacerse aceptar por nadie. Sin embargo, yo no condenaría el tema de la nueva serie de J. H. Plumb *The History of Human Society* (La Historia de la Sociedad Humana), "la presente condición del hombre es superior a la pasada". Las cosas están mejor, sobre todo en las democracias industriales liberales del norte del Atlántico. Sostengo que esos regímenes son de entre todos los que se han ideado, los que mejor se acomodan a la condición humana, y quisiera que quienes los rechazan me dijeran lo que han pensado poner en su lugar.

Los hombres que podrían destruir ese sistema pueden hablar; pero no deben quedarse sin respuesta. La poco conmovedora fe de los liberales en el proceso justo, en la prudencia, en la bondad de la ley, es algo más que un mecanismo burgués: se basa, digo yo, en la más profunda percepción de la naturaleza de la sociedad humana que hasta hoy se ha logrado y, precisamente por su reconocimiento de la fragilidad del hombre y la persistencia del pecado y el fracaso, está en la más absoluta armonía con la tradición fundamental de la teología judeo-cristiana. No es una creencia que pueda desecharse por deferencia a una mística juvenil.

Antes que nada debemos escuchar. Los jóvenes tratan de decirnos algo. Probablemente tienen razón en gran parte de lo que dicen, no obstante lo equivocado de sus recetas para componer las cosas. Entonces, debemos responder. El liberalismo norteamericano necesita poner sus compromisos en equilibrio con sus recursos, en los EE. UU. y fuera de ellos. Hace algunos años, Robert Warshow hizo notar que "tanta parte de la cultura 'oficial' de los EE. UU. ha sido optimismo barato que casi por reflejo tendemos a tomar el pesimismo como una medida de seriedad". Es este irreflexivo estímulo a la esperanza excesiva lo que lleva a los jóvenes a comparar los proyectos con los resultados y a concluir que la hipocresía y la doblez están en juego. Lo que se nos pide es honradez; y lo que eso requiere es un esfuerzo mucho más grande por poner nuestros actos a la altura de nuestras normas. Esa es la única manera de que se siga creyendo en ellas.

Las bases de la confianza popular en el sistema norteamericano no están resultando tan sólidas y duraderas como lo suponía el confiado sistema liberal. La capacidad de responder a las señales de peligro es la condición esencial de la capacidad para subsistir. No resulta excesivo afirmar que se está probando esa capacidad nuestra: siempre se está probando. Si respondemos adecuadamente a estos signos de peligro —y encontramos una manera de ayudar a transformar el sistema a los que ahora lo atacan—, tenemos probabilidades de llegar a tener una sociedad de considerable valor. Pero el principal requisito es reconocer que cuanto hasta ahora hemos hecho es mucho menos de lo que deberíamos y podríamos hacer.



EL TEATRO DE ¡DIGALO! ¡HAGALO PATENTE!

Por Walter Kerr

El teatro contemporáneo, asienta el autor, sufre dolores de parto en su revolucionario empeño por destronar la "pieza bien hecha", y exhibir en el escenario aspectos irracionales, accidentales u ocultos de la realidad.

Walter Kerr es el crítico teatral más influyente de los Estados Unidos. Sus colaboraciones aparecen todos los domingos en *The New York Times.* Ha dirigido y adaptado obras para el teatro y la televisión; ha sido profesor de varias universidades y escrito seis libros, entre ellos *Tragedy and Comedy* (Tragedia y Comedia) y *How Not to Write a Play* (Así No Se Escribe para el Teatro). Este artículo fue condensado de *The New York Times Magazine.*

Por lo general se está de acuerdo en que el arte tiene el derecho, y quizá la obligación, de excluir lo gratuito y lo que no viene al caso. Siempre hemos sabido que cuando un dramaturgo escribe una obra, hay cosas que quedan fuera. El autor escoge un ángulo de ataque a su material; prepara lances que progresivamente ponen de manifiesto y aclaran aquello en que ha concentrado su atención; recorta cuanto pueda estorbarle o distraer al espectador. Simple y llanamente no le interesa decirnos, para usar un ejemplo tradicional, que sus preocupados personajes tienen que ir al baño. Omisiones así no molestan a nadie.

Mejor dicho, hasta hace poco no molestaban. En los últimos tiempos, lo gratuito, lo que aparentemente no viene al caso, ha salido por sus fueros. En *The Birthday Party* (La Fiesta de Cumpleaños), la obra de Harold Pinter, durante largo rato un hombre aparece sentado en el centro del escenario sin otra ocupación que rasgar un periódico verticalmente, al ancho de cada columna, con aflictiva meticulosidad. El incidente no explicaba nada ni sobre el personaje ni sobre lo que estaba haciendo. En una comedia intitulada *Something Different* (Algo Diferente), un matrimonio tiene mellizos idénticos con una sola excepción: uno de ellos es negro. En el transcurso de la función se explicó la broma, pero no su relación con la obra. En ambos casos, a la falta de necesidad siguió la falta de comentarios.

© 1968, The New York Times Company, Reproducción autorizada.

Hemos llegado a un tipo de teatro en que la selección antes practicada —y no la despreocupación de nuevo cuño— da impresión de falsedad. Todas las nuevas obras parecen preguntar: "¿Qué hemos estado omitiendo?", y lo preguntan porque súbitamente resulta importante saberlo. Seleccionar era falso. Omitir era engañoso. Es preciso echar otra mirada. Y así, el teatro nuevo está con nosotros. Con nosotros, porque así lo queremos y no porque los dramaturgos inexplicablemente se hayan vuelto descuidados o perdido el criterio.

Quedaremos cabalmente convencidos de ello si nos fijamos en la manera en que actualmente respondemos a las obras de corte tradicional. La temporada teatral anterior se abrió con una pieza de ese tipo brillantemente presentada. Una estupenda reposición de *The Little Foxes* (Los Pequeños Zorros), de Lillian Hellman, nos recordó —muy, muy claramente— cómo se organiza a fondo el material dramático para beneficio del espectador. La señorita Hellman sabía en todo momento lo que hacía al insinuar tales o cuales características psicológicas, tales o cuales palabras o gestos decisivos destinados a lograr una limpia estructura dramática.

LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS
Harold Pinter

"lo gratuito, lo que aparentemente no viene al caso"

LOS PEQUEÑOS ZORROS "no hay cabos sueltos ni ambigüedades morales"
Lillian Hellman

Los Pequeños Zorros es una obra segura de sí misma, sin rendijas que no sospechó la autora, y cuya acción tiene lugar en el sur de los Estados Unidos a principios de siglo. No hay cabos sueltos, ni ambigüedades, ni situaciones desaprovechadas al ir exponiendo cómo la familia Hubbard arrasa con cuanto se le pone enfrente, incluso ella misma, en su despiadado afán de dinero, poder y posición social. Lillian Hellman distingue perfectamente a los buenos de los malos y al bien del mal; jamás confunde el gesto expresivo e iluminador con las excrecencias confusas. Todo es sobrio, apropiado, coherente. La obra tiene un bello final, concebido a imagen y semejanza de los principios de la lógica. Pues bien, ¿qué fue lo que casi todo el mundo censuró? Que se trataba de una obra excesivamente bien estructurada.

Lo que se Perdió en el Camino

En nuestro nuevo estado de ánimo desconfiamos de lo ordenado, pues sabemos demasiado bien que donde hay orden hay también algo de extrema arbitrariedad. Cuando hay orden —político, religioso, social, hogareño o de cualquier otro tipo—, hay también cosas que se deben abrazar arbitrariamente, gústenos o no, y cosas que deben ser arbitrariamente excluidas. En estos momentos nos hallamos terriblemente conscientes de que, en realidad, no nos adaptamos bien al papel y a los sistemas que nos-

otros mismos habíamos adoptado. Al dar forma a estos sistemas y a los papeles que representamos, mucho de nosotros mismos quedó fuera. No encajamos ya en esas estructuras y lo sabemos bien.

Los orígenes de este intenso conocimiento interior son muchos, entrecruzados y acumulativos; por lo pronto, no nos ocuparemos de ellos. Lo que en estos precisos momentos importa es la firme sensación de que en el camino hemos perdido algo de vital importancia. El mundo entero, evidentemente, a menudo está empeñado en abrir de par en par todos los esquemas generalmente aceptados para ver qué contribuyó a formarlos, y también para comprender qué elementos fueron indebidamente desechados. Se trata de un estado de ánimo más bien decidido que desesperado. Todos nosotros debemos ver más, oír más, arriesgar más, abarcar más si hemos de comprender en qué consiste el desajuste y ponerle remedio.

Por eso queremos ver las cosas más de cerca; queremos abarcar más pero sin predisposición, sin exclusión automática de ninguna especie, sin *selección.* Si de antemano vamos a seleccionar, volveremos a excluir lo que antes excluimos. Indudablemente, el único sistema practicable sería seleccionar ahora lo que jamás había sido escogido antes. A *nada* se le puede calificar de "inconducente" si queremos averiguar lo que verdaderamente es "conducente".

SCUBA DUBA
Bruce Jay Friedman

"no basta ya la actitud unidimensional"

Dos Preceptos y una Pregunta

En esta forma, el teatro, como todo lo que se encuentra en la vida, cae bajo dos mandatos y una pregunta: Dígalo, hágalo patente; ¿qué *es?*

No puede dudarse de que el teatro, desesperadamente, ha tratado de *decirlo.* ¿De decir qué? Todo, al menos antes de que las obras sean "pulidas". Tomemos un ejemplo: la actitud hacia el negro en *Los Pequeños Zorros.* Los negros de esta obra sirven a los Hubbards, les encienden la luz, les abren la puerta, cuidan a sus enfermos. No se les da mayor importancia, ni hace falta dársela porque sabemos exactamente en qué situación nos hallamos frente a ellos: son de los de abajo, de los oprimidos. Nos simpatizan, los compadecemos. Cuando pase la época de la gente como los Hubbards, si es que alguna vez pasa, sin duda conoceremos mejor a los negros y nos simpatizarán aún más. Nuestra actitud carece de complicaciones, y deja al negro bosquejado en una sola dimensión. ¿Qué más debería decirse?

El héroe de *Scuba Duba,* el drama de Bruce Jay Friedman, siente que es imprescindible decir mucho más. Se trata de un liberal a quien le hubieran gustado *Los Pequeños Zorros,* y derivado de la pieza conclusiones que explican ciertas de sus actitudes. Este personaje se une a la marcha a Washington de los partidarios de los derechos civiles; pero aun así, se siente desconcertado y un poquito culpable. Según parece, no prestó mucha atención a los discursos pronunciados durante la marcha, y pasó demasiado tiempo oculto detrás de un árbol con una muchacha negra.

COSA TUYA

Driver, Hester y Apolinar "debe encararse con nuestras adhesiones convencionales"

Llega un momento en que su desconcierto es total. Según parece, un hombre-rana negro se fugó con la esposa del héroe, y ante esta situación no basta ya la actitud unidimensional. ¿Qué siente *realmente* por los negros? No lo sabe. Y esto significa que tiene que hacer surgir por fuerza a la superficie cuanto en cualquier época haya sentido por los negros, incluyendo todas las palabras sucias e insultantes que desde su niñez habían quedado como un sedimento. Estas palabras infamantes continúan incrustadas en su psique, constituyen una parte de la verdad total sobre sí mismo, hierven y se derraman como la espuma en una vieja lavadora.

Durante su anterior madurez liberal, este personaje jamás habría pronunciado esos vocablos denigrantes, ni habría reconocido siquiera que existiesen en su léxico. Tenía un concepto de sí mismo que resultó falso. Tenía también un concepto sobre los negros, los cuales, en cuanto recibieran ayuda, demostrarían ser dóciles, agradecidos y muy tratables. Esta imagen también era falsa, y el negro lo sabía. El hombre blanco no lo sabía y se había *escogido* a sí mismo con extraordinario cuidado para encajar dentro de esa imagen, hasta que llegó el momento en que debió sacar a la superficie estas falsedades y arrojarlas de sí, a fin de descubrir quién es quién.

Decirlo, por supuesto, no consiste meramente en sacar a la superficie ciertos datos sobre los negros y otros grupos minoritarios; es algo mucho más tajante, que nos toca en nuestras adhesiones convencionales y nuestras evasiones, tan cuidadosamente seleccionadas. Al final de *Your Own Thing* (Cosa Tuya), comedia musical basada en *La Noche de Epifanía,* de Shakespeare, Dios Padre sugiere que Dios Hijo debe ir a que le corten el pelo. Ya no guardaremos silencio sobre cuestiones —humorísticas o no—, en las que disimuladamente nos fijábamos pero que, de acuerdo con las reglas del buen gusto, dejábamos a un lado. El silencio puede ser —y ya ha sido— peligroso; es una de las cosas por las que hasta Dios Padre y Dios Hijo parecían carecer de importancia.

La Puerta de la Alcoba

Lo referente al segundo precepto —*patentizar*— sigue el mismo rumbo. Naturalmente, tiende en primer lugar a concentrarse en lo que, en el pasado, se quiso con especialidad, explícita e insistentemente, no patentizar; esto, lo referente al sexo. Siempre hubo obras de teatro, especialmente comedias, en que se hablaba de cuestiones sexuales. Lo sexual, en realidad, se hallaba ausente de todas ellas. Los actores podían hablar durante toda la función sobre temas sexuales, y lanzar miradas lánguidas a la puerta de la alcoba, pero en cuanto los dos interlocutores cruzaban esa puerta, caía el telón. Tanto la puerta cerrada como el telón prometían aquello de "vivieron por siempre felices". Todo se reducía a conversar antes de ir a acostarse. Un drama como *The Beard* (La Barba), después de cruzar la puerta nos cuenta una historia diferente a aquella de la sempiterna felicidad.

Puede uno lanzarse mucho más a fondo, y de hecho se han invadido zonas harto más sutiles y provocativas. Creo que la mejor obra de la pasada temporada fue *Joe Egg* (Pepe Huevo), de Peter Nichols, en cuyas representaciones, de nuevo, la primera reacción de buena parte del público, que pensaba ir a verlo todo, era la de *No Mirar*. Pepe Huevo es un niño espástico, cuya vida casi no se distingue de la de un vegetal. En la vida diaria, instintivamente alejamos la mirada de cualquier tipo de aberración en la naturaleza, y nos gusta convencernos de que por decencia obramos así.

Ninguno de los personajes de esta obra nos permitiría ese subterfugio, y menos que nadie la mujer que se acerca a las candilejas, para confesar sin ambages que la vista del niño la asquea, y que si fuera suyo lo habría "despachado" sin pestañear. Pensamientos duros o feos o utilitarios o insoportablemente melosos, merodeaban en torno al niño mientras le cambiaban los pañales. Y el espectador se hallaba dentro de situaciones que invariablemente —pero no precisamente por decoro— había procurado esquivar. Por miedo, nos habíamos negado a enterarnos de esas realidades. El conocimiento no hace que el miedo desaparezca del todo, pero por ser conocimiento puede vivificarnos y ayudar a completarnos a nosotros mismos. Es obvio que al *No Mirar* no estábamos haciendo nada por completarnos. Todo lo contrario: estábamos autodisminuyéndonos.

Que Aumente el Misterio

Harold Pinter, por lo general, se niega a contar al espectador el argumento de sus obras, lo cual saca de quicio a algunos y hace pensar a otros que adolece de cierta incompetencia como dramaturgo. Lo que en realidad sucede, no es que Pinter esconda el argumento por carecer de él, sino que lo esconde para que nos fijemos en otra cosa. Desde este nuevo punto de vista, el tema o argumento puede alejar mucho de otros objetivos. Tiende uno a seguir la trama con tanto afán, con tanta premura, que se rechaza todo lo demás. No nos detenemos a observar elementos que no contribuyan a nuestra prisa por conocer el desenlace.

¿Qué quiere Harold Pinter que observemos? Absolutamente todo lo que, sin más ni más, antes se daba por hecho. La manera en que un hombre se sienta. Cómo acostumbra cruzar las piernas. Las arrugas que se forman en su pantalón después de haber cruzado las piernas. Lo que hace cuando espera. Se crea un vacío donde solía haber una estructura externa, resuelta y hasta podría decirse *deslumbradora*. Dentro de ese vacío, cerrado y autosuficiente, se asienta la vida existencial, la vida como realmente sucede, la vida misma, lo que debemos mirar. Quienquiera haya visto una obra de Pinter bien actuada y dirigida, sabe con cuánta intensidad se concentra la atención en estos detalles nuevos y viejos a la vez: una mujer con una taza en la mano, un hombre en el momento de poner su vaso sobre la mesa.

¿Qué se logra subrayando estos rasgos? Por extraño que esto parezca, lo que se logra es aumentar el misterio. Quien haya visto una obra de Pinter presentada como se debe, habrá notado que su efecto más singular consiste en hacer que el escenario y los personajes que lo ocupan entregados a sus minucias, parezcan estremecerse con aprehensión, inquietud, con una vida que impresiona y acaso amenaza.

Posiblemente, en nuestro apresuramiento hacia lo externo, lo abstracto, lo lógico y lo intelectualmente bien estructurado, hayamos dejado a un lado el verdadero misterio, la corriente trémula de vida que tan a menudo desmorona nuestras elaboraciones cerebrales. La lógica y la simetría no tienden al misterio, sino a resolverlo, y, por consiguiente, a matarlo. El misterio retorna y nosotros tornamos al emocionante y perturbador enigma de nosotros mismos cuando cambiamos la lógica por una profunda *atención.*

"¿Quién es Usted?"

Una carta publicada en *The New York Times* a principios de la temporada teatral, era típicamente anti-misterio y exigía respuestas. Una espectadora que había ido a ver *The Birthday Party* (La Fiesta de Cumpleaños), no podía comprender por qué un inidentificado pensionista de una casa de huéspedes, Stanley, estaba siendo sistemáticamente aniquilado por dos inidentificados agresores, e insistía en que Harold Pinter le dijera:

1. ¿Quiénes son los dos agresores?
2. ¿De dónde vino Stanley?
3. ¿Se supone que todas estas personas sean normales?

La espectadora afirmaba que no podría comprender la obra mientras el autor no respondiese a sus preguntas. Pinter respondió que no podría comprender la carta mientras la firmante no respondiese a su vez a estas tres preguntas:

1. ¿Quién es usted?
2. ¿De dónde viene?
3. ¿Se supone que sea usted una persona normal?

En ciertos círculos se pensó que la respuesta de Pinter era arrogante y evasiva. En realidad, había puesto a la firmante a la defensiva, puesto que, por poco que se detuviera ella a pensar, vería que le era imposible responder a ninguna de las tres preguntas. Pregúntese a alguien de dónde viene y siempre obtendrá una respuesta precisa: Scranton, Pennsylvania, o California o algo por el estilo. Pero lo único que ese alguien hizo fue nombrar el último lugar en que había estado o el sitio en que sus padres se hallaban cuando nació. ¿De dónde vino? ¿De qué indescifrable conjunción de genes, de cuántas generaciones que se pierden en el pasado surgió para ser un enigma para sí mismo? No hay quien pueda

decir de dónde viene. Se trata del elemento más intrigante de un individuo, lo que hace de él un ser nuevo.

Pregunte a alguien "¿Quién es usted?", e inmediatamente le contestará: "Soy profesor", "Soy periodista", "Soy la esposa de Fulano". La persona que así responde no ha especificado una identidad, ha mencionado el papel que en tal o cual ocasión escogió representar. La distancia entre identidad y papel debe ser evidente para todo el mundo. Podemos, es verdad, actuar como profesores, periodistas o amas de casa. Pero estamos penosamente convencidos de que nuestras funciones son meros disfraces, y de que ni por pienso encierran cuanto somos o podemos llegar a ser, y de que, en realidad, ni siquiera representamos bien nuestros papeles. El papel no corresponde ni a la identidad ni a la potencialidad.

Preguntas sin Respuesta

Si estas obras logran que nos demos más cuenta de lo misterioso que somos para nosotros mismos, haciendo caso omiso de las historietas que hemos inventado para dar alguna forma a nuestras vidas; si logran recordarnos la intensa y desconcertante percepción que a veces acompaña, por ejemplo, la acción de cruzar las piernas ("He hecho esto infinidad de veces, ¿por qué nunca había notado su singularidad?"); si logran interesarnos *como preguntas* y nos hacen ver que nosotros mismos somos *pregunta,* habrán enfocado el reflector marcado "Hágalo Patente" hacia impulsos olvidados o inadvertidos y reacciones que experimentamos pero que rara vez valoramos.

Mientras tanto, es de vital importancia no responder a las cuestiones planteadas. Las respuestas fijan a menudo en moldes un tanto arbitrarios y quizá prematuros. Si hemos de mirar de nuevo, abarcando más, sin prejuicios ni exclusiones automáticas, va a ser necesario pasar largo tiempo mirando, nada más mirando, para estar seguros de haber absorbido lo que tenemos delante. Aún no superamos esta etapa y no podemos saltárnosla.

Por estas razones no ofrecen respuestas las obras más serias escritas dentro de esta corriente. Más aún, proscriben implacablemente toda respuesta.

En la pieza de Tom Stoppard, *Rosencrantz and Guildenstern Are Dead* (Se Murieron Rosencrantz y Guildenstern), a los dos principales personajes les falta forma y coherencia. Quieren comprender a Hamlet, comprender los acontecimientos que arrastran a Hamlet, comprender la tragedia en que ellos mismos toman parte. Tienen ansias de lógica, pero la lógica los rehuye. La vida fragmentaria del castillo que bulle en su derredor, que chisporrotea al azar, es una vida a la que no tienen acceso. La vida los rechaza. La muerte los reclama, una muerte rápida cuya proximidad presienten. Van a morir sin haber llegado a comprender el

mecanismo que los atrapó, ni poder decir quiénes son o por qué han llegado adonde están, o qué, en efecto, les ha hecho caer en la trampa.

En resumen, ni Rosencrantz ni Guildenstern pueden penetrar en la vida, pero *están* en una tragedia que lleva su nombre y que los va a matar a como haya lugar. En estas circunstancias, sus preguntas son inaplazables. Pero el forjar una respuesta, teniendo en cuenta lo poquísimo que ellos saben sería, precisamente, forjar, esto es, falsificar, fraguar una mentira. Ni la obra ni ellos están dispuestos a fraguar un engaño. El signo de interrogación debe quedar suspendido en el aire, estremecido y palpitante hasta el fin. Da lo mismo morir abrazado a una mentira que asido a la ignorancia.

Teilhard de Chardin observa en alguno de sus libros que, en el transcurso del proceso evolutivo, acabamos de llegar a una inmensa expansión de la conciencia. Hemos dado un gran salto en dirección a lo que podemos llegar a saber. Eso sí, tanto en el momento de saltar como en el de aterrizar en un territorio del que no hay mapas, e inmensamente mayor a cuanto imaginábamos, nos hallamos inevitablemente desorientados. No pasamos de exploradores torpes, aunque, en propio beneficio, debamos ser exploradores *minuciosos,* atentos a todo.

La nueva dramaturgia, como puede verse, atiende a todo, nada desdeña y deja las conclusiones para después. No importa que veamos cosas previamente investigadas, pero que nos parecieron demasiado ordinarias para estudiarlas intensamente. Ahora las vemos en un contexto nuevo, y esto las transfigura, a veces en forma peligrosa.

Lo estructurado regresará, aunque sólo sea porque la mente humana encima instintivamente materiales de construcción hasta que constituyen una pirámide. Me he dado cuenta, en el transcurso de mis charlas para estudiantes universitarios en muchas partes de los Estados Unidos, que tienen anhelo de estructura, de forma, de dominio de los nuevos materiales, que todo ello los inquieta a fondo, aunque hagan esfuerzos por mantenerse abiertos y abarcar lo posible, pero sin determinar de antemano lo que es posible. En medio de la actual e inevitable amorfia, estos jóvenes preguntan: ¿no es verdad que está germinando una semilla que absorberá cuanto orgánicamente le corresponde y rechazará cuanto no le corresponde, y continuará escogiendo y desechando hasta obtener una nueva coherencia? Aceptan la semilla, aunque de momento reconozcan que permanece invisible. No dudo que lleguen a encontrarla, y que la adoptarán a los novísimos materiales que nos han abrumado. Ello será suficiente mientras no vuelvan a ensancharse las fronteras de la conciencia.

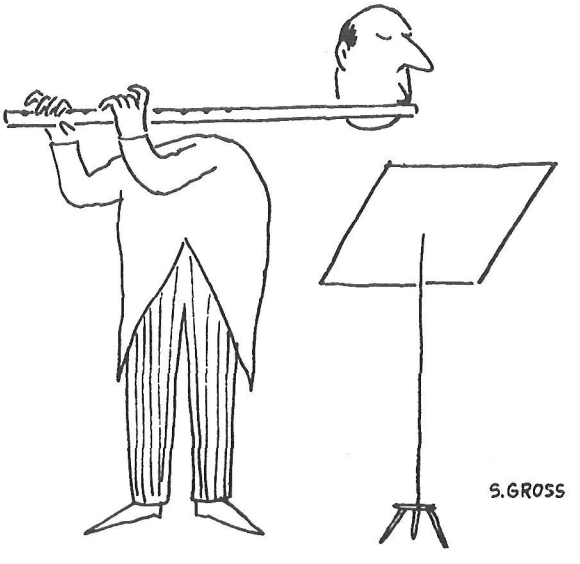
Teatro Fenomenológico

Entretanto, debemos actuar dentro de las actuales fronteras, con los ojos y los oídos bien abiertos no para lo que venga al caso o sea útil, sino para lo que tenemos delante. No es preciso que a todo el mundo

le gusten todas las obras así concebidas (a mí me desagradan de veras alrededor de la mitad). No hace falta calificar de buena una obra en realidad mala simplemente porque esté bien orientada, aunque, por otra parte, sea bastante difícil decir con exactitud por qué tal obra sea buena o mala. Las viejas normas no resisten estas presiones y es preciso confiar nuevamente en el instinto. Lo cual, en resumidas cuentas, es una forma personal, agradable y directa de reaccionar ante una obra dramática, y que, además, se ajusta con bastante exactitud a lo que debemos hacer en nuestra vida fuera del teatro, en la de todos los días.

Así nos gusten o nos desesperen las obras de este tipo, nos hallamos comprometidos en la misma búsqueda. A menudo nos sorprende que podamos digerirlas, aunque creíamos no estar preparados para ello. Aun antes de pisar el vestíbulo del teatro llevábamos dentro de nosotros la experiencia requerida para comprender. Podremos luchar contra ella, pero no podemos aparentar que la desconocemos. Me han dicho que en algunas comunidades universitarias donde se montó *La Fiesta de Cumpleaños,* los miembros del público de mayor edad pudieron calificar la escena del que rasga el periódico como perfectamente reconocible, pero sin valor alguno; los más jóvenes pronto la adoptaron como un juego, como una cosa *hecha,* existencial y que se explicaba por sí misma. Hoy, las cuestiones de pertinencia o falta de pertinencia no tienen por qué ser subversivas; es posible examinar alegremente los fenómenos.

Si tuviera que resumir toda la cuestión, diría simplemente que hemos pasado del teatro lógico al teatro fenomenológico. Mire bien las cosas. ¿Cuáles cosas? Todas las cosas. Y no intente decir qué son mientras no las haya contemplado lo suficiente para conocer todos sus trucos. La estructura resurgirá. Pero, ¿qué podríamos decir de *las estructuras?*



RESUMEN DE LIBROS

Pensamiento Social

LA REVOLUCIÓN DEL HOMBRE. *Por Ashley Montagu. Editorial Paidós, Buenos Aires. 233 pp.* Un eminente antropólogo se enfrenta al darwinismo social y sostiene que el hombre es colaborador por naturaleza, y no egoísta y competidor. De otro modo, alega, la cultura humana no hubiera podido evolucionar. Observa que el largo período de dependencia del infante humano intensifica y fortalece la compasiva respuesta de los adultos. Cree que la calidad especial del hombre tiene su origen en "este rasgo de compasión, de compañerismo, de cooperación".

HIGHER EDUCATION AND MODERN DEMOCRACY (La Educación Superior y la Democracia Moderna). *Compilación de Robert A. Goldwin. Rand McNally. 185 pp.* Los colaboradores de este volumen comparten una preocupación básica: la decadencia de la "educación liberal". Los educadores, producto ellos mismos de las escuelas superiores altamente especializadas, están cada vez más interesados en preparar "eruditos" que en "educar a la juventud". Así pues, tienden, según algunos escritores que aquí se incluyen, a ofrecer una relación casual con diversas disciplinas académicas en lugar de una introducción seria a ideas más pertinentes. El profesor Allan Bloom nos dice que el descontento estudiantil con las universidades "impersonales y burocráticas" es realmente el descubrimiento de "una gran desproporción entre lo que estudian y las existencias que desean llevar".

THE PUMP HOUSE GANG (La Pandilla de la Bomba). *Por Tom Wolfe. Farrar, Strauss and Giroux, 309 pp.* Un joven cronista de la década actual prosigue su "trabajo en el campo entre muchos nobles salvajes en busca de un nuevo estilo de vida", empezado hace tres años con *The Kandy-Kolored Tangerine-Flake Streamline Baby* (El Bebé Aerodinámico como Pedacito de Mandarina y de Color Dulce). Conocido por su estilo frenético, fulgurante y de libre gramática, Wolfe brinca del escenario de la Costa Occidental a las discotecas de Londres y las teorías sobre el medio ambiente del académico Marshall McLuhan en un estudio perceptivo e intenso de la opulenta Generación "Mesoatlántica".

Obras de Ficción

ROSEMARY'S BABY (El Bebé de Rosemary). *Por Ira Levin. Random House. 245 pp.* Truman Capote sitúa a esta novela dentro de la tradición de lo sobrenatural de *The Turn of the Screw* (Otra Vuelta de Tuerca) de Henry James; otros le encontrarán un parentesco más cercano con la nueva escuela de ficción gótica a la manera de Shirley Jackson. En todo caso, el autor posee la imaginación y la habilidad necesarias para dar una escalofriante verosimilitud a esta historia de una mujer joven cuyo esposo se enreda con un grupo de brujos y que da a luz un niño que, aparentemente, es el Hijo de Satanás. Detrás de estos diabólicos acontecimientos asoman algunos sutiles problemas morales tales como la naturaleza del mal y las ambigüedades de la maternidad.

BLOOD OF STRAWBERRIES (Sangre de Fresas). *Por Henry Van Dyke. Farrar, Strauss and Giroux. 278 pp.* Como el joven narrador de este refinado relato sobre los bohemios de Nueva York, el autor es un negro que rechaza los papeles estereotipados que los demás —blancos y negros— escogen para él. En su lugar, escribe sobre viejos valores literarios y jóvenes aspirantes a actrices con un alto sentido de la comedia, descubriendo las poses que la gente de este medio adopta para alimentar su ego artístico. Aunque su héroe reconoce las limitaciones y exigencias que se le imponen por ser negro, llega a creer que otras formas de esclavitud psicológica o intelectual pueden ser aún más destructivas para la personalidad, y al final prefiere ser él mismo en toda su excentricidad.

THEY (Ellos). *Por Marya Mannes. Doubleday. 215 pp.* Una escritora conocida por sus mordaces ensayos sobre las flaquezas sociales y culturales ha escrito su primera novela. *Ellos* tiene todos los atributos de la ficción: seis hombres y mujeres relegados en una solitaria casa veraniega mientras esperan su destrucción indolora a la edad de 65 años, en una sociedad tecnocrática del futuro que no tiene empleo para los viejos. Pero la señorita Mannes está menos interesada en el relato o en los personajes que en ciertas ideas sobre el arte, el amor, el mal, la educación y la responsabilidad, así que, aunque su libro carezca de méritos novelescos, está lleno de vivacidad intelectual y de magníficas descripciones del paisaje de la costa marítima.

La Literatura y las Artes

THE FABULATORS (Los Fabuladores). *Por Robert Scholes. Oxford University Press. 180 pp.* "Fabulación significa un retorno a un tipo de ficción más verbal... un tipo de narrativa menos rea-

lista y más artística; más bella, más evocativa..." Así define el señor Scholes la obra de ciertos escritores noveles —John Hawkes, Iris Murdoch, Terry Southern, John Barth— que han hecho nuevamente de la lectura "una experiencia mágica". Considera el vocablo "novela", con sus pruebas de verosimilitud y percepción interior, anticuado para gran parte de la ficción contemporánea. En su lugar recomienda una nueva ojeada a los "artefactos literarios" de su grupo, que tienden a la alegoría, disfrutan de una "informalidad cómica" y hacen hincapié en los elementos del juego y la fantasía.

HERAKLES, A PLAY IN VERSE (Hércules, una Pieza en Verso). *Por Archibald MacLeish. Houghton Mifflin. 91 pp.* THE AMEN CORNER (El Rincón del Amén). *Por James Baldwin. Dial. 128 pp.* AMERICA HURRAH (Vivan los Estados Unidos). *Por Jean-Claude van Itallie. Coward, McCann. 192 pp.* Tres piezas teatrales norteamericanas, que van de lo mitológico a lo vanguardista, han sido publicadas recientemente. De la confusión de mitos que rodea a Hércules, el poeta Archibald MacLeish ha creado una parábola del antihumanista moderno: el científico que se jacta de que algún día podrá dominar todo lo que hay en la tierra y bajo ella. El prototipo contemporáneo de Hércules es un físico que ha llevado su familia a Grecia para rendir culto a la razón. La pieza de James Baldwin nos presenta a una predicadora del Harlem de Nueva York y sus agónicos y finalmente infructuosos esfuerzos por conservar a su hijo, a su esposo y a su iglesia. *Vivan los Estados Unidos,* un éxito teatral fuera de Broadway, está compuesta de tres piezas breves que comentan en forma irónica la creciente uniformidad y absurdo de la sociedad contemporánea. El empleo de la pantomima, de máscaras, de películas, de transparencias y de sonidos grabados ayuda a comunicar una sensación de experiencia fragmentada.

ART, AFFLUENCE AND ALIENATION: *The Fine Arts Today* (Arte, Opulencia y Enajenación: Las Bellas Artes, Hoy). *Por Roy McMullen. Praeger. 272 pp.* "Lo que hace del período moderno un período sin precedente", escribe el señor McMullen, "es el hecho de que en esta ocasión, en casi todas las categorías (de las bellas artes), la vieja realidad no ha sido sustituida por algo igualmente sustancial, accesible y satisfactorio". A menudo la sustitución era una pregunta o una negación. Pasando con facilidad de la música a la pintura, a la literatura, a la arquitectura y al teatro, el autor aprecia una tendencia común hacia artificios que permitan la mayor libertad, eviten la repetición obvia y aún así procuren una estructura general que mantenga unida la expresión artística.

Asuntos Internacionales

THE INSECURITY OF NATIONS: *International Relations in the Twentieth Century* (La Inseguridad de las Naciones: Las Relaciones Internacionales en el siglo XX). *Por Charles Yost. Praeger. 276 pp.* El actual embajador de los EE. UU. ante las Naciones Unidas pide una transformación del anticuado sistema nación-estado y la constitución de una autoridad "con poder para mantener la paz, refrenar a los gobiernos agresivos y facilitar el cambio pacífico". Para empezar, propone varias medidas más modestas: la despolarización de los sistemas de alianza existentes, la internacionalización de programas de ayuda al desarrollo y el fortalecimiento de la capacidad de las Naciones Unidas para mantener la paz.

THIRTEEN DAYS (Trece Días). *Por Robert F. Kennedy. Norton. 224 pp.* El 16 de octubre de 1962, el presidente Kennedy obtuvo pruebas de que técnicos soviéticos estaban erigiendo bases para proyectiles de largo alcance en Cuba. El 28 de octubre el gobierno soviético accedió a desmontarlas. En este breve informe póstumo, el hermano y consejero del Presidente relata cómo se deliberó sobre la mejor táctica a seguir frente a una de las situaciones más críticas de la historia de la humanidad, una confrontación que llevaba en sí la amenaza de una guerra nuclear.

TEST BAN AND DISARMAMENT: *The Path of Negotiation* (La Prohibición de Pruebas Nucleares y el Desarme: El Camino de las Negociaciones). *Por Arthur H. Dean. Harper and Row. 153 pp.* El embajador Dean, que dirigió a la delegación norteamericana en la conferencia de Moscú que promulgó el Acuerdo de la Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares de 1963, ofrece una introducción a los aspectos técnicos de las negociaciones de desarme. Termina afirmando que una búsqueda paciente y realista de terrenos de interés común puede hacer posible el desarme (o al menos el control de armamentos), en pequeñas dosis y por etapas cuidadosamente preparadas.

Modernización

STUDENTS AND POLITICS IN DEVELOPING NATIONS (Los Estudiantes y la Política en las Naciones en

Desarrollo). *Compilación de Donald K. Emmerson. Praeger. 444 pp.* Varios colaboradores sugieren que las rebeliones estudiantiles en Asia, Africa y América Latina a menudo son una reacción idealista contra las prosaicas necesidades técnicas de las naciones en desarrollo. En las naciones recientemente independizadas, los estudiantes frecuentemente experimentan una relajación después de las fuertes emociones de la lucha contra el colonialismo. El psiquíatra Erik Erikson considera la insistencia de los movimientos estudiantiles radicales en la pureza y en la rectitud como "adolescencia no reconstruida". Otros colaboradores creen que tiene valor el que los estudiantes hagan surgir temas de discusión importantes e indiquen nuevas directrices. Pero la mayor parte de los autores lamenta el que se recurra a la violencia como táctica, a la simplificación como sustituto del pensamiento político riguroso y a la degradación del conocimiento técnico que es esencial para la modernización efectiva.

La Innovación Tecnológica y la Sociedad. *Compilación de Dean Morse y Aaron W. Warner. UTEHA. México, D. F. 280 pp.* Los científicos y los hombres de negocios se encaran al problema de "procurar a los pueblos del mundo niveles de vida satisfactorios". Haciendo gala, en su mayor parte, de una sencillez de lenguaje y de un gran espíritu humanitario, estas páginas examinan la facultad creadora de la tecnología, la creación de productos nuevos, las técnicas administrativas, los problemas urbanos, el trabajo y el desempleo, y los métodos empleados para satisfacer las necesidades alimenticias de una población mundial cada vez mayor.

Africa

The Origins of Modern African Thought (Los Orígenes del Pensamiento Africano Moderno). *Por Robert W. July. Praeger. 512 pp.* El director adjunto del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la Fundación Rockefeller estudia las respuestas de los pensadores del Africa Occidental de los siglos XIX y XX a la introducción de la influencia e ideas occidentales.

African Education: *An Introductory Survey of Education in Commonwealth Countries* (La Educación Africana: Un Estudio Preliminar de la Educación en los Países del Commonwealth). *Por Donald G. Burns. Oxford University Press.* Un supervisor de pedagogía de la Universidad de Leeds expone el plan general del sistema educativo de las antiguas colonias británicas, desde el nivel primario hasta el universitario. Observa un interés exagerado en la preparación académica por parte de las escuelas secundarias, en lugar de una preparación más decisiva en las asignaturas técnicas y agrícolas.

Asia

Revolutionary Immortality: *Mao Tse-tung and the Chinese Cultural Revolution* (La Inmortalidad Revolucionaria: Mao Tse-tung y la Revolución Cultural China). *Por Robert Jay Lifton. Random House. 178 pp.* Un psiquíatra norteamericano que ha vivido muchos años en el Asia Oriental considera a la llamada "revolución cultural" como un deseo de Mao de trascender la muerte "viviendo" indefinidamente dentro de una revolución continua y permanente. La exaltación que Mao hace de sí mismo a la categoría de deidad está, pues, motivada por fines tanto personales como sociales. El doctor Lifton pone de relieve los elementos visionarios de la naturaleza de Mao que le permiten sentirse recto y virtuoso mientras "purifica" arbitrariamente el pensamiento y las instituciones de 600 millones de chinos.

The Modernity of Tradition (El Aspecto Moderno de la Tradición). *Por Lloyd I. Rudolph y Susanne H. Rudolph. University of Chicago Press. 306 pp.* El ensayo que da nombre al volumen sostiene la original tesis de que las castas no han obstaculizado mayormente la aparición de instituciones democráticas en la India; que, de hecho, la necesidad de apoyo político ha impulsado a las castas dominantes a tratar con mayor benevolencia a los miembros de las castas más bajas. De este análisis los autores se aventuran a sugerir que las formas de sociedad "modernas" y "tradicionales" no son necesariamente incompatibles y que las naciones en desarrollo con fuertes sistemas tradicionalistas no necesitan descartarlos en bloque con el fin de modernizar sus economías.

Europa

The New French Revolution (La Nueva Revolución Francesa). *Por John Ardagh. Harper and Row. 501 pp.* La revolución que menciona el título no es política sino tecnológica, resultado de una década de modernización y expansión económica. El señor Ardagh considera que los hábitos sociales de la joven generación francesa están recibiendo enorme influencia de los ejemplos extranjeros, desde los Beatles y las cafeterías de autoservicio hasta los suburbios y el estilo admi-

nistrativo. Sostiene que las viejas ideologías de izquierda y derecha son demasiado limitadas para hacer frente en forma adecuada a la actual transformación de la sociedad francesa.

SEESAW: *Cultural Life in Eastern Europe* (Vaivén: La Vida Cultural en la Europa Oriental). *Por Yorick Blumenfeld. Harcourt, Brace and World. 276 pp.* Un experto periodista hace un informe país por país del movimiento hacia el despertar cultural que él considera "el acontecimiento más significativo que está teniendo lugar en los regímenes comunistas de la Europa Oriental a mediados de la década actual". No obstante, su estudio no es un relato de constantes victorias de artistas e intelectuales sobre la represión política. En Polonia advierte una atmósfera cada vez más hostil que ha ahuyentado a muchos escritores, dramaturgos y cineastas distinguidos, que han preferido al menos el exilio temporal. En Alemania Oriental las restricciones impuestas por el gobierno siguen siendo severas. La reciente vitalidad de las artes y de la vida intelectual checoslovacas ha sido mermada por la presencia de tropas soviéticas y por presiones políticas de Moscú. Sin embargo, el señor Blumenfeld advierte señales alentadoras de libertad y vitalidad intelectual en Yugoslavia y Hungría, y observa en toda la Europa Oriental un desprecio por la ideología y los estereotipos y una búsqueda de nuevas formas de expresión.

La América Latina

REFLECTIONS ON LATIN AMERICAN DEVELOPMENT (Consideraciones Sobre el Desarrollo Latinoamericano). *Por Roberto de Oliveira Campos. University of Texas Press. 168 pp.* Un distinguide economista y ex embajador del Brasil en Washington analiza las tensiones económicas y políticas que han existido entre la América Latina y los Estados Unidos desde el siglo XIX hasta la época actual. Su interés primordial radica en los efectos de esta relación sobre el desarrollo económico. Cree que la insistencia de los EE. UU. en la eficiencia, en la contabilidad precisa y en la rápida ejecución de los planes nacionales deja de lado el hecho de que la ineficacia es una consecuencia del subdesarrollo. Sostiene que es inevitable cierto grado de desperdicio, y que los países desarrollados que ofrecen su ayuda deben mostrar paciencia y comprensión.

PROBLEMS AND PROSPECTS OF THE ALLIANCE FOR PROGRESS (Problemas y Perspectivas de la Alianza para el Progreso). *Por Herbert K. May. Praeger. 252 pp.* Un ex funcionario del Departamento de Estado de los EE. UU. encargado de las relaciones económicas con América Latina observa un conflicto de ideologías entre el marxismo y los conceptos de la Alianza para el Progreso. Cree que el éxito de la Alianza depende en amplio grado de la influencia potencial de sectores ajenos al gobierno, tales como las universidades, la iniciativa privada, el trabajo y los medios informativos.

CONTINUIDAD Y CAMBIO EN LA AMÉRICA LATINA. *Compilación de John J. Johnson. Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, México, D. F. 280 pp.* Un grupo de científicos sociales y humanistas norteamericanos que están al tanto de la situación latinoamericana analizan el resultado del cambio rápido en algunas zonas y la inflexible resistencia al cambio en otras. Bajo la forma de ensayos individuales se tratan diversos temas: el campesinado, el trabajo rural, los escritores, los artistas, los militares, los industriales, el trabajador urbano y el estudiante universitario. Un artículo final escrito por el erudito inglés R. P. Dore compara la rápida modernización de la sociedad japonesa, altamente tradicionalista, con esfuerzos similares en la América Latina.

INDIAN ART IN SOUTH AMERICA (El Arte Indio en la América del Sur). *Por Frederick J. Dockstader. Fotografías de Carmelo Guadagno. New York Graphic Society. 222 pp.* Como en sus anteriores libros, *Indian Art in America* (El Arte Indio en América), *Indian Art in Middle America* (El Arte Indio en Mesoamérica), el doctor Dockstader ilustra su estudio con ejemplos de la magnífica colección del Museo del Indio Americano de la ciudad de Nueva York, del que es director. Llevando sus investigaciones más allá de la conocida cultura incaica de los Andes, describe varias civilizaciones complejas y virtualmente desconocidas, tan remotas como una cultura que se dedicaba a la fabricación de cerámica y que existió en Colombia hace 600 años. En vista de que cubre un amplio terreno de exploración arqueológica, este volumen también sirve como introducción a la prehistoria de la América del Sur.

Créditos: página 26, dibujo de J. N. F., © 1967 por Saturday Review Inc.; página 27, foto de Fabian Bachrach; páginas 32, 33, dibujo de H. Martin, © 1967 The New Yorker Magazine Inc.; página 38, dibujo de Vic Volk, © por Saturday Review Inc.; página 46 (d.), foto de Phyllis Cerf; página 57, dibujo de Samuel Gross, © 1967 por Saturday Review, Inc.; página 75, dibujo The Labyrinth por Samuel Steinberg con permiso de Harper & Row Publishers, Inc.; Copyright, © 1954, 1955, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, por Saul Steinberg; página 76, foto de Norman A. Mott, Jr.; página 81, dibujo de The Art of Living por Saul Steinberg con permiso de Harper & Row Publishers, Inc.; Copyright © 1945, 1946, 1947, 1948, 1949, por Saul Steinberg; página 82, foto de The Washington Post; página 89, dibujo de Vic Volk, © por Saturday Review Inc.; página 90, foto de Seymour Linden; página 91, foto de Henry Grossman; página 92, foto de Martha Swope; página 93, foto de Bert Andrews; página 94, foto de Paul Slade.

85-6-MX-70-161-(92.5) 7-23-69

OBSEQUIO